



SARMIENTO EN DEFENSA DE FEIJÓO

Pocos talentos tan discutidos y tan de diversa manera juzgados como el de Feijóo. Para muchos fué nuevo Colón, que dotó de un mundo intelectual á España, caída de su antiguo esplendor en las tinieblas de la ignorancia, y perdida por completo para el saber, hasta que el benedictino gallego depositó en ella la semilla de la moderna civilización, mostrándola á los hombres de ciencia como un país inexplorado, digno de estudio y de ayuda: los tales, para que la figura del ilustre pensador descuelle y sobresalga, ponen empeño en rebajar y empequeñecer las de sus contemporáneos, sobre los cuales se elevaría, según la expresión virgiliana, como el altivo ciprés entre los débiles mimbres.

Otros, por el contrario, no comprendiendo que los genios nazcan por generación espontánea ó con la facilidad de los hongos, y resistiéndose á creer roto el hilo de la tradición científica y sepultado en la tumba el saber nacional con el último vástago de la dinastía austriaca, á fuerza de disminuir la importancia de su misión crítica y reformadora, cayendo en el extremo opuesto, sacrifican la gloria de un hombre ante el honor de la patria, y casi hacen de Feijóo

un ingenio vulgar y adocenado, traductor de libros franceses y propagandista de las doctrinas menos peligrosas de la Enciclopedia.

Indudablemente, en tan diversos juicios influyen mucho preocupaciones sistemáticas de escuela. Los que son de vista intelectual tan corta que no alcanzan á distinguir la actividad científica de nuestra patria más allá de los últimos años del pasado siglo, los que están tan ayunos de historia y tan ahitos de prejuicios sectarios que aún se fingen la Inquisición algo así como el coco, el bu y el espantajo de las ciencias, y los que por odio á la dinastía austriaca, opresora de nuestra vida regional y municipal y derrochadora de nuestra sangre y de nuestro oro en insensatas y antipatrióticas aventuras, quieren quitarle la gloria de que bajo su dominación hayan florecido las artes y las ciencias, suponen petrificado y muerto el ingenio español durante largas centurias hasta la venturosa presente, en que principió á ejercitarse y á trabajar después de que á la tumba del escolasticismo, en que yacía sepultado, aproximóse el tauraturgo Feijóo, y con voz poderosa á remover los huesos de los sepulcros gritó el prodigioso *Lazare, veni foras*. Para éstos, ya lo dijeron los periódicos protestantes del pasado siglo, el papel que en la historia nacional desempeñó el famoso benedictino no es menos trascendente que el que en la universal representó el agustino Lutero: los dos proponían, aunque exceptuando Feijóo las materias dogmáticas, como condición necesaria del verdadero conocimiento el principio del libre examen, la protesta contra el *magister dixit*, y la desconfianza, ya que no la negación, de la ciencia de los siglos feudales. Voltaire, manejando la piqueta demolidora contra instituciones reputadas intangibles é inmortales, prendiendo fuego por los cuatro costados al edificio de la tradición, y persiguiendo con la carcajada burlona del escéptico y con la mueca insolente de la desvergüenza (1)

(1) El ilustre Nourrison, miembro del Instituto, acaba de publicar, con el título *Voltaire et le volterianisme*, un grueso volumen, cuya tesis es que Voltaire fué un mal hijo, un ser degradado por las pasiones más viles, traidor, hipócrita, avaro y adulator.

las creencias para el pueblo más respetables y caras, ofrece á otros la imagen exacta de Feijóo adversario acérrimo de la hipocresía, del fraude religioso y del dolo pío y milagrero. No tan injuriosos en la comparación, los restantes atribuyen á Feijóo el oficio que respecto de Europa cupo á Descartes, quien poniendo en duda la propia existencia, aplicando el ácido corrosivo de la crítica á las enseñanzas en que no se veía por las muchedumbres sino el oro más puro, y llamando á discusión y á la barra del análisis los sistemas filosóficos en que ciego rutinismo había impreso el *Noli me tangere*, produjo una revolución increíble en el plan y el método de la ciencia.

Contra estas aseveraciones, que provocan la reacción en los espíritus, protestan los pocos escritores enamorados de nuestras antiguas glorias; los que se sienten arrebatados de la indignación más profunda al ver tenidos en poco y puestos en desprecio tesoros de saber que, repartidos entre todas las naciones cultas, bastarían para enriquecerlas; los que no comprenden que se puede sentir en el corazón palpitaciones de patriotismo aceptando á beneficio de inventario la herencia literaria opulentísima de nuestros mayores para empeñarse en traer del extranjero los desperdicios de una ciencia filosófica, bárbara en los términos, ininteligible en las ideas y por averiada mandada ya en otras partes recoger; los que, en fin, se duelen á par del alma de que haya quienes tengan, como diría el satírico Bretón, montada en la nariz la Enciclopedia, y desconozcan en absoluto la historia del saber español, siendo preciso para que lo crean que los ingleses y alemanes, que tan rica mies cosechan en los inexhaustos predios de nuestros olvidados archivos, hagan el gran descubrimiento de que ha habido aquí ingenios señalados en todo linaje de disciplinas. Los preconizadores de la ciencia netamente española, no eclipsada ni interrumpida en ningún siglo, suelen rebajar más de lo justo la misión y aun el mérito personal de Feijóo, negando que fueran muchos los errores comunes arraigados en España, ó grande, relativamente á los demás países, nuestro atraso científico, y llegando á no ver en el sapientísimo polígrafo

gallego sino *un periodista* con puntos y ribetes de aquellos *eruditos á la violeta*, tan diestramente pintados por Cadalso cuando, sin suponerlo, se retrataba á sí propio.

No es de nuestra competencia ahora medir la extensión y profundidad de los talentos de Feijóo, puestos tantas veces en la balanza de la crítica y justipreciados tan diversamente; pero sería cerrar los ojos á la luz del mediodía obstinarse en no ver que su nombre fué grito de combate y bandera de ejército en nuestras luchas literarias del pasado siglo, y que si la mano débil y vacilante de un niño, aplicando encendida mecha á un reguero de pólvora, basta para producir una conflagración inmensa, no es lo ordinario que sin esfuerzos gigantescos de una naturaleza hercúlea pueda removerse profundamente la opinión de las masas y echar por tierra y reducir á polvo preocupaciones arraigadas y extendidas muchos centenares.

No es que se hubiera agotado el filón riquísimo de la ciencia nacional, cuya áurea vena habían sangrado copiosamente mineros infatigables: el suelo español, fértil antes en ingenios maravillosos, no se había esterilizado de golpe; ni faltaban eminentes pensadores que sostuviesen con gloria y en alto la bandera de la cultura hispana, mereciendo la atención y el elogio de los mismos extranjeros, tan desdenosos por lo común con nuestras cosas y tan parcos y avaros en la alabanza; pero los cultivadores del saber eran aquí en menor número que en otros países; España, que había marchado al frente y figurado á la cabeza de las naciones más cultas, y cuya sonora lengua y literatura riquísima estuvieron de moda por muchos años en las cortes europeas, reducida entonces á la mitad de sus actuales habitantes, agobiada bajo el peso de mil desdichas, extenuadas sus fuerzas en titánicas luchas no interrumpidas, y sin tiempo para otra cosa que para defender sus por todas partes amenazados dominios, justo es reconocer que se hallaba en relativo atraso intelectual, pues que las resplandecientes luces de unos cuantos de sus hijos insignes no llegaban á las inferiores capas sociales á causa de la muralla de China que oponíanles la rutina y la iner-

cia de muchos encargados de formar y dirigir la opinión.

La palabra de Feijóo no fué el *fiat lux* bíblico de la ciencia española, porque no se crea lo que nunca ha dejado de existir; pero logró desestancarla, desamortizarla, sacándola del dominio de unos pocos para hacerla patrimonio de la multitud: su mano atrevida arrancó del santuario del saber, en cuyo altar ardía, velado por el respeto, el fuego sagrado, para que alumbrase el mundo, y recogiendo el libro de la ciencia, para el vulgo sellado con siete sellos, arrancó y esparció á los cuatro vientos las hojas para que sus arcanos y enigmas quedaran á todos patentés. Las obras de los demás sabios españoles de por aquel tiempo, repletas de ciencia propia y cargadas de ajenas citas, eran manjar indigesto y poco apetitoso para las muchedumbres, en las cuales no más que de modo indirecto y mediato ejercían influjo, bien así como las piedras arrojadas á un pozo muy profundo sólo al cabo de algún tiempo dejan oír en lo alto el ruido del choque contra la superficie del agua. El estilo rápido, brillante é intencionado del P. Feijóo poseía la virtud de llegar hasta el alma del pueblo, de conmoverla, de herirla, de cautivarla. Publicaba los volúmenes conforme los iba escribiendo; comprendía en ellos diversos trataditos en que sucinta y ligeramente enseñaba las más diversas materias; y aplicando la fuerza del periodismo de entonces, como era dable entenderlo, á la enseñanza popular de la ciencia, tenía suspensa la atención del público, interesábale viva y eficazmente y despertaba su actividad literaria por modo prodigioso.

Á este resultado contribuyó asimismo el no ser partidario cerrado de escuela alguna, sino ecléctico en el buen sentido de la palabra, y con un si es no es de moderado escepticismo: su deseo de hallar la verdad examinando serena y detenidamente los sistemas que decían monopolizarla, y la cru- deza y aun osadía con que daba su parecer sobre puntos que juzgábanse incontrovertibles, lastimaron á muchas personas demasiado apegadas á sus convicciones, promoviendo protestas solemnes y ruidosas, que daban lugar á vivas contrarréplicas, originándose de aquí disputas obstina-

das y estruendosas cuyos ecos repercutían por todos los ámbitos de la Península, espoleando la curiosidad pública y aguijoneando en muchos la afición al estudio para echar su cuarto á espadas en la dudosa contienda. Los mismos tropezos y caídas del autor, que no deben extrañarse en quien hubo de recorrer tan extendido y escabroso espacio, eran á la postre de no escasa utilidad, porque daban ocasión á muchas discusiones y pie para que la cuestión se estudiase á fondo y la verdad se colocara en su punto. Así, por ejemplo, aquella su reprehensible ligereza con que juzgó al Beato Raimundo Lulio sin haberlo tenido nunca en las manos ni saber de él más que lo que había leído en un libro extranjero, sirvió para que la Orden franciscana, que en todo tiempo ha prestado tan eminentes servicios á la causa de la ciencia, diputara á cinco de sus más ilustres hijos para que escribiesen la apología del apenas conocido en España, varón extraordinario, caballero andante del pensamiento y prodigio incomparable de erudición y de ciencia.

El efecto que en la sociedad española produjeron los escritos de Feijóo no es para calculado, y á veces superó sus propias intenciones, que no alcanzaban tan allá, y de las premisas sentadas no pretendían sacar todas las últimas consecuencias. Véase, para muestra, cómo describe *Leocadio Doblado*, educado monásticamente, la impresión que en él obró la lectura del piadosísimo benedictino gallego: «Si por efecto del encanto de la maravillosa lámpara de Aladino me hubieran impensadamente trasportado á los subterráneos soberbios descritos en *Las mil y una noches*, no habría podido experimentar el enajenamiento que sentí al tomar en mis manos este tesoro intelectual, de que ya me creía poseedor... Mi razón, que, semejante al pajarillo en su nido, no había notado aún que tuviese alas, se vió repentinamente lanzada en una región de encantos extraordinarios .. Saliendo al punto de la pesadez de una vida meramente física, conocí que tenía la facultad de pensar. No sé si el alma, elevándose después de la muerte á una región superior y recibiendo nueva existencia, notará tanto su poder y experimentará delicias tan inefables como las que en

tonces experimenté yo. Todos mis conocimientos se reducían, es cierto, á un reducido número de hechos de física y de historia; pero había aprendido para siempre á raciocinar, á examinar, á dudar. Algunas semanas más tarde ya era yo escéptico, con gran sorpresa de mis amados padres...» Aunque sin experimentar tan vivas emociones ni llegar á tal resultado, son *infinitos*, asegura Salas Quiroga, los que deben á la lectura de Feijóo el haber sacudido de sí los errores y preocupaciones.

Tamaña empresa de combatir de frente y sin piedad la monstruosa hidra de los errores vulgares no podía menos de acarrear al nuevo Hércules de la literatura amargos sinsabores y los rudos ataques de una oposición vigorosa. Escritores sin conciencia y sin criterio fijo, ganosos del aura popular y de los aplausos de la muchedumbre, no vacilaron en lisonjear las aficiones de ésta, defendiendo, con obstinación digna de mejor causa, sus más visibles prejuicios, tal vez, además (1), por aquello del poeta,

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio, para darle gusto.»

Literatos cuyos libros no encontraban despacho, y cuya bolsa hallábase vacía, manejaban á toda prisa la pluma, borrajando papeles, que por llevar el nombre de Feijóo y terciar, impugnándole, en contienda que así acaloraba y dividía los ánimos, eran como pan bendito arrebatados de manos de los vendedores. Los fanáticos partidarios de teorías que pasaban plaza de intangibles, los sabios que contentos con lo que habían aprendido hacían ascos al proponérseles cualquier novedad merecedora de estudio, los envidiosos de la gloria, sin cesar creciente, de Feijóo, y los que creían maltratados sin razón ídolos á quienes habían

(1) Notables son estas palabras de Sarmiento escribiendo á D. Carlos Montoya: «Mientras van y vienen respuestas, vamos sacando el real de plata á los que quisieren leer este célebre certamen nacional. Y así, aunque los mirónes no puedan contener la risa, les costará su dinero, y mientras, á sombra del Padre, todos sacamos para pollos».

erigido altares, levantaron una cruzada literaria como no se ha visto otra; lanzaron contra él libros y opúsculos que pasan de ciento; acudieron, para contener su demoledora pluma, á todos los resortes imaginables (1), y dieron lugar, con la virulencia y saña de los repetidos ataques, á que Fernando VI, digno antecesor del que arrojó de la Península á la Orden religiosa más sabia, expidiese un *ukase*, que no Real decreto, prohibiendo que nadie escribiese contra Feijóo: disposición justa en el fondo, pero fuera de las atribuciones de la autoridad regia y atentatoria á los derechos de la crítica.

En la lucha no estaba solo, ni mucho menos, Feijóo, lo cual viene á confirmar que no era tan lamentable el estado de la cultura española como algunos imaginan y se complacen en describir: no faltaron hombres de corazón y de talento que se pusieran decididamente á su lado, arrostrando con ánimo entero furiosa granizada de insultos y de injurias. El mismo favor que el público dispensaba á las producciones del ilustre benedictino (2) pone de manifiesto que no era aquélla, como alguien la pinta, una sociedad de salvajes hasta que vino á civilizarla el apóstol de la ciencia moderna. En los diversos ramos del saber hubo quienes secundasen la obra utilísima iniciada por el crítico orenseño; pero estaba reservada á Fr. Martín Sarmiento la defensa general de Feijóo y el cooperar de un modo especialísimo en sus trabajos.

Sarmiento sentía por su maestro y paisano una admiración que no parecía posible alcanzara á ir más allá. No sabía ponerle en boca sin rodear su nombre de los más brillantes calificativos. Feijóo, por su parte, reconocióle por *gloria de España* en el tomo IV del *Teatro Crítico*, y en otro volumen llamó á la *Demostración apologética* «obra excelen-

(1) Sarmiento (*Demostración apologética*, t. I, p. 4) habla de «la infamia de haber interceptado cartas familiares del Padre Maestro», y (p. 164) dice que se le fingieron algunas, y otras que había escrito se imprimieron sin su licencia, «lo cual, añade, ni aun entre demonios se permitiría».

(2) Cuando estaba en prensa el tomo V del *Teatro* se habían hecho ya cuatro ediciones del primero y tres de los otros.

te por cualquier parte que se mire». En lo cual creyeron descubrir y criticaron los émulos de ambos algo así como una sociedad de elogios mutuos y un reclamo artificioso para atraer á sus obras lectores, llegando á estampar estas frases el escritor á quien Jorge Pitiñas llamaba siempre ali-maña:

«No es malo que en quien se unen los intereses, y los afectos, se ayuden el uno al otro conforme llegue su turno; que no ha mucho que en Alemania observaron los eruditos el fomento de las dos liebres, que habiendo nacido unidas por los lomos, quando se ofrecía correr, llevaba la una encima á la otra, y, al canfarse la primera, hacía lo mismo la segunda.»

Como Feijóo escribía en Oviedo los tomos de sus obras y, conforme iban saliendo de su incansable pluma, se imprimían en Madrid, era preciso un corrector de pruebas diligente y entendido que recibiese los pliegos y los limpiase de erratas; trabajo en que se ocupaba Sarmiento principalmente, con la paciencia á que dió nombre su orden, y con el mismo interés que si fuese cosa propia, lo cual no podía redundar en beneficio de la edición.

Con la confianza que inspira la amistad y con la diligencia industriosa que es hija del celo solícito y ardoroso, Sarmiento corregía y enmendaba los manuscritos de su antiguo profesor, notando los más insignificantes lunares con aquella su erudición sólida y maciza, y su espíritu de observación de los detalles y de los pormenores, parecido á su vista de miope que aproximaba los objetos para examinarlos en todas sus circunstancias. Como no gustamos de formular aserciones á bulto, sino de poner la prueba al canto, trasladaremos á estas páginas, en confirmación, un párrafo del P. Sarmiento (1), y su tenor es el siguiente:

«Quando se imprimió el segundo Tomo del *Theatro Crítico*, ya había yo registrado á Fabri en esta Librería de San Martín. El motivo fué porque leyendo en el original del P. M., *Fabri*; y teniendo noticia de que Bluteau, y otros le llaman

(1) *Demostración apologética*, tomo I, p. 395.

Labri, como había de recorregir las planas de la Imprenta, baxé á la Librería á certificarme. De paso leí quanto Fabri pone en Latín de la Ballena. Ya no había tiempo para avisar al P. M. de la verdadera mente de Fabri. Propuse la duda á su tiempo. En virtud de esto, ordenóme el P. M. que en lugar de la especie de Fabri, introduxese la de la Enbaxada de los Holandeses, que afirma haberse hallado en el ventrículo de la ballena cuarenta abadejos, por ser especie más positiva; hízose así en la segunda impresión y se continuó en la tercera.»

Cuando se admira un soberbio edificio, sólo inspira curiosidad el nombre del arquitecto que lo dirigió, y no hay ninguna por saber el de los operarios y maestros de obra, que acopiaron y dispusieron los materiales. El palacio bellísimo del *Teatro Crítico* edificólo el genio inmortal de Feijóo; pero muchas de sus piedras fueron colocadas allí por la mano fuerte y segura de Sarmiento, obrero oscuro de la ciencia, que pasó la vida en lo profundo de las minas del saber, extrayendo sin provecho de la fama propia el mineral riquísimo con que aún en día se han labrado tantas reputaciones. Feijóo lamentábase frecuentemente de lo corto de su memoria, y la de Sarmiento era tan grande que sus adversarios la atribuían á virtud de cierta yerba gustada cuando niño: aquél, consultado de todo el mundo, gastaba dos días de la semana en despachar su correspondencia; éste no hacía visitas, y el contestar á una carta dolíale como si le arrancasen una muela: el uno, comenzada la batalla, no pudo dar paz á la mano ni descanso al espíritu, distraído con tantas exigencias del público y preocupado con tan diversos ataques de sus numerosos émulos; el otro, *huyendo del mundanal ruido*, que diría Fr. Luis de León, se había refugiado entre cuatro paredes recubiertas de inapreciables volúmenes, sin otra ocupación que la de enriquecer su memoria y su entendimiento con raras noticias y peregrinas especies.

Feijóo declaraba en público que la erudición de Sarmiento era tan prodigiosa que no había punto sobre que, preguntado, no hiciese multitud de citas con la misma indivi-

dualidad y exactitud que si tuviese delante de los ojos los libros. Sarmiento era tan humilde que rara vez dejaba traslucir el caudal de saber con que había contribuído á la magna empresa del *Teatro*.

Como la violeta, no obstante que parece querer con humildad ocultarse y huir de la vista de los hombres, se descubre y manifiesta por su grato aroma, así Sarmiento, á pesar de su empeño, exagerado y reprehensible, de vivir desconocido y oculto, exhalaba en su conversación y en su trato tan subido perfume de sabiduría, que llenaba con su fragancia el mundo ilustrado y trascendía á las capas inferiores sociales. Publicado en Septiembre de 1726 el tomo primero de la obra maestra de Feijóo, dos años más tarde el segundo, y en la primavera del 29 el tercero, en tan corto espacio cayó sobre el autor chaparrón tan fuerte de escritos y granizada tan recia de diatribas é injurias, que estimó del caso no imitar á la luna, que continúa serenamente su camino por los espacios de la noche despreciando los roncos ladridos de los perros, sino pararse un poco y levantar mano en la comenzada empresa, para hacer frente á la turba multa de gozquecillos literarios, chasqueando sobre ellos sin piedad el desollador látigo de la burla y del ridículo en su contundente *Ilustración apologética*. En el estado de efervescencia á que la cuestión había venido y en medio de la tempestad furiosa que contra sí habían concitado los primeros tomos del *Teatro Crítico*, preciso era andarse con pies de plomo, y proceder en su censura con la mayor cautela: el General de la Orden no quiso que la defensa de Feijóo saliese á la palestra pública sin que diera sobre ella por escrito su parecer el padre Sarmiento: excusábase éste con su corta edad, que frisaba entonces en los treinta y cuatro años, y con creerse, menos que novicio, lego en cuestiones literarias (1); mas no le valió su humildad, y fuéle preciso descender á la candente arena literaria y tomar parte en la to-

(1) Sarmiento profesó en 1711, y estudió en diversos colegios benedictinos hasta el 1725; de suerte que cuando se le comisionó para censurar el *Teatro Crítico* sólo cuatro años hacía que había dejado de ser colegial.

davía indecisa refriega. La censura que dió no fué sólo encomiástica aprobación de las doctrinas de su amigo, sino golpe de muerte para sus adversarios, notando los absurdos en que incurrían y descubriendo, señaladamente, los paralogismos y vaciedades del *Antiteatro Crítico*.

Nunca lo hubiera hecho. El escozor de las heridas que en las no muy delicadas epidermis de los émulos de Feijóo produjo el estilo incisivo y punzante de Sarmiento fué parte para que se revolvieran indignados contra éste, eligiéndole por blanco principal de sus tiros. Como dice Michaud, entonces fué cuando *tous les ennemis de Féijoo se déchainèrent contre son défenseur*; pero no son exactas estas palabras de otro escritor francés: *Il donna son approbation à cet ouvrage (al Teatro Crítico), et s'attira la colère et les injures des sectes monastiques*. Larousse, cuyo diccionario es el gran remedivagos periodístico y toda la ciencia de muchos de los modernos directores de la opinión é ilustradores de la humanidad, no anduvo acertado en este juicio: no fué *la cólera y las injurias de las sectas monásticas* lo que tuvo que arrostrar Sarmiento: monjes eran él y Feijóo, y al frente de los volúmenes del último figuran aprobaciones y elogios suscritos por los individuos más conspicuos de las órdenes religiosas existentes en España: frailes hubo que, usando de aquella *amplísima libertad de filosofar* que en cuanto no se relaciona con el dogma concede la Iglesia, y de la cual hacían, como el Brocense, noble alarde nuestros atrevidos y originales pensadores en los tiempos del mayor poder de la Inquisición, expusieron, con más ó menos acrimonia, sus ideas *antefeijoístas*; pero los dardos más envenenados que se dirigieron contra Sarmiento lanzáronlos manos no consagradas.

Quien más se ensañó con él fué el autor de la *Réplica satisfactoria*, el cual no le daba otro nombre que el de *Padre conscripto ó Salomón de Castilla*: en ella se presentaba como argumento Aquiles contra la *Aprobación* de Sarmiento este dilema (1): «Ó el P. Feijóo es suficiente, ó necesita

(1) Página 7.

de su discípulo. Si consiente en lo primero, demás está todo lo que dice; si reconoce lo segundo, rebaja á su maestro; conque de cualquier modo faltó á lo que estaba obligado». Pero por grande que fuese la virulencia y malignidad de los ataques de que se le hacía objeto, nada habría bastado á sacarle de aquel su repetido propósito de no escribir para el público y sí por su propio gusto y para provecho de sus amigos: fué preciso que en toda regla se lanzara en presencia del mundo literario un formal cartel de desafío retando á singular combate á Feijóo, ó á Sarmiento, ó á entrambos juntos. Como el primero había dicho rotundamente que no haría el menor caso de nuevas impugnaciones, su discípulo creyó preciso recoger el guante y romper una lanza en pro de las doctrinas que había aprobado.

Del empeño y calor con que se aplicó á la tarea de defender á su maestro da idea la prisa incomprensible con que manejó la pluma. En Agosto de 1731 fué llamado al desafío, y á él acudió en Febrero (1) del año siguiente con su *De demostración crítico-apologética del Teatro Crítico Universal*, en la cual, según rezaba el largo título, se hacía patente la evidencia de los discursos, la certeza de las noticias, la probabilidad de las opiniones, la verisimilitud de las conjeturas, la elección de los autores, la exactitud de las citas, la armonía de las expresiones y de la propiedad de las palabras, «que en los tomos I, II, III, en algunas partes del IV y en la *Ilustración apologética* pretendió contradecir el vulgo con diferentes papelones, por no haber entendido hasta ahora la conexión y obvia significación de las voces». Esta obra, de que se hicieron en vida del autor cuatro ediciones (2), constaba de dos tomos en 4.º, de los cuales, en la tercera, el primero contenía 482 páginas y 522 el segundo.

Antes de escribir este libro, Sarmiento, á causa de su defensa de Feijóo, había sido ferozmente maltratado. En

(1) La obra no se publicó hasta último del año; pero la licencia de la Orden data de 20 de Febrero, y en 24 del mismo mes fué censurada por el padre Mecolaeta.

(2) En 1732, 1739, 1751, 1757 y después en 1779.

una obra que contra él salió á luz, llamada vulgarmente el *Librote*, aplícansele las siguientes expresiones:

Mordacidad, desbarros, desatinos, desaciertos, ignorancia, disparate, crasitud, falsedad, pigmeo, la criatura más alucinada, licencia, caletre, nulidades garrafales, torpedad, impericia, presumptuoso, jactancia, primer colgajo, citillas falsas, más que malicia de pluma, impericia de inteligencia, no sabe lo que dice, circo de ignorancia y novicio aún en Aprobaciones.

Hallábase además indignado y dolorido, como si le hubieran tocado á las niñas de los ojos, de que á su maestro se le tratase con injusticia notoria, asegurando sus impugnadores, por la pluma de uno de los principales, con seriedad y tono decisivo propio para imponer al vulgo, que en el *Teatro Crítico* había 998 errores y 245 falsedades, ni una más ni una menos, y llamando al autor, entre otras no menos cortesanías lindezas, *vano, veleidoso, petulante y corrido*, para concluir con esta exclamación: «¡Oh, P. Catedrático de Escritura! ¡Y cómo le considero muchos palmos rebajado de la cátedra que pisa!»

Nada de extraño, pues, que Sarmiento, dado su carácter irascible, saliese de estampía, mojando la pluma en hiel y vinagre y dejándola correr á veces sin más guía que el resentimiento y el enojo. Hay en la *Demostración* párrafos que están rebosando ira. Pondremos para muestra los siguientes: «Mezcla en el *Librote* tales ineptitudes, despropósitos y desatinos, que si no hizo estudio de divertir á idiotas y desbarrar por bufonada, ni siquiera gustó los primeros rudimentos de la Geografía vulgar... Este ente, sin duda, ha perdido el sentido común... Cada período es una falsedad, ó un despropósito; una alucinación, ó una impostura; una ilegalidad, ó una contradicción... Es adonde puede llegar la paciencia humana haber de tratar con quienes están negados á la lógica natural... Hasta aquí no hay misterio alguno, pues no se debe hacer de que el R. se haya metido á escribir sobre materias que no ha estudiado, si no queremos un misterio continuo... El que hace el papel de replicante ni siquiera supo leer el castellano... Sólo registra los autores para omitir lo que dicen é imponerles lo que

niegan... Ni percibe lo mismo que lee, ni lo que escribe, ni lo que copia, ni lo que copian de sus escritos... Queriendo meterse en todo, demuestra que no es para cosa alguna... Esto pende de no haber declinado el artículo castellano, con que se inician los niños que han de entrar en *Musa*, æ... Está tan alucinado que sería mortificarle pedirle su atención para conocerlo... Eso es defecto de irracionales, ó delirio de racionales que están soñando».

Á este tenor pudieran entresacarse del libro expresiones sin número. Sus enemigos hasta en ello quisieron hacerle la competencia y le sujetaron á la ley del talión, ojo por ojo, diente por diente. D. Salvador José Mañer, estadista notable y literato no vulgar, tomó sobre sus hombros la empresa de refutarle, y en la contestación no le va en zaga en punto á destemplanza é inurbanidad. Manejaba, no obstante, la ironía con más destreza, y sazónaba los insultos con chanzonetas y chascarrillos. El fallo que, en globo, pronunció sobre el libro de Sarmiento fué éste (1):

«En fin, falló la obra, y falló como ha falido, lisiada de pies á cabeza, coja por todas partes, y ciega por cualquiera que fe mire. Parió una feñora, despues de muchos años de promeffas, y oraciones, un niño ciego; llevábale un dia de la mano, y al paffar, uno que lo fabia, dixo á otro con quien eftaba: *Pues aí donde le veis, es hijo de oraciones; á que el otro refpondió: Bien en lo ciego fe conoce.*»

Por semejante estilo es fácil encontrar frases que hacen buenas las del P. Sarmiento antes copiadas, como cuando pregunta (2):

«¿Que, no fe hizo la *Demonftracion critica*, fino para fruslerías, y difparar defatinos? Pero por lo referido podrá conocer el Lector, que afsi en la *Philofophia* antigua, como en la moderna, es el P. Sarmiento verdadero D. de fu M., pues tanto fabe el uno de la una, como el otro de la otra, fiendo ambos iguales en entrambas.»

Pregunta parecida á esta otra (3):

(1) Tomo I, pág. 146.

(2) Tomo II, pág. 409.

(3) Tomo II, pág. 474.

«¿Que le parece al Lector este bocadido? ¿Es este termino reglado á la modestia Religiofa que pide una Cogulla tan venerable como la del Gran Patriarca S. Benito? ¿Y este termino el que pide la literatura que fe debe fuponer en mi Opositor, aunque no fea tanta como fu jactancia, y la de fu M. pregonan?»

Á veces que la indignación de Mañer es verdaderamente sincera' más que lo eran sus opiniones, y que le habían tocado en lo vivo algunas expresiones de su replicante. «Lo que hay que admirar, decía con hondo disgusto (1), es el que se haya permitido tomar la pluma sobre una materia tan grave á quien, por el modo con que la trata, hace indigno de las prensas lo que escribe.» «Yo le aseguro, decía otra vez (2), yo le aseguro al Padre, que á no ser mano tan sagrada la que escribe esto, que pudiera ser no le aplicase la pluma, de temor que no se la cortase. Pero ¡oh lástima de estos tiempos en que se abusa del Sagrado, para insultar desde seguro, haciendo que salgan los dicterios, de donde debía esperarse la modestia.»

Era así como se peleaba en aquel terrible combate literario, de cuyo encarnizamiento y furia no es fácil, afortunadamente, encontrar hoy ejemplo. El franciscano Soto Marne, contra quien Sarmiento disparó un soneto que es un verdadero desahogo de bilis, al terciar en la formidablemente trabada pelea, decía de Feijóo (3) que «cuanto exponen los nueve tomos de su *Teatro*, y los dos de sus *Eruditas*, se halla, casi literalmente, en varios escritores»; que sus libros eran «como esas fuentes públicas que brindan á los hombres y á las bestias» (4); que se asimilaba á «los eruditos mendigos que arrastran la conversación hacia lo poco que saben» (5); que la aparente superioridad de su talento no era sino «política falaz de un preocupado capricho» (6),

(1) Tomo I, pág. 181.

(2) Tomo II, pág. 635.

(3) Página 27, edic. 1.^a, tomo I.

(4) Página 26.

(5) Página 33.

(6) Página 39.

ó «artificio de la ignorancia, cuya ciega dirección manifiesta las cortedades del ingenio en las violencias del encono» (1); que su entendimiento, «dominado de la ambición, presuntuosidad y arrogancia» (2), ofendía «la humildad, modestia y moderación que predica su santo hábito» (3). Otros muchos *ques* pudiéramos añadir si no hubiera peligro de cansar demasiado al lector: mas, era preciso copiar lo que atrás queda para que, diciendo el Sr. Menéndez Pelayo (4), en cuya prodigiosa memoria se contienen tantos millares de volúmenes: «La altanera respuesta de Feijóo á Soto Marne es la más insolente que he leído en castellano, fuera de los opúsculos de Puigblanch», no se vaya á creer que los adversarios de Sarmiento y de su íntimo amigo no les daban pie para salir de sus casillas y montar en cólera, perdiendo los estribos de la paciencia.

Con motivo de las *Reflexiones apologéticas* del indicado P. Francisco Soto Marne, cronista general de la Orden franciscana, á quien contestaron Feijóo en la *Justa repulsa de iniquas acusaciones*, y Sarmiento del modo que se ha dicho, escribe un autor, el cual, por cierto, ha hecho señalados servicios á la causa católica, que «esto recuerda los caritativos y fraternales saludos que en distintas épocas, y al menor motivo, han solido dirigirse los individuos de distintos institutos». En la lucha que en el siglo pasado, siglo de reflexión y de análisis, donde, como en todas las épocas de vaguedad y de transición, riñeron campal batalla las tendencias *revolucionaria* y *conservadora* en ciencias y literatura, tomaron parte activísima los religiosos, probando con ello que en los claustros se estaba al corriente del movimiento literario, y no se vivía en *mística holganza*: sólo en defensa del *lulismo*, para vindicar la fama del nunca igualado sabio mallorquín, escribieron con notable copia de doctrina y exacto conocimiento de causa los PP. Torreblanca, Pascual, Fornés y Tronchón, hermanos de hábito

(1) Página 43.

(2) Página 47.

(3) Página 57.

(4) *Heterodoxos*, t. III, pág. 67, nota.

de Soto Marne; pero no se agriaron y envenenaron las cuestionea aquellas porque en las mismas interviniesen frailes, ni fueron los seglares quienes para ventilarlas y decidirlas manejaron la pluma con menor saña. Eran así las disputas literarias entonces, y en ésta tan ruidosa había que gritar mucho para dejarse oír de la muchedumbre, alborotada con lo trascendental de los puntos debatidos. Aunque han ganado en suavidad y moderación los modernos polemistas, aún se ve que entra por mucho aquí la *cuestión de temperamento*: todavía se pudieran citar á puñados los que tratan á sus contrincantes tan cortésmente como Montegazza á Lombroso, cuando en la *Fisiologia della donna* le llama *quincallero de la ciencia, prestidigitador de los hechos*, y con otros calificativos del mismo jaez. Y es que, como decía Sarmiento en la *Demostración apologética* (1), apoyando una idea de Feijóo, siempre las guerras literarias fueron más feroces que las civiles. «Éstas se acaban con la victoria; aquéllas se encienden más con ella: como entre literatos no hay otra venganza que la que se puede tomar de pluma ó de lengua, cuanto más se ensoberbecen los unos con la victoria, se enfurecen los vencidos con el abatimiento: es verdad que no siempre corre sangre; pero si se consideran las resultas, más daño causan los cañones de pluma que los cañones de batir.»

De cualquier modo, aunque Sarmiento en aquella lucha, para siempre memorable en los anales de nuestra historia literaria, no estuvo en achaques de civilidad á mucha mayor altura que sus conmlitones, es en elogio suyo el haber puesto particular empeño, á diferencia de sus impugnadores, en no sacar á plaza hechos personales de los mismos, ya que, como él notaba (2), «es prueba que faltan razones cuando se solicita buscar que decir contra las personas». La conducta contraria seguida por sus adversarios fué, desgraciadamente, una de las causas más poderosas, si no para hacer caer de manos de Sarmiento la pluma, para inspirar-

(1) Tomo I, pág. 159, edic. 3.^a

(2) Prólogo de la *Demostración apologética*.

le horror invencible á las prensas. Corto de genio y muy sensible á la mordacidad y al ultraje, la única vez que se mostró escritor público sufrió disgustos tan hondos y se vió tan zaherido y zarandeado por la procacidad y el descoco insolente de los que no seguían sus opiniones, que aunque no las fuerzas, le faltó el ánimo para seguir un camino en que tanta gloria le esperaba.

Veinte años después de haber escrito la *Demostración*, aún le dolían las consecuencias y respiraba por la herida, explicando así en la *Colección de voces y frases gallegas* por qué no se aplicaba al *peligoso oficio* de escritor:

«Vivo ya muy escarmentado en cabeza propia y ajena para pensar en tomar la pluma y sufrir las desazones que padecen los escritores, palpando que los impugnadores, que se debían refrenar, se protegen y se espolean para que prosigan en la bárbara insolencia de pasar á la luz pública lo que si dijese cara á cara y con testigos merecían por leyes de la sociedad humana que se les cortase la mano por impostores y se les sacase la lengua por desbocados, calumniadores del honor y fama ajena...»

Se comprende que Sarmiento fuera, como Martín Martínez, el distinguido con el odio preferente de los enemigos de Feijóo, y que si al otro á fuerza de disgustos y desazones le quitaron la vida, á él por el mismo procedimiento le quitasen las ganas de imprimir más libros, porque los golpes de maza que para defender á su compañero de hábito repartía á diestro y siniestro sembraron el pavor en la tropa enemiga, poniéndola en precipitada fuga y decidiendo á su favor la suerte de la campaña.

Con la solicitud de quien mira una cosa como suya, recorrió toda la extensa obra del *Teatro*, reparó las fortificaciones que necesitaban reforma, tapó los huecos por donde podían entrar los enemigos, apuntaló y reforzó las partes más débiles y más expuestas al asalto, y puso aquel glorioso edificio en situación de poder rechazar los más formidables ataques.

Como Feijóo escribía no tanto para las clases privilegiadas de la inteligencia como para el vulgo, á quien directa-

mente trataba de convencer y persuadir, no podía apurar las materias, ni amontonar los argumentos, ni multiplicar las citas, no fuese que con tanta carga el libro se hiciera tan pesado que se cayese de las manos de los lectores. En cambio, Sarmiento, que se proponía tapar la boca y quebrar la pluma de los impugnadores del *Teatro*, estaba en mejores condiciones para desplegar desembarazadamente las velas de su erudición por el anchuroso piélago de la crítica que había descubierto y mostrado el genio perspicacísimo de Feijóo. Como, si se ha de creer á Sarmiento (1), los contrarios forjaban las autoridades en casa del impresor, tuvo un singular cuidado en puntualizar aun las más menudas citas y en traer á prolijo examen las que de la otra parte se aducían, lo cual, en trueque de algunas ventajas, quita visiblemente el interés á lo escrito, fatigando y concluyendo por distraer la atención.

Del mismo modo, aunque el carácter de la *Demostración* escrita por Sarmiento permitía descender á ciertos detalles y detenerse en algunos pormenores, sobre los que en la obra de Feijóo se hubo de pasar por alto, hay en aquélla demasiadas minucias, y se discuten al por menor cosas en que apenas había para qué parar mientes. Así, por ejemplo, sobre si Moreri falleció al terminar su obra ó si ésta fué causa de su muerte discuten largo y tendido Sarmiento y sus contradictores, tomando de aquí pretexto para ponerse como digan dueñas, y no es menor su porfía, tratando del sistema de Reaumur, en querer persuadir al lector si un anónimo francés dijo de una teoría suya *no era sino pura hipótesis ó no era pura hipótesis*, según la traducción que se diera á las palabras.

Feijóo era, como tocado de eclecticismo, más transigente con las opiniones ajenas y menos preocupado por las ideas de nacionalidad y región. Uno de los principales adversarios del *Teatro Crítico* había asegurado que los paisanos del autor estaban *reputados por gente insipiente*. Feijóo en su *Ilustración*

(1) Tomo I, pág. 444.

apologética (1) no tuvo empacho en darle la razón, confesando que «realmente es así». Sarmiento, llevado del amor á sus paisanos *putativos*, no lo pudo sufrir en paciencia, y sin hacer caso de la opinión de su amigo, salió á la defensa del buen nombre de los gallegos, por lo cual, frotándose de gusto las manos, concluía el autor de la *Réplica satisfactoria* (2) que «ó bien el uno ó el otro no saben lo que se dicen». El estilo es acomodado al fin que el escritor se proponía, claro y sencillo para que no cupiese tergiversación y mala inteligencia de frases por parte de los adversarios, y para que la punta de los argumentos con que se pretendía herir al error no quedase cubierta y sin eficacia entre el follaje retórico; pero á trechos se nota con más desagrado el apresuramiento febril con que no daba paz á la mano y la agitación nerviosa que movía su pluma, no permitiéndole subir á las alturas de la afectación pedantesca y risible á que gustaban encaramarse sus contemporáneos, pero haciéndole bajar frecuentemente al terreno de la chocarrería chabacana y de las bufonadas insulsas.

Á pesar de estos y otros defectos parecidos, la erudición y la lógica resplandecen por tal modo en la obra citada, que en frase de los autores del *Diccionario histórico* (3) «ha merecido los mayores elogios á nacionales y extranjeros». El noble escritor que trabajó la *Noticia de la vida y obras del M. R. P. D. F. Benito G. Feijóo*, que encabeza las obras de éste en las últimas ediciones, después de proclamar que la sabiduría de la *Demostración* es superior á toda alabanza y que afianzó sólidamente en el concepto de toda persona imparcial la utilidad del *Teatro* y el mérito de su autor exclama: «¿Cuánto podría escribir de propia invención quien siguiendo el método de otro ameniza y aclara la materia con la copia de doctrina que se lee en aquella obra?» Para nosotros, con efecto, es evidente que, de no habersele anticipado Feijóo, Sarmiento era el llamado á acometer con éxito la

(1) Página 193, núm. 4, ed. 1.^a

(2) Página 27.

(3) Tomo II, pág. 534, ed. Barcelona, 1834.

empresa magna del *Teatro Crítico*, pues su erudición sobrepujaba á la de su maestro; su talento no pierde mucho en la comparación, y escribiendo para el público y sin la premura que exige la réplica, se habrían perfeccionado las excelentes cualidades naturales de su estilo, adquiriendo la elegancia que por lo común se echa de menos en sus obras. Apologistas de Feijóo le califican, disculpándole á causa de no haber sido esa su voluntad, de *padre de los afrancesados* y de amparador principal de la afición desmedida á las cosas extranjeras, que influyó en parte de la nobleza española para apuntalar con sus escudos el vacilante trono del Rey intruso José Bonaparte. Y á la verdad que esta idea no parece muy fuera de razón, habida cuenta de los encomios que á los extranjeros prodigaba el eximio benedictino, de la elasticidad que daba al concepto de la patria y del empeño que ponía en hacer ver cómo las víctimas que se dicen voluntariamente sacrificadas en el altar del patriotismo sufrieron casi todas la muerte por motivos bien diversos. De Sarmiento no podría temerse semejante resultado, pues si admitía gustosísimo los adelantos de la ciencia, viniesen de donde viniesen, tenía hondas raíces en su corazón el amor á la patria y poseíale cariño entrañable á todo lo que sonase á gloria española, á todo lo que fuese continuar y perfeccionar las tradiciones de *nuestra* ciencia, de la ciencia que un día con sus esplendores vivísimos alumbró y embelleció dos hemisferios.

ANTOLÍN LÓPEZ PELÁEZ,
Canónigo doctoral de Burgos.





PROBLEMAS CIENTÍFICO-RELIGIOSOS (1)

LA ACTIVIDAD DEL ALMA EN LAS TEORÍAS FÍSICAS EXPUESTAS

I

DISTINCIÓN ESENCIAL ENTRE EL ALMA HUMANA Y LAS FUERZAS FÍSICAS DEDUCIDA DE LA MANERA DE COMENZAR Y CONTINUAR SUS OPERACIONES UNA Y OTRAS.

Por grandes que sean las ilusiones acariciadas por el hombre acerca de su *soberana* razón, á cada paso se encuentra, mal de su grado, con vivientes pruebas de la candidez y fatuidad de los que creen iluminarlo todo con la brillante pero limitada antorcha de la humana inteligencia. ¿Quién no ha sentido centenares de veces sonar en sus oídos la palabra fuerza? Nadie seguramente. ¿Quién puede jactarse de conocer su esencia? Casi me atrevo á afirmar que ninguno en absoluto, puesto que las mejores definiciones dadas has-

(1) Véase la pág. 148 del tomo anterior.

ta el presente estriban en los efectos producidos por ciertas fuerzas, mas no en su naturaleza.

Decimos que un hombre tiene más fuerza que otro cuando aquél levanta un peso mayor que éste; que un tronco de caballos es de gran fuerza cuando con facilidad arrastra un gran coche sobremanera cargado y el camino es cuesta arriba; que el vapor tiene extraordinaria fuerza porque transporta con gran rapidez millares de toneladas de peso á grandes distancias; que la pólvora y la dinamita tienen gran fuerza porque lanzan los proyectiles con pasmosa velocidad á considerables distancias; que el rayo y el huracán gozan de descomunal fuerza porque el uno hiende y calcina los edificios y el otro arranca de cuajo robustos y seculares árboles; que las olas del mar gozan de colosal fuerza porque juegan con las embarcaciones como el viento con ligeras plumas y vienen á estrellarse con desatada furia contra las rocas de la costa; en una palabra: á cualquiera parte que dirijamos nuestra vista nos encontramos con *la fuerza*, y, sin embargo, ¿se conoce y define la fuerza en su esencia? Repito que hasta la fecha no ha habido ni hay quien pueda gloriarse de tan fundamental conocimiento. En la aparente variedad de fuerzas, ¿existe algún lazo de unión que las haga gozar de un carácter común? Si se trata de las que obran y radican en la materia, y que podríamos llamar materiales, poseen indudablemente un lazo de unión, y es el de dar por resultado de su ejercicio la modificación del *estado móvil* de los cuerpos, y parece muy probable que se confundan en su esencia, pues tan constante y fácilmente se transforman unas en otras.

Mas si se trata de otras fuerzas superiores que no obran exclusivamente en y por medio de la materia, las diferencias entre sí y con las anteriores son sustanciales. El alma y virtudes del padre no pasan al hijo, ni los conocimientos del maestro se transforman en los del discípulo, ni la energía intelectual del espíritu se convierte en los efectos de ella resultantes, por ejemplo, en las producciones científicas ó literarias, ni el pensador en sus profundas concepciones, ni la voluntad del amante en sus actos amorosos, etc.

Es decir, en las fuerzas que llamamos *materiales* (prescindimos de las diversas hipótesis sobre el particular) existe siempre en sus operaciones verdadera transformación ó tránsito de la fuerza de la causa al efecto; por manera que cuanto mayor sea el efecto, tanto menor es la fuerza que queda en la causa, y cuando la energía del efecto es equivalente á la de la causa, ésta se queda sin nada. Supongamos una causa con veinte unidades de fuerza; si el efecto resulta con ocho, en la causa no habrán quedado más que doce; si el efecto, resulta con diez y nueve, en la causa no quedará más que una, y si el efecto resulta con veinte, la causa queda con cero.

Así, por ejemplo, en las máquinas de vapor la fuerza es debida á la tensión de éste, dependiente á su vez de su mayor ó menor grado de temperatura; cuanto mayor sea el trabajo efectuado por la máquina, supuestas iguales la temperatura y cantidad de vapor, tanto más frío, y por ende con menos tensión, sale del cilindro, ó lo que es lo mismo, cuanto más fuerza haya empleado en la producción de un trabajo, tanta de menos le queda para producir otro nuevo. Si la presión y cantidad de un salto de agua al entrar en una turbina tienen fuerza suficiente para producir 50 caballos de vapor, y en el eje de la polea de la turbina se obtienen nada más que 25, el agua sale con la mitad de la presión que tenía á su entrada; si, por el contrario, se obtuviesen 48 de efecto útil, saldría casi sin fuerza alguna el agua, y si en vez de 25 y 48 fuesen 50 los obtenidos, el agua al salir de la turbina carecería en absoluto de fuerza y presión; por lo tanto, las fuerzas materiales se distinguen esencialmente de las espirituales, pues en las primeras la fuerza de la causa es transmitida al efecto, quedándose aquélla con tanto menos cuanto más ha transmitido y puede llegar á transmitirla en su totalidad, desapareciendo entonces por completo la de la causa, mientras que en las segundas jamás sucede ni puede suceder, ni el aniquilamiento de la fuerza de la causa, ni la conversión de la misma en la del efecto.

El alma humana ¿á cuál de las dos fuerzas pertenece?

Es de sí tan claro que á la segunda, que sólo por ligereza más común de lo conveniente, ó incompetencia en la materia, ó atrofiamiento de las alas de la inteligencia, encadenada día y noche al volante que gira, al émbolo que va y viene, ó al manubrio que en un movimiento arrastra con estridente ruido todo su cortejo de ruedas dentadas, ó lo que es peor, por degradantes pasiones y espíritu sectario, es concebible cómo se haya pretendido confundir é identificar el alma humana con las fuerzas físicas de la naturaleza, aunque entre ellas exista la etérea y encantadora con cuyo nombre se gloriará el siglo XX, la célebre electricidad.

Como no conocemos la esencia misma de las fuerzas para juzgar de ellas y distinguir unas de otras, no nos queda otro refugio que acudir á sus efectos, siguiendo en esto la ley universalísima del conocimiento humano, de la cual no se encuentran exentas ni las mismas verdades de fundamento experimental.

Sin temor de equivocarnos, si al aplicar á una mezcla de dos gases un hierro candente no detona, afirmamos no ser el oxígeno é hidrógeno los gases encerrados en aquel recinto; si á un animal le inyectamos unos cuantos gramos de un líquido determinado y aquél continúa, como antes de la operación, sin síntoma alguno extraordinario en su organismo, quedamos plenamente convencidos de que el líquido no es, v. gr., ácido prúsico.

Están tan lejos de confundirse los efectos de la fuerza anímica y los de las fuerzas materiales, que entre ellos los hay diametralmente opuestos y hasta antitéticos.

Los agentes físicos nunca comienzan á obrar sin ser sobrexcitados por otros numéricamente distintos por lo menos, y una vez puestos en marcha se ven precisados á obrar, sin que puedan, después de comenzada su obra, detenerse en ella ó cambiarla por otra mientras la causa inicial no se detenga ó se haga cambiar el efecto de su energía. Demos que exista una máquina de vapor tan perfecta que por sí misma y con precisión suma se provea del combustible y agua necesarios para que en la caldera exista siempre el mismo nivel y el vapor conserve la misma tensión. Que

por sí misma se engrase, de tal suerte que los roces sean siempre iguales; en una palabra, una máquina perfectísima en su género, tal y como se concibe en teoría, sin los numerosos defectos de la práctica.

Supóngase transmitido su movimiento por una correa desde el volante á un árbol con tres poleas, de las cuales la primera sirva para mover un martinete, la segunda una piedra de molino y la tercera una dinamo de 20.000 wats que alimenta 300 lámparas incandescentes de 12 bujías. Póngasele el combustible en el hogar, las cerillas en el mismo punto donde se halla el carbón con que por sí misma ha de alimentarse la máquina después de puesta en movimiento, todos los engrases hechos, las transmisiones perfectamente dispuestas, el circuito general eléctrico y el de cada lámpara cerrados (es decir, de manera que puedan encenderse todas las luces).

Pues bien, después de dárselo todo hecho á la favorecida máquina no mostrará la menor señal de energía, permaneciendo en eterna inacción, si un agente exterior no va á ponerla en marcha encendiendo el preparado combustible. Mas, esto verificado, la escena cambia como por ensalmo, y lo que poco antes era todo reposo, ahora es todo movimiento; cada pieza del aparato sigue en su rígido y acompasado vaivén ó rápida y monótona rotación, ni una sola se detiene á tomar alientos ó se aparta de su camino por distracción; todo es matemáticamente exacto; la bomba no deja de mandar su tasada cantidad de agua á la caldera, las piezas destinadas á proveer el hogar de carbón no dan tregua á su trabajo, los engrasadores siempre goteando sobre los cojinetes, los árboles, correas y poleas recorriendo siempre el mismo camino y dando vueltas y más vueltas, el martinete aporreando una y otra vez sin conmiseración alguna al colosal yunque, el molino vomitando harina una hora tras otra sin poner fin á su interminable tarea; los penachos de líneas de fuerza que brotan de los férreos núcleos de los electroimanes, al ser abrazados y envueltos por la corriente eléctrica, siempre enhiestos en el campo magnético y el anillo rotante en aquella etérea atmósfera, siempre hacien-

do titánicos esfuerzos para salvar aquel resistente muro de imperceptible fluido, surgiendo de esta gigantesca lucha, en donde no hay vencedor ni vencido, limpia y pura como el alba, exornada con destellos émulos de los del astro del día, la simpática luz eléctrica, que brilla un día y otro dentro de la vítrea y deslumbradora bombita.

Hé aquí un cuadro que, aunque á la ligera dibujado, es suficiente para darnos idea de lo que son las fuerzas materiales.

Brillantes, maravillosas, colosales, sobremanera variadas en sus efectos, capaces de carbonizar ó lanzar por los aires como leves plumas á la humanidad entera, etc. Pero al mismo tiempo salvajes, brutales, inconscientes, sin dominio de sí mismas, sin iniciativa, sin libertad para obrar ó no obrar, sin conocimiento de su ser, en una palabra, sometidas á leyes necesarias, aherrojadas con los humillantes grillos del cálculo.

Para que las diferencias salten á la vista y el parangón quede completo, supongámonos trasladados á un gran taller y que con detención estudiamos la manera de obrar de los operarios.

Al sonar la hora del comienzo del trabajo, cada cual prepara sus cosas y pone manos á la obra cuando, como y por donde le viene en talante; unas veces ayuda y otras es ayudado de los compañeros; de tiempo en tiempo se detiene para contemplar su obra; toma posiciones distintas cuando lo cree conveniente para la más fácil consecución de su fin; ya se detiene á descansar y hablar con los colaterales, ofreciendo ó aceptando el obligado cigarrillo, cuyo humo saborean y arrojan á la atmósfera en caprichosas espirales; luego reanuda la tarea ganando los momentos perdidos con un exceso de energía invertida en poco espacio de tiempo; al sonar la hora de abandonar el trabajo, cada cual lo hace independientemente de los demás, dispersándose en seguida, para volver al día siguiente á sus acostumbradas tareas.

¿Quién no ve la diferencia esencial que existe entre las fuerzas desarrolladas por las máquinas y agentes físicos y

las procedentes de la actividad humana? Por de pronto, á las fuerzas físicas le es esencial el ser necesarias, incapaces de determinarse por sí mismas á obrar ó no obrar, el obrar siempre de la misma manera, el seguir siempre el mismo camino determinado por la resultante de las fuerzas excitadoras, con otras propiedades análogas á cual más *humillantes*, y que fluyen todas del *humillante* principio de carecer en absoluto de iniciativa propia y libertad de acción.

Y esto es tan cierto, que de no ser así las ciencias físicas caerían por su base sin esperanza de poder levantarse de tan mortal caída. Porque ¿de qué le hubiera servido á Képler observar que las áreas descritas por los radios vectores de los planetas son proporcionales á los tiempos invertidos en describirlas, y á Newton que los astros se mueven como si se atrajeran en razón directa de sus masas é inversa del cuadrado de las distancias, y á Lavoisier que antes y después de la combinación el peso de las sustancias reaccionantes es el mismo; á Proust que los cuerpos se combinan en proporciones fijas y determinadas, y á Ohm que la intensidad en la corriente eléctrica es directamente proporcional á la fuerza electro-motriz é inversa de la resistencia del circuito; á Ampère que las corrientes paralelas y del mismo sentido se atraen, mientras que las de sentido contrario se repelen; á Galvani las célebres sacudidas de las ancas de rana, humilde germen que va extendiendo sus raíces por el universo entero; á Ersted la influencia de las corrientes galvánicas sobre los imanes; á Faraday las corrientes inducidas, el más importante descubrimiento de este siglo, si se atiende á su maravillosa fecundidad y á los beneficios de ella reportados por la industria? Ninguno de los mencionados sabios hubiera podido afirmar más que en ciertos casos, en los observados por ellos, que las áreas descritas por los radios vectores de los planetas eran proporcionales á los tiempos invertidos en describirlas, que los astros se mueven como si se atrajeran en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, etc.; pero en manera alguna se hubieran atrevido á formular le-

yes, y si su vanidad les hubiera llevado á enunciarlas, la libertad de las fuerzas de la naturaleza quedaría encargada de confundir tan ridícula osadía.

Y sin principios fijos y leyes ciertas, ¿para qué serviría la física? Absolutamente para nada, ó para menos de nada, que sería el quebrarse la cabeza sin utilidad alguna. Porque ¿quién sería tan necio que invirtiese un capital en canalizar un río para llevar entre sus ondas la fecundidad, lozanía y hermosura á extensa heredad, si cuando menos lo pensase el agua se le podía antojar marchar canal arriba, ó á la tierra el cerrar sus poros y hacerse completamente impermeable, ó á los árboles colocar sus frutos en las raíces ó florecer en Diciembre en países fríos, que equivaldría á la esterilidad más completa, pues los hielos no permitirían lucir sus galas á flor alguna, marchitándolas todas, y en ellas la esperanza misma de obtener el más insignificante producto? ¿Quién se atrevería á levantar un palacio, si después de devanarse los sesos el arquitecto para adunar en la obra la elegancia y solidez, é invertir grandes sumas en proveerse de los más convenientes materiales y tener empleados centenares de operarios un día y otro día, al coronar el edificio con la acostumbrada bandera pudiese declararse en huelga la cohesión, quedando rotos de un solo golpe los íntimos y poderosos lazos que traban entre sí las moléculas para formar los cuerpos, y sustituyendo á la robusta y grandiosa morada informe montón de imperceptible polvo, que el más suave viento lanzaría á la atmósfera sin esperanza de volverlo á ver reunido á no mediar otra *veleidad* de la fuerza de cohesión, merced á la cual volviesen á reunirse todas aquellas moléculas dispersas de forma que resultase la anterior construcción, tan lastimosamente arruinada?

No hay para qué insistir más en materia de sí tan clara y evidente; que no es fácil tarea fallar acerca de cuál es más absurdo, si el deprimir la dignidad de los actos humanos hasta dejarlos al nivel de las fuerzas físicas, ó el elevar éstas á la nobilísima esfera de espontaneidad y previsión en que se mueven los primeros. En lo que no cabe duda es en

lo inconcebible y disparatado de la confusión de cosas diametralmente opuestas.

¡Triste patrimonio del error!... Es relativamente fácil, dado lo exiguo de los humanos alcances, encubrir entre las exuberantes imágenes de una fantasía ardiente el oropel de armoniosas y grandilocuentes frases e intrincados, conceptuosos y laberínticos razonamientos, que obligan á creer que hay algo donde en realidad no hay nada, las negras y siniestras sombras del error; mas las consecuencias que brotan, no de las elegantes formas y suntuosos atavíos, sino de lo más íntimo del objeto, lo delatan en seguida, como la insoportable hediondez nos anuncia de antemano la descomposición del cadáver, aunque se halle encerrado en rico y blanco sarcófago.

Ninguno regularmente instruído se admira de la predicción de un eclipse con la hora, minutos y segundos de su comienzo y término, y nos reímos con motivo al ver la estupefacción de los idiotas y las supercherías de pueblos poco civilizados al oír que se acerca ó contemplar con sus ojos el raro pero naturalísimo fenómeno que ha dado margen á innumerables y ridículas fábulas.

Trátase de una aplicación sencilla del cálculo, basado, por supuesto, en los datos proporcionados por la astronomía. Se conocen las trayectorias y velocidades del Sol, Tierra y Luna; si sus movimientos son necesarios, mientras existan las mismas causas determinantes no cambiarán de dirección ni velocidad, y por consecuencia es facilísimo determinar precisamente cuándo los tres astros han de estar en línea recta y cuál de ellos ha de encontrarse en el medio, resultando de ahí los eclipses *llamados* de Luna ó de Sol.

Es tal la seguridad que tenemos en lo invariable de las leyes físicas, que siempre se parte de esta incommovible base en cualquier género de estudios.

Observó Römer que el tiempo empleado en los periódicos eclipses del primer satélite de Júpiter iba aumentando cuando la Tierra caminaba desde la *oposición* á la *conjunción*, y viceversa cuando iba de ésta á aquélla. Apreció el tiempo

transcurrido entre dos inmersiones del satélite en el cono de sombra proyectado por Júpiter cuando la Tierra se encontraba en oposición, y vió que era de 42 horas 28 minutos 48 segundos. Tardando nuestro planeta seis meses en ponerse en conjunción con Júpiter, calculó la hora á que debía comenzar el eclipse en esta posición de los astros, encontrándose con que la prevista inmersión se había adelantado los 16 minutos y 36 segundos que antes había tenido de retraso, de lo cual dedujo lógicamente que la luz tardaba en recorrer el diámetro de la órbita terrestre 16 minutos y 36 segundos.

Todos los sabios han reconocido el mérito de Römer en descubrir un procedimiento tan científico é ingenioso para medir la extraordinaria velocidad de la luz. Mas en el momento en que separamos de la idea de la atracción la nota esencial y característica de ser una fuerza necesaria y sujeta á las reglas del cálculo, Römer y todos sus admiradores descenderían desde la encumbrada esfera de eminentes sabios á la de míseros y presuntuosos ilusos que, no contentos con ser víctimas de su ignorancia, tratan de arrastrar por el mismo camino á sus semejantes. Porque ¿qué consecuencia lógica puede deducirse de los datos observados por el sabio citado, si la fuerza de la gravitación no es ciega y necesaria? Absolutamente ninguna; como nada se sigue de que un hombre ande un kilómetro un día en media hora, pues al día siguiente puede hacerlo en una y al otro en un cuarto.

Nadie, á no querer dar quince y raya á los mayores mentecatos que han comido pan, puede tachar de ilusos á los que, fundados en la necesidad de las fuerzas físicas, se han coronado de gloria por sus descubrimientos físicos ó se han proporcionado un porvenir desahogado ó una colosal fortuna por la aplicación industrial de los mismos. Así como tampoco puede nadie dudar de los fenómenos pronosticados cuando proceden de causas sujetas á las leyes matemáticas.

Por el contrario, al defender la identidad de las fuerzas físicas y de las psíquicas, y por tanto la carencia de espon-

taneidad en las segundas, se suprimen del templo de la ciencia sus más gloriosas figuras, debiendo ser sustituidas por las pitonisas y augures. ¡Cuán cierto es que los extremos se tocan! Increíble parece que los idólatras de la ciencia, arrastrados por sacrílegas miras, hayan venido á derrocar las columnas por ellos mismos levantadas. Pero lo cierto es que la lógica no es acomodaticia y las consecuencias se derivan de las premisas sentadas tan naturalmente como la piedra busca su centro y el agua su nivel.

Alejandro, César, el Gran Capitán y Napoleón con sus aguerridos ejércitos injustamente ostentarían en sus sienes la aureola de la heroicidad si todas sus batallas y triunfos no fueran otra cosa que la resultante mecánica de las fuerzas beligerantes. Recórrase la historia de todas las ciencias y artes, evóquese el recuerdo de las grandes figuras de cada una de ellas, hágase surgir de sus respectivos sepulcros los gloriosos nombres de Platón, Aristóteles, San Agustín, Santo Tomás, el Tasso, Cervantes, Calderón, Galileo, Kèpler, Newton, Ampere, Mozart, Beethoven, Murillo, Velázquez... convóquese también á esta asamblea á los hombres más sanguinarios, los más famosos bandoleros, las mujeres más desenfrenadas y abyectas, los tahures más encanallados... y si los miramos á la luz siniestra del error que combatimos, resultan todos ellos completamente iguales; la brillante corona de los primeros y el estigma de baldón é ignomia de los segundos desaparecerán á la vez como se confunden y desaparecen los variados matices de escogida maceta y el vulgar verde de un haz de heno al ser envueltos por las negras sombras de la noche. Repito que injustamente admiraríamos á los primeros y despreciaríamos á los segundos, porque la fuerza es siempre la misma; los rayos de luz no pierden su deslumbradora nitidez y pureza por iluminar inmundos lugares, ni ganan nada por abrillantar las galas y embellecer el rostro de aristocrática dama; la fuerza del viento no se envilece por jugar con las olas de fétida y turbia charca, ni se hace acreedora á timbre alguno cuando lleva entre sus ondas la exquisita fragancia de bien cultivado y florecido jardín; el telar y la fuerza

que se mueve en nada se diferencian cuando de él salen humildes percales y burdos paños de cuando salen delicados encajes y ricos brocados.

Si la ciencia de Platón y Aristóteles, la sabiduría y santidad de San Agustín y Santo Tomás, el genio artístico de Tasso, Calderón, Mozart y Beethoven, son *resultantes mecánicas* de fuerzas físicas, vanos é infundados son los encomios de ellos hechos por haber dejado en pos de sí, al cruzar por el erial del mundo, perenne estela de blanca luz, de cuyos destellos todos podemos participar. Vanos habrían sido los esfuerzos de todos los sabios para impulsar y llevar adelante la carroza del progreso científico. Porque ó las fuerzas anteriores vienen con dirección é intensidad convenientes para dar por resultante los descubrimientos ó no; si se verifica lo primero sin empeño alguno por parte de los *hombres-máquinas*, es más, aunque fuese mal de su grado, se harían los estudios con las resultantes científicas de que se gloria cada siglo, y en el caso contrario, los conatos humanos en pro de la ciencia serían tan inútiles y desatinados como si una máquina destinada á hacer fideos y provista de la correspondiente pasta forcejease por sacar de ella levitas de finísimo paño.

No indicaré otros muchísimos absurdos lógicamente derivados de la presuntuosa teoría que en nombre de la ciencia quiere, insensata, despojar al hombre de su más glorioso timbre, confundiéndole con material volante que sólo se mueve cuando al maquinista se le antoja enviar vapor al cilindro; creo que la sola expuesta es sufficientísima para desenmascarar á la mejor embozada y más alucinadora que concebirse pueda.

FR. TEODORO RODRÍGUEZ,
Agustino.

(Continuará.)



EN LA MONTAÑA

NEVADA

Aquel volar sereno de la nieve,
su tersa faz, su espléndida blancura
y el trocar en mansísima llanura
el suelo desigual, son fiesta breve.

Nada en el vasto páramo se mueve,
nada late, destella, ni murmura,
vaga materia inerte que su hechura
hallar en manos creadoras debe.

Mas cala un rayo la aterida bruma,
y obra de muerte y á la par de vida
la nieve deshaciéndose consume;

gentes ahogadas bajo choza hundida
y harta la tierra de jugosa espuma
á dobladas cosechas prevenida.

AMÓS DE ESCALANTE.



ESTUDIOS COLOMBINOS

Cartas escritas por Cristóbal Colón á los Reyes Católicos al regresar de su primer viaje.—Llegada de Colón á Barcelona.

I

Según manifiestan los historiadores y biógrafos de Colón, apenas arribó el Almirante á Europa á la vuelta de su primer viaje, apresuróse á poner en conocimiento de los Reyes Católicos la feliz noticia de su llegada y el buen éxito que había logrado en su expedición.

Cuándo y dónde fué escrita esta carta, desde qué ciudad se envió, si fueron varias ó una sola, son cuestiones que no aparecen muy claras en los datos históricos que conocemos: los escritores colombinos no se han parado en estos pormenores y asientan como hecho indudable que Colón escribió á los Reyes desde Lisboa, dando noticia de su llegada, y que á esta carta del Almirante—cuyo contenido se desconoce por haberse perdido el documento—contestan los Reyes con su conocida carta-mensajera, fechada en Barcelona á 30 de Marzo de 1493: aparte de estos dos documentos, no se afirma ni siquiera en hipótesis que pudieran haber mediado otras cartas entre Colón y los Reyes, desde el mo-

mento en que arriba á Portugal hasta que se presenta ante los monarcas en Barcelona.

Aunque los primitivos historiadores de Indias aportan pocos datos para resolver esta cuestión, estudiadas detenidamente las indicaciones que presentan, pueden formularse algunas inducciones con mero valor hipotético, pero que vienen á llenar lagunas que se notan en este problema histórico.

II

El primer documento, en orden cronológico, en donde se da cuenta del descubrimiento, es la carta dirigida por el Almirante á Luis de Santángel, escribano de ración del Rey Católico y grande amigo y favorecedor del descubridor; la carta está fechada en 15 de Febrero de 1493 (1), es decir, se escribió durante el regreso del primer viaje.

Según el *Diario del Almirante* que nos ha conservado Las Casas y publicó Navarrete (2), el día 14 de Febrero asaltó una furiosa tempestad á las dos carabelas que regresaban con rumbo á Europa; la fuerza del temporal separó á la *Pinta* de la *Niña*; Colón, temeroso de un naufragio que sepultase en el fondo de los mares su secreto, tomó un pergamino donde escribió una sucinta relación de su viaje y «envolviólo en un paño encerado atado muy bien y mandó

(1) Publicó esta carta Navarrete en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, segunda edición*.—Madrid.—Imprenta Nacional: 1858.—Cinco tomos: en el tomo primero, pág. 314.—Navarrete la tomó del original que está en el archivo de Simancas.—Despacho y correspondencia general interior del Estado, número 1: posteriormente ha parecido una copia de este documento que publicó en 1858, en Valencia, un bibliófilo que ocultó su nombre tras el pseudónimo de Jenaro H. de Volafán: se ha reimpresso esta carta en el tomo 164 de la *Biblioteca clásica* que publica en Madrid la casa editorial Viuda de Hernando y Compañía: titúlase el tomo *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*.—Madrid, 1892, pág. 186 y siguientes; á esta edición se refieren las citas.

(2) El *Diario* lo publicó Navarrete en su *Colección de viajes, etc.*, tomo primero, tomándolo de una copia que, de letra de Fr. Bartolomé de las Casas, existe en el archivo del Excmo. Sr. Duque del Infantado: en el mismo archivo hay otra copia posterior: ambas se tuvieron presentes al hacer la publicación; se ha reimpresso en las *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*.—Madrid, 1892; á esta edición se refieren las citas.

»traer un gran barril de madera y púsolo en él sin que ninguna persona supiese qué era, sino que pensaron todos que era una devoción, y ansí lo mandó echar á la mar» (1).

El día siguiente, viernes 15 de Febrero, amaneció más claro y despejado: viéronse señales de estar cercana la tierra, mas no pudo atracar la carabela por causa del temporal, que no había cesado por completo; durante este día, con la tierra á la vista y creyendo estar en aguas españolas, fué escrita la carta á Santángel: prueba esta afirmación la suscripción de la carta, que dice: «fecha en la carabela sobre las Islas de Canaria quince de Febrero de noventa y tres».

Hasta el lunes 18 de Febrero no pudo el Almirante acercarse á la orilla: al amanecer envía una barca á tierra y «hobieron habla con la gente de la isla y supieron como era la isla de Santa María, una de las *Azores*» (2).

En la isla permaneció el Almirante hasta el 24 de Febrero en que partió para España: es de suponer que á la vez que la carta á Santángel escribiría otra para los Reyes: abona esta hipótesis la consideración de que el 15 de Febrero es la vez primera que Colón ve tierra desde el 16 de Enero en que abandonó el golfo de las Flechás, de suerte que, habiendo perdido el rumbo por causa del temporal y sin poder calcular con exactitud la distancia recorrida, supuso que las tierras que aparecían ante su vista eran las islas Canarias; en esta hipótesis escribe á Santángel y es racional pensar que escribiese á los Reyes, puesto que se acercaba á dominios españoles.

En 24 de Febrero abandonó las Azores con rumbo á España: la carta escrita y fechada en 15 de Febrero quedó á bordo: es indudable que en las Azores no la entregó al gobernador portugués Juan de Castañeda para que la enviase á su destino; como prueba esta afirmación la *ánima* ó papel separado que venía dentro de la carta dirigida á Santángel; dice así: «Despues desta escrita, estando en mar de Casti-

(1) *Diario del Almirante*, pág. 168.

(2) *Diario del Almirante*, pág. 170.

«Illa, salió tanto viento conmigo Sur y Sueste que me ha fecho descargar los navíos por correr aquí en este puerto de Lisboa hoy, que fué la mayor maravilla del mundo, adonde acordé de escribir á Sus Altezas». La *ánima* está fechada *en los cuatro días de Marzo*, fecha en que arribó á Portugal, según opinión unánimemente aceptada por todos los colombistas y consignada en el *Diario del Almirante*.

Parece desprenderse de esta frase *adonde acordé de escribir á Sus Altezas* que antes de llegar á Lisboa no había escrito carta alguna destinada á los Reyes: á nuestro juicio esta opinión es insostenible: la prueba está en el contenido de la carta dirigida á Santángel, fechada en 15 de Febrero, á la vista de tierras que, como hemos visto, no determinó con exactitud en aquel momento el Almirante; en ella dice, después de referir las peripecias del viaje: «En conclusión, á hablar desto solamente que se ha fecho, este viaje que fué así de corrida, pueden ver sus Altezas que yo les daré oro cuanto hubieren menester con muy poquita ayuda que sus Altezas me darán» (1); en este texto se refiere á carta escrita á los Reyes antes de arribar á las Azores, puesto que esta frase está escrita antes de fechar la carta en 15 de Febrero.

Además de esta inducción, fundada en el texto citado, hay otra consideración racional: no es de suponer que Colón escribiese á un funcionario de la corte dando noticias que los Reyes ignoraban; tampoco la carta á Santángel está escrita en sentido de comunicación oficial del descubrimiento; por tanto, deben de admitirse dos cartas á los Reyes, una escrita á la vez ó antes que la de Santángel en 15 de Febrero, y otra escrita desde Lisboa, que es á la que se refiere el texto del *ánima* citada.

Idéntica manifestación á la contenida en la carta dirigida á Santángel hay en otra dirigida á Pedro Mártir de Angleria; también esta carta (2) tiene *ánima* idéntica en todos sus

(1) *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*.—Madrid, 892, pág. 1093.

(2) La inserta Torres Asensio en su obra *Fuentes históricas sobre Colón y América*. *Pedro Mártir de Angleria*, tomo I. Según manifiesta el Sr. Torres Asensio, la carta está tomada de la edición que se hizo en Viena, 1868,

términos á la de la carta de Santángel: está fechada en 4 de Marzo, día de la llegada á Portugal; la carta debió ser escrita antes de este día y el *ánima* el día 4; no hay necesidad de repetir argumentos ya aducidos.

De esta misma fecha hay un tercer documento, la carta dirigida al aragonés Gabriel Sánchez, tesorero del Rey Católico; está fechada en 14 de Marzo, y Navarrete (1) rectifica la fecha diciendo que debe de ser 4; no hay inconveniente en admitir la rectificación, puesto que según dice el Almirante en su *Diario* (2), el día 13 á las ocho de la mañana sale de Lisboa aprovechando la marea; esta carta debió ser escrita en Lisboa, pues no tiene *ánima* como las anteriores.

La existencia de la carta escrita á los Reyes desde Lisboa podemos comprobarla además por un testimonio indirecto: al referir el cronista Zurita las instrucciones dadas por los Reyes á Lope de Herrera cuando en 22 de Abril de 1493 fué de embajador á Portugal, dice que los Reyes habían tenido noticia del descubrimiento por una carta de Pinzón y después por otra del Almirante en que les daba cuenta de su llegada y recibimiento en la corte portuguesa (3); hay que admitir, como decimos antes, dos cartas á los Reyes, una escrita antes de llegar á Portugal, otra desde Lisboa.

La causa de tener escrita la carta á los Reyes antes de llegar á Lisboa está en que Colón al salir de las Azores pensó encaminarse á Sevilla y no á Lisboa: fúndase esta opinión en dos textos contenidos en el *Diario* del Almirante refiriendo el altercado que mantuvo con el gobernador Juan

Tipografía imperial y real de la corte. Dice asimismo que esta carta es el primer parte dado á los Reyes Católicos del descubrimiento: nos atenemos á lo que se dice en el texto.

(1) Esta carta la publicó en Roma en latín Leandro Cosco en 1493: respecto á las ediciones y traducciones de la misma, véase á Navarrete, *Colección de viajes*, etc., tomo I, pág. 322; está reimpressa en las *Relaciones y cartas de Cristóbal Colón*. Madrid, 1892, pág. 195 y siguientes; á esta edición se refieren las citas.

(2) Página 182, edición citada.

(3) Zurita. *Anales*, tomo V, libro 1.º, cap. XXV, fol 30, edición de 1670, en Zaragoza por los herederos de Pedro Lanaja.

Castañeda el día 19 de Febrero; ante la negativa de éste á devolverle los marineros presos por el gobernador portugués, le dice Colón: «que dado que no le quisiese darle su »gente no por eso dejaría de ir á Castilla, pues tenía harta »gente para navegar hasta Sevilla, y serían él y su gente »bien castigados haciéndoles aquel agravio» (1). En el mismo *Diario* correspondiente al 13 de Marzo, al salir de Portugal, dice: «Hoy á las ocho horas con la marea de ingente y »el viento Nornorueste levantó las anclas y dió la vela para »ir á Sevilla».

Además de estos textos, que demuestran cumplidamente nuestra afirmación, todos los historiadores manifiestan unánimes que llegó á Lisboa de arribada forzosa y asimismo lo dice Colón en su *Diario* y en las cartas citadas anteriormente.

III

Sale Colón el día 13 de Marzo de Lisboa en dirección á Sevilla y el 15 del mismo mes entra en Palos; ni el *Diario* ni ninguno de los primitivos historiadores de Indias nos manifiestan la causa de esta detención; podemos inducir que fué debida al deseo de tener noticias de Martín Alonso Pinzón, de quien nada sabía desde el 14 de Febrero en que se separó de él á la vista de las Azores, y á los naturales deseos de los tripulantes de la carabela, que ansiaban ver á sus familias después de tan peligrosa navegación; puede agregarse á estas razones por parte de Colón el deseo de arribar á puerto de Castilla y de saludar á los frailes de la Rábida, sus amigos y favorecedores.

El día 15 al amanecer llega á la barra de Saltes y penetra en Palos; en el mismo día, por la tarde, arriba al puerto la *Pinta*, mandada por Pinzón, quien después de correr los temporales que sorprendieron al Almirante, habíase refugiado en Bayona de Galicia, desde donde despachó un correo á los Reyes dándoles cuenta del descubrimiento: en

(1) Página 173, edición citada.

Palos conferenciaron los dos marinos, y allí quedó Pinzón, que venía gravemente enfermo, en tanto que Colón se encaminó á Sevilla.

Los historiadores primitivos de Indias no dicen que desde Palos escribiese á los Reyes; lo único que dicen Las Casas y el *Diario* (1) es que allí tuvo propósito de ir á Barcelona por mar, *en la qual ciudad le daban nuevas que sus Altezas estaban, y esto para les hacer relación de todo su viaje* (2).

Este texto da origen á algunas reflexiones: interpretándolo en sentido literal parece indicar que en esta fecha todavía no había escrito Colón ninguna carta á los Reyes, quizá por ignorar su residencia, pues como dice el texto, en Palos *le daban nuevas* de que estaban los Reyes en Barcelona: esta frase puede, sin embargo, no tomarse al pie de la letra y significar tan sólo que Colón deseaba ir á Barcelona á hacer relación oral de su viaje y descubrimiento.

No consta que en Palos recibiese mensajes ni correos de los Reyes Católicos: los historiadores primitivos nada dicen acerca de este punto; tan sólo se sabe por la declaración de Francisco Medel que los Reyes enviaron una carta á Pinzón, que llegó después de muerto éste (3), pero á la sazón estaba ya en Sevilla el Almirante. Es el único dato que aparece en los documentos é historiadores antiguos respecto de la estancia en Palos.

IV

Según manifiesta Las Casas, «el Almirante se despachó »cuan presto pudo para Sevilla, y de allí envió un correo al »Rey y á la Reyna, que estaban á la sazón en la ciudad de »Barcelona, haciendo saber á Sus Altezas la gran ventura

(1) Página 182, edición citada.

(2) Página 182, edición citada.

(3) *Colón y Pinzón, informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, presentado á la Real Academia de la Historia, por don Cesáreo Fernández Duro capitán de navío, a académico numerario.*—Madrid, 1883, pág. 320.

»y felice conclusión que Dios le había dado á su deseado y
 »prometido descubrimiento» (1). Parece desprenderse de
 este texto —único que aparece en los historiadores primiti-
 vos acerca del particular—que hasta la llegada de Colón á
 Sevilla no puso en conocimiento de los Reyes la noticia del
 descubrimiento: esta opinión es inadmisibile.

No dice Las Casas la fecha de la llegada de Colón á Se-
 villa, pero el Cura de los Palacios la consigna en su *Cróni-
 ca*; dice este escritor: «Entró en Sevilla con mucha honrra á
 »31 días del mes de Marzo, Domingo de Ramos, bien pro-
 »bada su intención, donde le fué fecho buen recibimien-
 »to» (2). Respecto de la llegada á Sevilla hay otra versión
 que consigna Ortiz de Zúñiga; dice: «Á los principios del
 »mes de Abril entró en Sevilla D. Christóval Colón, que de
 »su primer descubrimiento de las Indias había surgido en
 »el Río de Palos y aquí, dando admiración con las noticias
 »del nuevo mundo que había hallado; esperó orden de los
 »Reyes, que se la enviaron de pasar á Barcelona donde se
 »hallaban, donde le recibieron con particular honor, cum-
 »pliendo lo que le habían prometido, dándole audiencia en
 »público y silla como á gran Almirante, en que sentado
 »les refirió su viaje, las islas y gentes descubiertas, su gen-
 »te, poblaciones y riquezas y mineros, y luego dieron orden
 »á su segundo viaje» (3).

Según se desprende del texto citado, en Sevilla esperó
 orden de los Reyes, y éstos se la enviaron de pasar á Bar-
 celona; es posible, por tanto, que en Sevilla recibiese la
 carta-mensajera de 30 de Marzo de 1493, pues en ella se
 ordena al Almirante que vaya á Barcelona, y se le excita
 para que apresure su viaje: respecto de la discrepancia en-
 tre Ortiz de Zúñiga y Andrés Bernáldez, es de escasa mon-

(1) Las Casas. *Historia de las Indias*, cap. LXXVII, pág. 475 en el tomo LXII de la *Colección de documentos inéditos para la historia de España*.—Madrid, 1875.

(2) Andrés Bernáldez. *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. CVIII, publicada en la *Biblioteca de autores españoles* de Rivadeneyra; tomo LXX, página 660.

(3) Ortiz de Zúñiga. *Anales eclesiásticos de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, libro 13, fol. 413.

ta, pues se reduce á afirmar el primero que llegó á principios de Abril, y el segundo que la llegada fué á 31 de Marzo.

La carta mensajera de los Reyes está fechada en Barcelona á 30 de Marzo, luego no puede admitirse que *por primera vez* escriba desde Sevilla, á no ser admitiendo el absurdo de que se escribiese la respuesta antes de llegar la carta.

Aparte de este argumento, que no tiene réplica, el contenido de la carta mensajera patentiza que fueron varias las cartas escritas por Colón á los Reyes: después del encabezamiento; en que se dan al descubridor los títulos de Almirante, Gobernador y Vissorrey, dicen los Reyes: «Vimos vuestras letras y hobimos mucho placer en saber lo que por ellas nos escribistéis» (1). Parece inferirse que el texto se refiere á varias cartas y no á una sola.

Apoya asimismo esta opinión el ver que en la citada carta recomiendan los Reyes á Colón que con el correo que la ha llevado conteste indicando las disposiciones que deben adoptarse para organizar prontamente la nueva expedición á los recién descubiertos territorios (2), de modo que ya tenían noticias anteriores de la llegada: sin duda á este emisario deben referirse las palabras contenidas en el texto de Las Casas citado anteriormente.

Dedúcese, por tanto, de todo lo expuesto que la Real carta-mensajera de 30 de Marzo no es la primera que los Reyes escriben á Colón, y que en otra anterior debieron contestar á la del Almirante en la que les daba noticia del descubrimiento.

(1) *Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de las antiguas posesiones españolas de América y Oceanía, sacados de los archivos del Reino, muy especialmente del de Indias*, tomo XIX. —Madrid, 1873, pág. 470.

(2) Carta mensajera de los Sres. Reyes Católicos á D. Cristóbal Colón. *Colección*, etc., citada, pág. 470.

V

No consta el día en que Colón salió de Sevilla dirigiéndose á Barcelona; nada dicen tampoco en concreto los historiadores primitivos acerca de los incidentes del viaje: límitanse á consignar que despertó grandísima curiosidad y entusiasmo por todas partes, que salían á los caminos los habitantes de los pueblos por donde atravesaba el Almirante á presenciar el paso de la comitiva y á admirar el extraño aspecto de los indios que Colón llevó consigo, y los raros animales y productos que de las islas descubiertas había traído: ni Oviedo, ni Las Casas, ni D. Fernando Colón dicen concretamente el día en que llegó á la corte; el único que puntualiza la fecha es Gómara, que escribe: «Finalmente él entró en la corte, con mucho deseo y concurso de todos, á 3 de Abril, un año después que partió de ella» (1).

Esta fecha está equivocada: no es posible que llegase á fines de Marzo ó principios de Abril á Sevilla, y que el día 3 entre en Barcelona: es evidente que llegó á esta ciudad en el mes de Abril, pues así lo dicen escritores contemporáneos (2) y hasta testigos oculares (3); pero debió ser á mitad de dicho mes y no al principio, como dice Gómara.

Nada decimos respecto al recibimiento que hicieron los Reyes al Almirante y las distinciones que le prodigaron, por no tener relación directa con el tema á que se contrae este trabajo.

(1) Gómara. *Hispania victrix. Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias*, en el tomo XXII de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, pág. 167.

(2) Las Casas. *Historia de las Indias*, edición citada, cap. LXXVIII, página 478.

(3) Oviedo dice en su *Historia general y natural de las Indias*, libro II, cap. VII, pág. 28 de la edición de la Academia de la Historia: «Y en aquel mismo año (1492) descubrió Colón estas Indias é llegó á Barcelona en el siguiente de mill e quatroçientos e noventa i tres años, en el mes de Abril». Oviedo fué testigo ocular de la llegada á Barcelona, pues como dice en el mismo capítulo, «estuve en Barcelona quando fué ferido el Rey, como he dicho, e vi allí ve ir al Almirante D. Chripstóbal Colón con los primeros indios que destas partes allá fueron en el primer viaje e descubrimiento: así que no habio de oídas, sino de vista».

VI

Resumiendo el resultado de la anterior investigación, podemos presentar las siguientes conclusiones:

1.º La primera carta dirigida á los Reyes Católicos debió ser escrita á la vista de las Azores, en 15 de Febrero de 1493.

2.º Al arribar á Lisboa debió enviar un correo el Almirante con esta carta y las dirigidas á Santángel, Gabriel Sánchez y Pedro Mártir de Angleria.

3.º En Lisboa debió escribir Colón otra carta dando cuenta á los Reyes del recibimiento en Portugal, de sus entrevistas con el monarca portugués y manifestando su propósito de ir á Sevilla.

4.º En Palos quizá recibió el Almirante la primera contestación de los Reyes, no se puede afirmar, pero es probable que desde Palos escribiese Colón nuevamente á los Reyes.

5.º En Sevilla recibe la carta-mensajera de 30 de Marzo de 1493: contesta á los Reyes y cumpliendo las indicaciones que en la misma le hacen, parte para Barcelona, adonde llega á mitad del mes de Abril.

Cierto es que estas afirmaciones tienen un valor simplemente hipotético, pero también es cierto que no son hipótesis irracionales: allí donde aparece el hecho indudable debe la crítica histórica aceptarlo sin discutirlo: donde no ocurra esto, cabe suplir la deficiencia con inducciones hipotéticas.

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ,
Catedrático de Historia universal en la Universidad
de Zaragoza.



ÚLTIMOS DÍAS DE UN REINADO

LEYENDA HISTÓRICA

(*Conclusión.*) (I)

V

LA SUMISIÓN

Aquel ilustre Cardenal, seguido
del grande y del prelado,
se adelanta al encuentro del vencido
monarca desdichado.
Cruza el Genil y en Abahul acata
la majestad caída.
¡Bien el semblante de Boabdil retrata
del corazón la herida!
«Id en buen hora, el musulmán profiere,
y ocupad mis palacios

(I) Véase la pág. 134 de este tomo.

de vuestro dueño en nombre. ¡Así lo quiere
 quien reina en los espacios!
 Alá lo quiere así, y así al culpable
 anonada y aterra.»

Y para sí murmura: «¡No me es dable
 un consuelo en la tierra!»

Del Genil retrocede hasta la orilla,
 al mísero guiando
 Mendoza, adonde espera el de Castilla,
 el inclito Fernando.

Bajarse al punto del corcel pretende
 al verse en su presencia
 el triste Rey, mas á impedirlo atiende
 de aquél la diligencia.

El ósculo en su diestra le rehusa
 con ademán ligero,
 que no es hidalgo el vencedor que abusa
 de su fuerza altanero.

—Tuyos somos, señor, dice el vencido.
 En ti el esfuerzo vive:
 tuyo el alcázar donde Rey he sido...
 hoy sus llaves recibe.

Tuya es ¡oh Rey! la que de encantos llena
 bajo este cielo hermoso
 fué mi ciudad, puesto que Alá lo ordena;
 Alá, que es poderoso.

—Animo ten en tu contraria suerte,
 exclama el Rey cristiano,
 y en mí tan sólo mi amistad advierte;
 mi afecto soberano.

—Con este sello goberné, le dice
 el del Islam sumiso;
 acéptalo, y con él sé más felice
 que el cielo hacerme quiso.

Prosigue el moro á Santa Fe su senda.
 La faz se le demuda
 al ver de Aíxa la expresión tremenda
 en su cólera muda.

Va con sus deudos, con su esposa, y siente
el pesar que ésta llora:
la diadema que huyó para la frente
del hijo á quien adora.
Magnánima Isabel, dulce y discreta,
su infortunio mitiga.
¡Bien haya quien al mísero respeta
y tiende mano amigal
Sin audacia cual Rey, débil cual hombre,
á ser tan desgraciado
bien le conviene de *Pequeño* el nombre,
en su ofensa no dado.
Mas hoy, al verle en su humildad tan digno,
tan noble en su apostura,
causa tan sólo al corazón benigno
compasiva ternura.
A quien su enojo en sus impulsos venza,
y así su oprobio oculte,
vergüenza no le cabe; más vergüenza
le cabe á quien le insulte.

VI

GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS

Reina silencio de muerte
por muros, plazas y calles
de la ciudad que ha rendido
á Castilla vasallaje.
El gran Cardenal Mendoza
traspone ya los umbrales
de la magnífica Alhambra
con sus caballos é infantes,
y es al punto recibido
de Aben-Conixa, su alcaide.
Reemplazados son en breve
en torres y baluartes

por soldados de Castilla
los centinelas del árabe;
sobre el alcázar, al viento
tremolan los estandartes
que ostentan la cruz divina
y del Apostol la imagen;
álzanse enhiestos allí
donde llenaba los aires
con sus ecos la campana
nunciadora en riesgos graves
de nocturnas agresiones
de enemigos harto audaces;
en la Torre de la Vela,
también de Alhamar el Grande,
un grito de inmenso júbilo
resuena en aquel instante:
«¡Granada por nuestros Reyes!»
en el recinto propágase
donde el sonar de las armas
de las gentes de ambas haces,
que cruzan alegres unas,
otras sus penas callándose,
al grato rumor se une
de las fuentes susurrantes
ó en calado mirador
de los trinos de algún ave.
«¡Granada por Isabela!»
nuevo rumor llega á alzarse.
«¡Granada por D. Fernando!»
repítese y atronante
el marcial estruendo cunde
de clarines y atabales.
Allá en los campos de Armilla
la Reina inquieta, anhelante,
tan feliz momento espera:
aquel en que llegue á alzarse
en la morisca atalaya
la cruz de gloria irradiante.

Y allí la ve.—Dama augusta
y princesa incomparable,
tu fe premiaron los cielos;
justo es tu gozo inefable.
¡Un Dios, un rey y una patria! . .
ese es tu anhelo constante.
No merecen tus virtudes
y tus ánimos gigantes
lauro menor, menor gloria
que los que Dios llega á darte;
que te bendigan es justo,
justísimo así te aclamen
y tu memoria y tu hazaña
eternicen las edades.
Conmovida, á Dios mirando,
Isabel de hinojos cae;
de hermosas perlas se inunda
de súbito su semblante;
llanto de gozo profundo
que es el mismo de los ángeles
cuando expresan al Inmenso
su gratitud incesante.
La rodilla doblan todos
y el himno santo, homenaje
debido al Rey de los reyes
que alza un trono y otro abate,
fervoroso, ardiente elévase
á los reinos eternos.
Feliz presagio es, España,
esta gloria memorable
de las que en breve tus hijos,
en donde quiera triunfantes,
te ofrecen, pasmando al mundo,
porque en tal edad, la madre
eres de excelsos varones
en virtud, en ciencia y arte,
y de aquellos que te hicieron
temible y siempre indomable.

VII

EN LA ALHAMBRA.—ENTRADA EN LA CIUDAD

Grandioso alcázar, monumento emblema del poder musulmán, que fué sin duda del conjuro de un mágico de Oriente fantástica creación, ¿cómo insegura, si tanto tus grandezas se cantaron, ensalzarlas de nuevo mi voz ruda, y cómo repetir esas leyendas de tus huéspedes regios, las que ocultan, ya misterios de sangre, ya de amores, y el recuerdo traer de aquellas justas que á tus plazas llevaba á los zegríes á ostentar su destreza y apostura; del fiero abencerraje las historias y aquellas á la vez tiernas y puras que también perfumaban tus verjeles ó con rubor callaste por adúlteras? Esas estancias de mansión tan regia donde echada á la espalda la capucha del bordado alquicel, sobre la frente rico turbante de vistosas plumas, cubierto el pecho de acerada malla y damasquino alfanje en la cintura, tan sólo el musulmán de tez morena y por su sangre de elevada alcurnia, pudiera hallarse, ó la doncella mora que en blanco lino su belleza oculta, huellan las damas de Castilla ilustres, nobles soldados de la Cruz inundan. Los Católicos Reyes penetraron en el palacio sin igual, y cruzan con asombro y placer aquellas salas que en portentos artísticos abundan:

doquier el jaspe, el alabastro, el oro;
por doquiera el cincel hábil dibuja
el sentencioso pensamiento. ¡Cuánto
comprenden todos el pesar que abruma
á quien esta mansión de encantos tales
por siempre deja porque ya no es suya!
De admiración y gozo poseídos
el regio luchador, su esposa augusta,
regresan luego á Santa Fe. Su entrada
en la ciudad ya próxima se anuncia.
¡Solemne instante aquel en que traspasen
esas murallas, porque son las últimos
que oponerse pudieran al acero
invicto allí donde fatal fulgura!
En tanto aquellos inclitos monarcas
aminoran piadosos las angustias
de cien y cien cautivos del contrario
que ya la ansiada libertad disfrutan.

El astro rey con majestad refulge
en el espacio azul sin nube alguna,
é inmensa cabalgata, precedida
de vistoso escuadrón en que figuran
nobles soldados de gentil presencia
cubiertos de bruñidas armaduras,
llega á los muros del infiel vencido
de la ciudad que permanece muda.
En gallardo alazán va la Princesa
con séquito de damas que deslumbran,
aún más que por sus trajes y joyeles
de rica esplendidez, por su hermosura.
El Príncipe don Juan del Rey al lado,
y revestido el Cardenal de púrpura.
con insignes prelados, no distante
marcha también en enjaezada mula.
Por la puerta á que dan nombre de Elvira
penetran todos. Macilenta turba
de moradores del vencido pueblo

que su tormento resignada oculta,
curiosa á su despecho y fascinada,
tal comitiva á contemplar se agrupa.
Detiéndose Isabel en la mezquita,
que en templo del que impera en las alturas
convierte su piedad, y allí de nuevo
á Ser tan alto adoración tributa
que, por todos á un tiempo repetida,
es la expresión de gratitud profunda.
En el regio salón del moro alcázar
en breve el trono prevenido ocupan
los perínclitos Reyes, y reciben
el homenaje á su grandeza suma,
del noble castellano y del magnate
de aquella misma raza que subyugan.
También, no es ilusión, sombra gloriosa
de un armado adalid llega y saluda
á los monarcas de Castilla augustos:
la de Pelayo, el campeón de Asturias.

VIII

EL SUSPIRO DEL MORO

Allá en las cuestas del Padul se advierte
aquella luz que tras la noche umbría
en la nieve tenaz con que corona
sus cumbres la alta sierra, opaca vierte
el sol de invierno en la alborada fría.
Mudo cortejo que la hermosa Vega
y Santa Fe abandona
á la cercana altura se dirige,
de donde al fin se llega
á contemplar con última mirada
el Darro, bellos cármenes tendidos,
el curso del Genil, un claro cielo
y á la vez que en el monte eterno hielo,

en el llano los árboles floridos
y con sus torres la gentil Granada.

En brioso corcel, blanco turbante
donde el bruñido casco resplandece
en la frente abatida,
envuelto en su alquicel, marcha delante
un joven musulmán. ¡Oh, cuán parece
tener el alma de dolor transida!
Y tiénela, en efecto; es aquel hombre
Boabdil el desgraciado,
el postrero que da su infausto nombre
en España del árabe al reinado.
Junto al Infante aquel, que no debía
heredar ya su trono,
le sigue silenciosa,
pálida y mustia su infeliz esposa,
y aunque callada con la faz sombría
su madre Aíxa, á quien gemir no es dable
ni dominar su encono,
la anciana varonil siempre implacable.
Sus visires, su escasa servidumbre
y aquellos que más fieles
prueban no ser al infortunio esquivos,
en su senda caminan pensativos,
refrenando el ardor de sus corceles.

No bien llegado el infeliz monarca
á aquella que es por él célebre altura,
con vista ansiosa la extensión abarca
que aún mayor hoy le ofrece su hermosura.
Inmóvil y anhelante y silencioso
sus ojos fija con angustia inmensa
en la bella ciudad que era su encanto
y su edén delicioso,
y del alma en tal éxtasis suspensa,
brota el suspiro y el amargo llanto.
Entonce, airada la mujer sombría,
de indomable altivez y madre impía,
—¡Haces bien en llorar! ¡Llora—le dice—

como débil mujer, ya que tu nombre
no has defendido del baldón cual hombre
ni la ciudad del árabe infelice!

Un adiós lanza el Rey, adiós supremo
que lúgubre resuena,
cruda expresión de su dolor extremo.
Huye... y los suyos en su pos se lanzan;
de cima en cima sin descanso avanzan;
el brioso corcel nadie refrena.
¿Cuál será de aquel Príncipe el refugio?
¿Cuál del egregio musulmán la suerte?
¿Dónde el término está de su camino?
¡A oscura, infausta muerte
del Africa en la arena,
tenaz le impele su fatal destino!



¡Gloria eterna á Isabel! ¡Gloria á Fernando!
Las lunas del infiel vense eclipsadas:
el poder del Islam hoy ya termina:
huyendo va también; va traspasando
de la sierra las cumbres elevadas
con aquel que sus reinos abandona
y que raudo camina
con su horrendo dolor y sin corona.

ANGEL LASSO DE LA VEGA.





COSAS Y CASAS DE HIDALGOS

AL MUY ILUSTRE FREY D. FRANCISCO R. DE UHAGÓN, DEL HÁBITO
DE CALATRAVA, ETC., ETC.,

en Madrid.

Mi excelente amigo D. Francisco: Creo que no hay motivo para rechazar la lógica de aquel marinero que encomiaba el gran mérito de la luna, rebajando la importancia del sol. Este sale de día cuando tenemos claridad y no hace falta, y la luna, con su luz, aunque débil, nos favorece y alumbra por la noche. ¡Bien por la luna!!!... exclamaba mirándola con ternura y entusiasmo.

Imposible me sería decirte cosas nuevas de Cortés, Velázquez, Calderón ú otros soles por el estilo, y como nadie puede dar más de lo que tiene, allá va este *cuarto menguante*, que se relaciona con tres hidalgos andaluces del siglo XVII. Quizá no te desagrade, por su olor á desafío, á toros y á cruz de Calatrava.

Los tres señores de mi historia, padre, hijo y nieto, fueron gente rica é hidalga con todos los requisitos de mayorazgos, patronos de capillas, maestranes, alcaides y capitanes de

caballos, que se portaron honrosamente en cuantas empresas tomaron parte. Hé aquí sus nombres:

DON ALONSO DE LA SERNA ESPINOLA,

ALCAIDE DE LOS CASTILLOS DE MEDINA SIDONIA Y CHICLANA,
CAPITÁN DE CABALLOS, ETC.

(Nació en Medina Sidonia en 1617.)

DON ANTONIO DE LA SERNA ESPINOLA,

ALCAIDE DEL CASTILLO DE MEDINA SIDONIA, ETC.

(Nació en Chiclana en 1645.)

DON ANTONIO JOSEF DE LA SERNA ESPINOLA,

DEL HÁBITO DE CALATRAVA, MAESTRANTE DE SEVILLA,
CABALLERIZO DE LA REINA DOÑA MARIANA DE NEOBURG, ETC.

(Nació en Medina Sidonia en 1675.)

Conviene recordar algunos sucesos históricos que se ligan sucesivamente con los tres individuos que dejo anotados. Sabido es que en 1640, con motivo de la sublevación de Portugal, proclamaron Rey, con el nombre de Juan IV, al Duque de Braganza, casado con D.^a Luisa Francisca de Guzmán, hermana del Duque de Medina Sidonia. Aseguran los cronistas que este magnate tuvo parte en la conspiración, con el propósito de coronarse á su vez Rey de Andalucía; y como el plan fué descubierto, logró excusar su delito pidiendo perdón al Rey Felipe IV y publicando el célebre cartel de desafío fecho en Toledo á 19 de Septiembre de 1641. En este documento, modelo perfecto del gusto andaluz, asegura el Duque la mala intención con que D. Juan de Braganza había

querido manchar la lealtad de los Guzmanes; muestra enojo de que la esposa del rebelde fuese de su sangre, desafía á don Juan á combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos; dice que lo aguardará ochenta días, desde 1.º de Octubre á 19 de Diciembre, en Valencia de Alcántara, hallándose en persona los últimos veinte en dicha villa; propone hacerle conocer la infamia cometida en coronarse Rey; ofrece castigar al rebelde y traerle vivo ó muerto á los pies de Felipe IV si rehusa el desafío, y promete la villa de Sanlúcar, morada principal de los Duques de Medina Sidonia, á quien lograse matar al de Braganza.

Si éste no se rió á carcajada limpia de las baladronadas de su deudo, lo que hizo fué contestarlas con el más soberano desprecio. El Duque de Medina que, aguijado por su pariente Olivares, tomó aquella farsa por lo serio, citó á los principales vasallos de su opulenta casa, enviándoles copia impresa del cartel de desafío acompañada de la misiva siguiente:



«Por el manifiesto que os remito entenderéis la ocasión en que me hallo, que es la mayor que se ha ofrecido á Señor de mi Casa; y creyendo de vuestras obligaciones que no podréis faltarme y que os hago favor en elegiros, os represento cuánto estimaré que para los 26 de Noviembre estéis en Valencia de Alcántara con un caballo y una carabina ó pistolas, que es el arte militar. Y en lo que toca al traje, lo más llano que fuéredes será lo más plático, que ésta no es ocasión de lucimiento, sino de veras. Y quedo muy cierto que no me faltareis en ellas, asegurando os lo estimaré y quedaré con memoria perpetua deste servicio para honraros en quanto se os ofreciere.—Dios os guarde.—Madrid á 16 de Octubre de 1641.
= *El Duque.* = A D. Alonso de la Serna Espínola.»

Cuidó éste de recoger un testimonio en regla, expedido en Valencia de Alcántara por el escribano Alonso González Román en 20 de Diciembre de 1641, del cual resulta que en 20 de Noviembre de dicho año llegó el D. Alonso para asistir al duelo del Duque de Braganza, «movido (reza

»el documento) de haberse levantado con el reino de Portugal
 »y otras cosas que su excelencia tiene expresadas en su desa-
 »fío; y en 30 del dicho mes de Noviembre, día de San An-
 »drés, que fué el primero día que su excelencia salió á la
 »campaña en busca de su enemigo y entró con caballería lá
 »raya adentro de Portugal, á que como tal escribano me ha-
 »llé presente de orden de su excelencia, le asistió personal-
 »mente con sus armas y caballo el dicho D. Alonso de la
 »Serna Espínola, de pedimento del qual di el presente en la
 »villa de Valencia á 20 días del mes de Diciembre de 1641.
 »Y asimismo doy la dicha fe cómo ayer, último día de los
 »veinte del dicho desafío, habiendo salido su excelencia á la
 »campaña, y entrado en el dicho reino de Portugal en busca
 »de su contrario, entre las demás personas que le asistieron
 »en la dicha campaña, desde por la mañana hasta la tarde á
 »puestas de sol, fué una el dicho D. Alonso de la Serna, á
 »todo lo cual me hallé presente y lo signé y firmé dicho día,
 »mes y año.»

Y que además del servicio personal que se deja referido prestó el de jefe de fuerza militar, se comprueba con la orden que dice así:



«El Duque de Medina Sidonia, Marqués y Conde, Capitán general del mar Océano, costas y exércitos del Andalu-
cía, etc.

Por quanto vos el capitán D. Alonso de la Serna Espínola vinisteis á la villa de Valencia de Alcántara por orden mía y conveniencias del servicio de Su Majestad, trayendo á vuestro cargo diversas tropas de soldados de á caballo, y acabada la ocasión que allí hubo, conviene que las retiréis todas á sus casas; Por tanto, en virtud de la presente; os ordeno y mando que así lo hagáis, marchando deste lugar á mi ciudad de Medina Sidonia y á mis villas de Bejer, Chiclana y Conil, de donde son naturales dichos los soldados; los quales procuraréis llevar con toda buena orden y sin que causen ni ocasionen ningún inconveniente en las ciudades, villas y lugares por donde pasáredes, á los quales ordeno que os obedezcan y tengan por

su cabo y superior, y para que todos puedan llevar en el viaje alguna comodidad, ordeno á las justicias y regimientos de los lugares por donde pasaren sujetos á mi jurisdicción, y á los que no lo son exhorto en nombre de Su Majestad, que os den el alojamiento ordinario de cama, lumbre, sal y agua y comodidad para vuestros caballos gratis. Y, por vuestro dinero, todo lo demás que hubiéredes menester, sin alterar los precios dello, que así conviene al servicio de Su Majestad; y en su declaración mandé despachar la presente firmada de mi mano, sellada con el sello de mis armas y refrendada de Mathías González Medrano, secretario de Su Majestad y mío. Fecho en el Arroyo del Puerto á 28 de Diciembre 1641. — *El Duque de Medina Sidonia.* (Lugar del sello.) — Por mandato de su excelencia, *Mathias González Medrano.* »

No fueron huecos los ofrecimientos del Duque de Medina Sidonia á D. Alonso de la Serna. A los pocos meses, por cédula fecha en Sanlúcar de Barrameda á 25 de Junio de 1642, lo nombra alcaide de la villa y fortaleza de Chiclana, tanto por los servicios de sus antecesores como por los del «dicho» D. Alonso, y el que particularmente me ha hecho asistiendo » con su persona, caballo y criados, en Valencia de Alcántara, al desafío que allí señalé por el manifiesto que fué publicado contra el Duque de Braganza... »

Con la conciencia muy tranquila debió disfrutar D. Alonso la alcaidía de Chiclana, aun cuando fuese debida á un acto reprobado por las leyes civiles y eclesiásticas, supuesto que en papeles impresos y manuscritos se publicaron defensas y justificaciones morales del desafío, fundándose nada menos que en doctrinas de Santo Tomás y del Cardenal Cayetano. Hombres tan doctos y respetables como Fray Tomás de Hurtado, catedrático de Prima en la Universidad de Sevilla; el Padre Juan Martínez de Ripalda, de la Compañía de Jesús, lector de Teología en el Colegio Imperial de Madrid, y nueve padres maestros de Atocha y de Santo Tomás declararon que el Rey podía, sin desobedecer las leyes eclesiásticas, dar permiso y asistencia al Duque de Medina Sidonia en el desafío con el de Braganza, asegurándole el

campo; pues este duelo, á pesar de las prescripciones de los Papas y de los Concilios, era lícito por salir de la regla general, por ser Braganza un vasallo rebelde y no poder administrar justicia la autoridad, porque valía más que peleasen el Duque de Medina y el de Braganza que no dos ejércitos, y, en fin, porque muerto Braganza concluiría la sedición.

Sabia, discreta y prudentísima fué la orden del célebre Olivares mandando quemar el libro en que estaba apuntado el nombre y nacimiento de D.^a Luisa Francisca de Guzmán, esposa de Braganza, «en consideración (dice) á la injuria que dicha mujer había hecho á la esclarecida sangre de los Guzmanes, y para que no quedase rastro ni memoria suya». Con esto y con la rechifla que hicieron de España varias naciones de Europa, terminó la pérdida de Portugal, á la que, en buena dialéctica, debió nuestro D. Alonso de la Serna Espínola el cargo de alcaide de Chiclana.

Pasemos á su hijo D. Antonio, diciendo que, para celebrar las segundas nupcias del Rey Carlos II con D.^a Mariana de Neoburg, hubo en ia corte espléndidas fiestas de toros, y que, según cuenta la *Gaceta de Madrid* del 13 de Julio de 1690, lució en ellas su habilidad D. Antonio de la Serna Espínola, matando tres toros con tres rejones. El premio otorgado á su bizarría consta en este papel:



«D. Joseph Pérez de la Puente, cauallero del Orden de Santiago, del Consejo de Su Majestad, su Secretario en el de Ordenes y Junta de la Cancillería de ellas: Certifico que el Rey Nuestro Señor (Dios le guarde), por su Real decreto de 12 del corriente, se ha servido hacer merced á D. Antonio de la Serna Espínola de Auito de una de las tres órdenes militares, sin exceptuar la de Santiago, para uno de sus hijos ó hijas, el que nombrare, en atención á haber salido á rejonar en la fiesta de toros que hubo en el sitio Real del Buen-Retiro, en celebridad de la llegada de la Reina nuestra seño-

ra; de que á su tiempo se dará el despacho necesario por esta secretaría, volviendo á ella esta certificación. Madrid 13 de Julio de 1690.—*Don Joseph Pérez de la Puente.*»

No se concedió á tonto ni á sordo la referida gracia, que aceptó el favorecido para su hijo D. Antonio Josef de la Serna Espínola. Este probó cumplidamente su hidalguía de todos cuatro costados, y se le despachó hábito de caballero de Calatrava por cédula fecha en Madrid á 22 de Mayo de 1694, siendo armado caballero por el Duque de Medina Sidonia, comendador de las casas de Sevilla y Niebla en dicha orden. Ni aun escrúpulos de que la merced fué ganada á punta de rejón pudo molestar á los Sernas, que se hallaban bajo el amparo de la bula de Clemente VIII, tan favorable á las corridas de toros.

Era D. Antonio Josef de la Serna de porte distinguido, alto, delgado, blanco, escaso de barba, azules los ojos y largo y rubio el cabello. Así aparece en su retrato, vestido de negro con jubón, golilla y ferreruelo, en el cual lleva bordada la insignia de Calatrava.

Mozo de veinte años, instruído, de esmerada educación, no escaso de caudal y con buenas amistades, parecía llamado á hacer fortuna y á medrar en la corte. Efectivamente, á fines del siglo XVII era caballero de la Reina viuda doña Mariana de Neoburg, y claro está que, siendo partidario del austriaco, como lo era su ama, tuvo que retirarse con ella á Toledo en el año 1701, ó sea á la entrada de Felipe V en Madrid.

En unos apuntes autógrafos refiere D. Antonio Josef su casamiento de esta manera:

«Tomé estado (escribe) con mi señora D.^a María Angela Alvarez de Valdés, hija de D. Rodrigo, caballero de la Orden de Santiago, y de D.^a Agustina Angela Avello, de la cámara de la Reina madre D.^a Mariana de Austria (de cuya real cámara fué también mi mujer), en 5 de Julio de 1702. Por muerte de Su Majestad, pasó mi mujer al palacio del Rey Carlos II á servir á la Reina D.^a Mariana de Neoburg, nuestra ama, que Dios guarde. Esta dió licencia para nuestro

matrimonio, que se efectuó en el alcázar de Toledo con la asistencia Su Majestad y del Excmo. Sr. Conde de Alba de Liste, mayordomo mayor, que fué nuestro padrino, y madrina la Excma. Sra. Duquesa de Linares, camarera mayor de Su Majestad. Nos echó las bendiciones D. Fausto de Echevarría, cura de Palacio y capellán de los Reyes Nuevos. Su Majestad (Dios la guarde) nos hizo merced de 500 ducados cada año y los demás gajes que se dan á las criadas de los Reyes, como son media saya y medio cuento de maravedís. Al despedirnos después del desposorio, por tener licencia para pasar á la corte, besamos la mano á Su Majestad, y por las suyas le puso á D.^a María Angela una cruz de diamantes y le dió otras cosas, y expidió su Real decreto para que se me mantuviese en el honor de su caballerizo con antigüedad, para que, siempre que volviese á servir el empleo, se me dieran los 800 ducados de gajes, como caballerizo más antiguo.»

«Nos sacaron aquella tarde de Toledo hasta una legua nuestros excelentísimos padrinos, con la familia en los coches de Su Majestad, pues lo mandó así y no quiso salir aquella tarde de Palacio porque nos acompañasen, y practicó cuantas honras caben á vasallos y criados.»

«A la legua de Toledo encontramos, que nos salieron de Madrid á recibir, al Ilmo. Sr. Conde de la Estrella y su mujer; á D. Diego de Cetina, de la orden de Alcántara, tesorero de Su Majestad, y su mujer, y á D. Luis de Cuéllar y Losada, alcalde de casa y corte. Estos señores corrían por parientes de mi mujer por estrechísima amistad con sus padres. Todos hicimos noche en el lugar de Yuncos, en las casas de don Pedro Alfonso Aguado, quien, sin que nadie saliese de ellas, nos hospedó y tuvo una gran cena. Al día siguiente entramos en Madrid, donde la Excma. Sra. Condesa de Oñate me tenía puesto cuarto en su casa y prevenida cena, costosa y abundante, así para la comitiva como para los que nos esperaban, que eran mi tía D.^a Francisca Espejo y sus hermanos, mi tío D. Gaspar Herrera, de la orden de Santiago, y otras personas.»

.....

Esta relación del interesado revela cuán próspera se le presentaba la fortuna. Los sucesos políticos cambiaron la de nuestro D. Antonio Joef de la Serna. La entrada del ejército portugués en Toledo, el año de 1706, proclamando á Carlos III de Austria y entregando las llaves de la ciudad á la Reina viuda, que se mostró alegre y placentera con el suceso, causó naturalmente el enojo de la corte y motivó la salida para Bayona de D.^a Mariana de Neoburg. Por fin, la derrota de los imperiales en Villaviciosa debió quitar la última esperanza de triunfo á D. Antonio, y no quiso permanecer en Madrid de simple hidalgo de aldea, quien antes había sido distinguido cortesano.

En Marzo de 1712, después de diez y ocho años de ausencia, emprendió su regreso á Medina Sidonia, acompañado de su mujer, de su hija María Teresa, niña de siete años, de un mayordomo, una dueña y cuatro criados. El viaje, que duró veinticuatro días, lo califica de corto y feliz. «Pues »gracias (dice) al patrocinio del bendito arcángel San Rafael, no tuvimos más adversidades que la muerte de una »mula de mi coche, que prontamente reemplazamos en Al- »modóvar, la enfermedad del mayordomo, que nos hizo po- »sar tres días en Ecija, y la caída de María Teresa, que, afor- »tunadamente, se causó poco daño.»

.....

Violento debió ser el cambio del alcázar regio de Toledo por el caserón solariego de Medina Sidonia. Practicáronse en éste obras y mejoras que aún conservan el sello del hombre de mundo que las realizó, y como á principios del siglo XVIII la vida de corte y la de aldea no debieron diferenciarse tanto como ahora resultó que el matrimonio fué feliz en el pueblo andaluz, como lo había sido en la corte toledana.

Nos refiere tamblén D. Antonio que en 1720 casó á su hija María Teresa, de quince años de edad, con D. Antonio Puche y Quintana, hijo del Señor de las villas de Camarma y Villaviciosa y vecino de Madrid. El matrimonio fué tratado por D. Isidro Lasarte. Dieron á la novia la ropa blanca correspondiente á doce camisas guarnecidas de encajes y dos vestidos, uno negro y otro azul con flores y guarniciones de

oro, que había sido dádiva de la Reina á su madre. Le regalaron también la cruz de diamantes del mismo origen; un ramo con diamantes y rubíes, unos perendengues con aguacates, un águila con madreperla y un relicario, todo de oro; una caja de gachumbo guarnecida de diamantes, varias bandejas y cofres de plata y, por último, seis mil ducados y un maletón de vaqueta con una cama de camino.

Obsequiaron al novio con dos camisas, dos calzoncillos, dos pañuelos, gorros y peinadores, todo de holanda guarnecida con ricos encajes; una sortija de rubíes y diamantes, botones de lo mismo para la camisa, un relicario de oro con *lignum crucis* y un estuche primoroso, hecho en Alemania, con cuchillo, tenedor y cuchara de plata. Todo esto, con la bata y chinelas correspondientes á las *vistas*, se colocó en una bandeja de charol con cantoneras de plata. Desde Madrid acompañaron al novio sus amigos y deudos D. Alfonso Espejo, D. Isidro Lasarte, D. Ignacio Rueda y otros señores, á los cuales se dieron sendas camisas, calzoncillos, pañuelos y gorros de holanda con encajes finos

Tales son, dichas en compendio, las noticias que dejó apuntadas D. Antonio Josef de la Serna. Nada tuvo de particular que al disponer en su testamento que le amortajasen, como era de rúbrica, con el manto de Calatrava, mandara que le vistiesen antes el sayal de San Francisco. Lo que juzgo poco frecuente es la circunstancia de que en las partidas de bautismo de algunos de sus hijos aparezca como padrino Pedro Gutiérrez, *pobre de solemnidad!!!* Si esto no fué humildad cristiana ó modestia del orgullo, pudo ser la expresión de desengaños sufridos con algún *padrino*, durante su permanencia en la corte.

No es grande el valor histórico de las indicaciones que anteceden, pero juzgo que tienen alguno. Si despreciamos por su pequeñez la gota de agua, el minuto horario y el céntimo de peseta, debemos despreciar también á los mares, á los siglos y á los millones, que no pasan de ser conjuntos de gotas, de minutos y de céntimos. La historia, no satisfecha

ya con relatos de batallas y vidas de príncipes, admite cuantas noticias puedan contribuir al conocimiento de la vida individual en los tiempos pasados. La suma y el análisis de semejante estudio produce necesariamente el retrato moral de cada época.

El buen sentido del pueblo inglés, y cito el caso como ejemplo en apoyo de mi opinión, tiene establecida en Nueva Inglaterra desde el año 1845 una Sociedad Histórica y Genealógica, cuyo principal objeto es reunir cuidadosamente los datos que se relacionan con las familias y antepasados de los primeros pobladores que desde la Gran Bretaña pasaron á domiciliarse en el continente americano. Dicha Sociedad publica en Boston un periódico, que consta hoy de más de cuarenta volúmenes, con historias de familias y sujetos sin fama, de pueblos insignificantes, de casas, haciendas, fábricas, etc. Tal método analítico produce noticias preciosas y verídicas para la crónica general de la nación. En aquel archivo se custodian miles de legajos impresos y manuscritos que encierran cartas de ciudadanía, testamentos, notas privadas relativas á sucesos importantes, discursos, grados académicos, papeles de guerra, inscripciones sepulcrales y otros muchos documentos análogos de alto valor para cuantos deseen estudiar la historia y costumbres de la Nueva Inglaterra. Del orden y arreglo de este depósito y del lujo y riqueza del edificio en que se custodia excuso decir que no hay en España ninguno que le iguale.

Aquí también se va despertando lenta é individualmente la afición á este linaje de estudios, iniciada por algunas publicaciones de la Real Academia de la Historia. Los distinguidos escritores Mesonero Romanos, Sepúlveda, Monreal, y otros, no desdeñan anuncio alguno de la *mensajera de la antigüedad*. A mi estimadísimo Pérez Galdós le han prestado gran ayuda para pintar las costumbres que aparecen en sus célebres novelas los avisos del antiguo *Diario de Madrid*. Bien es verdad que se necesita un talento con fuerzas de prensa hidráulica para sacar jugo á semejante clase de documentos. Dichoso el que lo tiene.

Nuestros archivos civiles, tanto los municipales como los

de escrituras públicas, revelan á las claras usos que se hallan hoy completamente olvidados.—Vemos en los siglos XVI y XVII contratos de compra-venta de cinco varas de velarte, de esclavas blancas de las sublevadas en el reino de Granada, con diez y ocho y veinte años de edad, que se vendían á setenta ducados, ó bien de perros, mulas, hurones, caballos, cerdos y otras alimañas. Existen obligaciones para el arriendo de una bigornia; para aprender los oficios de zapatero ó sastre; para enseñar á leer y escribir por precio de diez ducados; para labrar seis sillas de caoba, si se lograba obtener la madera; para traer danzas y comedias á la fiesta del Corpus, y, finalmente, para servir á labradores ó mercaderes estipulando el jornal, ropa y comida, y consignándose en la escritura de una moza de posada que no saldría á la calle sino bajo la compañía de la esposa del mesonero.

Si se concede algún valor á estas noticias, hay que otorgárselo, aun cuando no nos enseñen nada nuevo, á las que, nacidas de archivos particulares, apunté arriba sobre los caballeros Sernas. Hoy no es fácil que se consiga de un modo ostensible el cargo de alcaide ó su equivalente por haber concurrido á un duelo; ni que se obtengan mercedes de hábito rejoneando toros, ni que el mismo traje de boda donado á la madre pueda, diez y ocho años después, servir de obsequio á la hija; ni está en uso regalar camisas, calzoncillos y pañuelos á los amigos del novio, ni se califica de corto un viaje de veinticuatro días entre Madrid y Cádiz, ni las gentes se amortajan con sayales franciscanos, ni se acostumbra á tomar por padrinos de bautismo á los *pobres de solemnidad*.

Y si á los documentos de tinta y pluma se agregan los de cal y canto, entonces el resultado viene á ser como miel sobre hojuelas. Quizá, mi querido D. Francisco, sea excesivo el valor que la arquitectura tiene á mis ojos. Con pena, pero sin sorpresa, presencié el reciente hundimiento de la catedral de Sevilla. Los templos góticos españoles se hallan, á causa de su edad, débiles, enfermos y achacosos. Necesitan y piden á voz en grito muletas en que apoyarse. Dentro de dos ó tres siglos no quedará de ellos más que la memoria, si no se adopta el sistema de reconstruirlos parcialmente, con lo cual

se hallarán siempre tan lozanos como aquel famoso cuchillo de cocina al que habían puesto más de veinte veces hojas nuevas y mangos nuevos.

Pero cuando se arruinen las iglesias de Córdoba, y de Burgos, y de León, y de Toledo, y El Escorial, y la Alhambra, y el Alcázar de Sevilla... los eruditos futuros tendrán el consuelo de ver y reconstruir mentalmente dichos edificios, gracias á los planos, pinturas y prolijas descripciones que de ellos se conservan.

Existen otros, en cambio, que tienen la desgracia de no haber hallado cronista, fotógrafo ni dibujante que de propósito los perpetúe; edificios que cambian y desaparecen lenta pero continuamente sin dejar facsímile, rastro ni memoria de su construcción.

Me refiero á la *casa*; á esa segunda corteza ó vestimenta sólida de la humanidad, como algunos la han llamado, y cuya suma es la que constituye los pueblos. Al penetrar en ellos se forma idea de lo que valen con sólo fijarse en la forma exterior de sus viviendas. Creo que esto es tan vulgar y sabido, que casi, y sin casi, es tontería repetir un hecho en el cual coinciden los sabios y los ignorantes.—Pasando la vista por el plano de Cádiz, ó por los del ensanche de Madrid y Barcelona, y fijándose luego en los de la parte antigua de Toledo, Granada y Sevilla, se verá la distancia que los separa. Por aquello de que cada cosa engendra su semejante, las calles estrechas, tortuosas, sucias é irregulares producen generalmente casas irregulares, sucias, tortuosas y estrechas.—La amplitud, el aseo y la higiene empiezan en la rúa para entrar luego en la morada. Hoy se reproducen los antiguos mapas de Londres, París y Berlín, para mostrar con ellos las sucesivas mejoras practicadas en dichos pueblos.—En Madrid mismo se ha estampado la curiosa é instructiva lámina de ochenta pies superficiales, que nos hace conocer la hechura de la corte en 1656.

Como las calles están formadas por las casas, entiendo que el estudio merece profundizarse llegando hasta el hogar, para comprender de este modo la manera de vivir de la familia.—Desde que se pisa el umbral, se presume quién sea el ha-

bitante de la finca.—Por eso conviene inventariar las moradas de todas las clases sociales, con la misma exactitud que se han reseñado los templos y los alcázares.—Por eso se necesita estudiar diversos ejemplares de la casa del labrador, del pechero, del mercader, del hombre bueno y del noble.—Los historiadores se limitan á decirnos en términos generales que el caserío de tal parte es bueno ó malo y de pocos ó muchos pisos, lo cual no basta para satisfacer nuestro actual apetito.

La estructura de muchos domicilios que aún subsisten sin variación después de tres ó más siglos en el *Zacatin* de Granada, la *Rúa* de Salamanca, la calle de *Gallegos* en Sevilla, la de *Orates* en Valladolid, la de *Librería* en Córdoba, la *Llan*, en Toledo, la de *Postas* en Madrid, los más de ellos lóbregos, mezquinos, incómodos, sin aire y sin luz, nos representan las costumbres heredadas del mercader judío, y hasta parecen labrados con astucia y talento para atraer allí las doblas de oro, que se figurarían de nuevo en las entrañas de la tierra al mirarse soterradas en aquellos miserables y opulentos chiribitiles.

Grande es la diferencia que los separa de las moradas solariegas de España, y particularmente de las nacidas del arte árabe y del cristiano, que carecen de rival en otros pueblos de Europa. Las de los *Luxanes* y *Cisneros*, en Madrid; del *Condestable*, en Jaén; de *Don Diego* y de los *Ayalas*, en Toledo; de *Don Gómez*, en Andújar; del *Cordón*, en Burgos; de *Luna*, en Escalona; de *Zúñiga*, en Valladolid; de *Pilatos*, en Sevilla; de *Villaseca*, en Ecija; de los *Tiros* y de *Castril*, en Granada, y otras muchas de más ó menos renombre, que abundan en Cáceres, León, Zamora, Salamanca, Soria, Avila y en infinitos pueblos de la Península, merecían reseñas y descripciones proporcionadas al mérito, edad, historia, fundación y circunstancias de cada una. Y esto, en forma de libro, allanaría el estudio analítico y comparativo en gran escala de las mansiones nobiliarias que, en pequeño, y con ayuda de las monografías estampadas sobre la materia, he tratado algunas veces de emprender.

Aquellas fachadas con sus huecos desiguales y á diversas

alturas, que producen, sin embargo, un conjunto más artístico que la mezquina simetría de nuestros tiempos, esclava de las modernas ordenanzas municipales; la puerta principal desproporcionada de ancho, con sus clavos, grapas y aldabas de prolija labor; los figurones y escudos de abundantes lambrequines tallados en cantería; el zaguán empedrado y con la puerta de la caballeriza en uno de sus muros; los jardines y los patios con columnas, fuentes, árboles y flores; las anchas galerías con balaustradas de piedra; las robustas ventanas, de hierro, aun para los huecos que dan al interior del albergue; la gran sala y el oratorio con riquísimos artesonados; la amplia escalera, con la santa imagen protectora de la familia, alumbrada día y noche por una lámpara de plata... esto, poco más ó menos, se nota en la casa solariega, desde la del simple hidalgo de gotera hasta la del nobilísimo y opulento señor. Vienen á constituir, si es lícita la comparación, una escala semejante á la que media entre la catedral y la parroquia: la esencia, la misma; los accesorios, ricos y lujosos en la primera, y pobres y escasos en la segunda.

Ya fuese que los mismos señores dirigieran la construcción de sus casas, ó ya que los alarifes las labrasen á la moda de aquellos tiempos, lo cierto es que semejantes edificios constaban de

Zaguán y caballeriza,

Patio y escalera,

Galerías y jardines,

Sala y oratorio.

Y aquí paz y después gloria. En el terreno sobrante aparecían, como hijos de ganancia, sombríos cuartuchos y zaquizamíes con oscuros pasadizos y puertas bajas y estrechas. Parece que aquellas gentes no se acordaban de estudiar, de comer, de dormir, ni de otras necesidades que ahora juzgamos indispensables, y á las cuales se consagran departamentos claros, lujosos y ventilados en las habitaciones modernas.

Conviene observar que semejante costumbre obedecía á una ley general. Sospecho que el antiguo edificio simbolizaba siempre una idea, y ante ella desaparecía toda clase de

individualismo. Para la *idea* todo; para el *individuo* nada. Algunos ejemplos aclararán lo que quiero decir. En el casti- llo se buscaba solidez y defensa; en la prision, la seguridad del reo; en el teatro, la amplitud del patio, aposentos y esce- nario; en el hospital, largos salones, y en la iglesia, lujo y grandiosidad para el culto.

¿Y cuáles eran y cómo eran los miembros ó dependencias arquitectónicas de la fortaleza, de la cárcel, del corral de co- medias, del hospital y del templo, que servían de albergue á castellanos, carceleros, comediantes, hospitaleros y sacrista- nes? No hay que hablar de su podreza y mezquindad por- que equivaldría á repetir lo que cualquier mediano observa- dor puede hoy conocer y apreciar por sus mismos ojos.

De lo que apunto como regla general deben exceptuarse los conventos. En ellos la arquitectura se complacía en ser- vir *para el cielo y para el suelo*, como dijo Don Quijote. Jus- tísimo era que quien se rodeaba de penitencias, abandonando el siglo y la familia para consagrarse á Dios, tuviese en la grandeza y comodidad material del claustro alguna compen- sación de todo lo que perdía en el mundo.

Vemos que, hecha esta excepción, en la casa del caballero, lo mismo que en la del mercader, no hubo más regla que la de ceñirse á las costumbres del tiempo. Al traficante le bas- taba con que la tienda se hallase en sitio acreditado y tuvie- ra ancha puerta que permitiese ver las mercader, toda vez que su ideal no era otro que vender mucho y granjear rique- zas. Al noble, cuyos objetivos eran Dios, la guerra la fami- lia y la alcurnia, le bastaba con simbolizar tales aspiraciones en el rico oratorio, gran caballeriza, amplia sala y quartela do escudo de su linaje.

Entre las revoluciones iniciadas en España por el gran Carlos III, fué importantísima la que produjo en la arquitec- tura.—Se ocupó de la estética, y por eso los edificios de su época se conocen por fuera, y como se ocupó también de las interioridades, sus obras son asimismo notables por dentro.— Carlos III democratizó (si la palabra vale) las construcciones, haciendo que prestasen comodidades á cuantos se albergaban bajo sus techos. Este sistema, desarrollado al compás de los

adelantos modernos, nos da hoy esas posadas, teatros, cuarteles, hospicios y plazas de toros, donde los accesorios y dependencias revelan un gasto de inteligencia y de estudio, mayor quizá que el de las mismas construcciones á quienes sirven y acompañan.

Cuando las formas de los vestidos duraban muchos años, las modas de edificar eran seculares.—Ahora que los trajes varían con frecuencia, es más rápido el cambio de la arquitectura. Por eso á los treinta años de levantado, resulta antiguo un edificio. Dado el impulso á la comodidad y á la higiene, se va desterrando aquel sublime y rutinario absurdo de colocar la sala sobre la puerta de la calle; ya se labra según la orientación del suelo, y ya los dormitorios, pasadizos, despensas, porterías, cocinas y lavaderos ven la luz y disfrutan del aire. Desde este punto de vista, cualquier modesta casa de hoy es preferible al mejor palacio de nuestros antepasados.

No pretendo, mi querido Uhagón, que éstos se conviertan en monumentos históricos ó artísticos, porque semejante pretensión sería tan absurda como la de que se navegase hoy en galeones ó se hiciesen largos viajes en coches de colleras. No está en manos del hombre resucitar las cosas ó las instituciones que rechazan los tiempos presentes. El edificio antiguo tiene que desaparecer para dejar espacio al moderno, y no deben entonarse elegías al escudo de armas que sirve de escalón en la posada, ni á la antigua armadura convertida en alambre telegráfico.

De tejas abajo no se ven más que cambios y transformaciones.

La esencia de la cosa ó institución permanece inalterable. Se truecan los papeles, y hacen de señores los que fueron vasallos, y de vasallos los que fueron señores. El mismo hierro, sirviendo unas veces de yunque y otras veces de martillo. A la representación é importancia de los hidalgos y caballeros reemplaza la caritativa influencia y generoso valimiento de electores, caciques y diputados, y al vetusto y sombrío caserón solariego, el limpio, puro y alegre casino. Ni lo moderno necesita mis plácemes, ni quiero vituperar

antiguo, ni incurrir en aquello de «á moro muerto gran lanzada».

Los nobiliarios, que vienen á ser la quinina de los libros de caballerías, fueron una necesidad social en su época. Hoy deben serlo también, cuando, á despecho y pesar de todo, existen aún sucesores de Fernán Mexía, Argote de Molina, López de Haro, Matute Peñafiel y demás célebres genealogistas.

Como síntesis de cuanto dejo manifestado someto á tu opinión las indicaciones que siguen:

I. Que los nobiliarios modernos no perderían su importancia si, además de las noticias genealógicas, nos diesen otras de algún interés histórico, fundadas en papeles inéditos de los archivos particulares.

II. Que los dibujos y noticias de casas solariegas que acompañasen á la reseña de cada linaje en nada amenguarían la alcurnia del noble á quien se deslindara de tal manera su parentela y descendencia, que se hallase ser quinto ó sexto nieto de Rey. Y, por último,

III. Que si el asunto no es del todo baladí, pudiera impetrarse el valioso auxilio de la Real Academia de la Historia para inventariar y describir las casas nobles y plebeyas de los siglos XV al XVIII que lo mereciesen, y que aún subsisten sin reformas ni alteraciones esenciales en diversos pueblos de España.

Perdona lo largo y quizá lo inútil de esta arenga á tu devotísimo amigo

EL DOCTOR TNEBUSSEM.

Huerta de Cigarra.





LA ENSEÑANZA DEL DERECHO EN LOS INSTITUTOS

El Real decreto reformando la segunda enseñanza publicado en la *Gaceta* del día 18 de Septiembre de 1894, entre las novedades que introdujo, era una de ellas la asignatura titulada *Nociones de Derecho usual*, cuyo contenido, según el citado Real decreto, debía «estar constituido por un programa de lo más característico y fácilmente asequible al *vulgar conocimiento* acerca de las instituciones más salientes y de mayor práctica en el Derecho público y privado». Como se ve, el concepto oficial de la nueva enseñanza era tan vago, que se puede asegurar que ninguno supo comprenderla bien, y aunque se empezaron á publicar multitud de obras de texto con ella relacionadas, ni el criterio del Real decreto mencionado quedó bien interpretado, ni los libros impresos correspondieron á lo que debe ser tal asignatura en la segunda enseñanza.

De todos modos, hay que reconocer que la introducción del estudio del Derecho en los Institutos es tan necesaria, que aunque el Real decreto quedó anulado, subsiste, sin embargo, en la conciencia de todos la idea de lo indispensable que es el conocimiento de la materia jurídica para los Bachilleres, y haciéndose intérprete de esta general aspira-

ción el diputado á Cortes D. Carlos González Rothvoss, ha presentado en el Congreso una proposición pidiendo que se incluya en la segunda enseñanza el estudio del Derecho.

Tiene por objeto la enseñanza del Bachillerato proporcionar á los que la cursen, la cultura general conveniente para alternar en sociedad sin hacer en ella un papel desairado, y al mismo tiempo se la considera como preparación para las carreras, puesto que, sin haber aprobado dichos estudios, no pueden emprenderse la mayor parte de las que se enseñan en España, y si estos dos extremos son ciertos, no se comprende cómo subsiste el Bachillerato sin contar entre sus estudios el del Derecho. Si á la cultura general se atiende, mientras se exigen al alumno de segunda enseñanza algunos conocimientos innecesarios, y pesados por añadidura, que jamás le reportarán utilidad, se prescinde del Derecho, que hoy deben conocer todos, para alternar en conversaciones ó en reuniones donde cada cual cree saber más de política que los jefes de los partidos; y si es preparación para las carreras, ¿cómo no se tiene esto en cuenta para que los alumnos adquieran algunos antecedentes de la de Derecho, cuando se les obliga á cursar materias relacionadas con las de Ciencias, Medicina y otras que no les reportan ventajas de inmediata aplicación? Es más: hoy la ley del Jurado llama á todos los ciudadanos que reúnen determinadas condiciones á que den su parecer ante los Tribunales de justicia, y si á algo puede atribuirse el fracaso de muchos juicios por jurados es, á mi parecer, sin duda alguna, á que las preguntas que se les hacen están redactadas más con arreglo al lenguaje propio del Derecho, que con sujeción á los conocimientos de los jurados, que en muchos casos no tienen del Derecho y de la Justicia más idea que la vulgar, adquirida instintivamente, y que, como toda noción vulgar, es imperfecta é incompleta.

A más de esto, estimo que si los que cursan estudios generales deben tener noticia de lo más fundamental de las principales ciencias, no es tan baladí la jurídica para que sufra ese olvido al tratarse de los conocimientos del grado de Bachiller, que, según el criterio del legislador, han de ser

los más esenciales para que el que posea ese grado tenga idea de lo que más le interesa conocer para las necesidades de la vida social, y para que, aficionándose á los estudios más importantes, haya adquirido al concluir la segunda enseñanza, noción de los conocimientos científicos más generalizados, y pueda escoger luego los que más le plazcan para seguir alguna de las cinco facultades que se enseñan en España ó cualquiera de las carreras especiales.

Está mandado que en la primera enseñanza se expongan á los alumnos los principios fundamentales del Derecho (la Constitución vigente del Estado); pero estos preceptos como otros muchos que fueron inspirados por legisladores previsores, no se cumplen, y si alguno lo practica podrá contarse el caso como excepción; y esto es tanto más lamentable, porque no estando aún incluídos dichos estudios en la segunda enseñanza, salen los alumnos de los colegios é Institutos, después de estudiar la primera enseñanza, pomposamente clasificada en elemental y superior, y la llamada segunda, sin saber sus derechos más rudimentarios ni conocer los deberes más principales, no sólo para que puedan vivir en sociedad como cumple á un honrado ciudadano, sino también ignorando lo más primordial para no ser á cada paso víctima de los excesos y arbitrariedades de caciques que, bien ó mal fundados en los conocimientos que tienen de tal ó cual materia jurídica, interpretan y hacen aplicar á su capricho, con gran perjuicio de los demás, leyes que fueron dictadas para el bienestar general.

Mucho más se podría decir para probar la necesidad imperiosa de que de un modo serio y científico se adquirieran en los Institutos sólidas lecciones de lo que es el Derecho en general y de sus principales ramas; pero con lo expuesto basta, porque todos comprenderán la utilidad práctica que reportaría la inclusión de la materia jurídica entre las enseñanzas que se cursan en los Institutos.

Para terminar, indicaré algo respecto á las personas á quienes debe encomendarse las referidas cátedras, porque es de esperar que el autor de la proposición presentada al Congreso de los diputados insistirá en su noble empeño y em-

pleará su influencia para que asunto de tanta utilidad no pase, como otros muchos, á ser colocado entre los que yacen olvidados en los archivos de los Cuerpos Colegisladores, probando así la gran fantasía de los españoles para idear mejoras y su poca constancia para conseguir llevarlas á la práctica.

El Real decreto de 18 de Septiembre de 1894, que parece estar hecho como el que bate un record en bicicleta, encargaba la enseñanza del Derecho usual á los profesores de Psicología, Lógica y Ética que, como es sabido, deben ser Licenciados en Filosofía y Letras; nadie debe explicar lo que oficialmente no haya demostrado que lo conoce, y como dichos señores, aunque tuvieran profundos estudios en aquellas materias y gran amor á la enseñanza, ni de un modo remoto siquiera constaba que conociesen la ciencia del Derecho, tropezaron con las dificultades que hubiera encontrado un médico al que obligaran á defender un pleito, ó el farmacéutico al que se mandase explicar hebreo ó Metafísica. Aquel decreto pasó, y hay que precaver el caso para cuando se disponga otra vez el estudio del Derecho en los Institutos. La única manera lógica, natural y posible de que la enseñanza produzca buenos resultados es encargándosela á individuos que sean Licenciados en Derecho, del mismo modo que se encomienda la de las Matemáticas á los Licenciados en Ciencias, y otras asignaturas que tienen analogía con los estudios literarios á los Licenciados en Filosofía y Letras. Esto es lo justo, y así lo comprenderán todos; porque tal es el único modo de dotar á los Institutos de un profesorado competente en la materia jurídica. Enhorabuena, si además de exigir el título de Licenciado en Derecho, se quiere pedir también que posean los futuros profesores de *Derecho elemental* el grado de Licenciados en Filosofía y Letras, porque así podrían formar parte de los tribunales de examen de asignaturas de la citada facultad, que son algunas de las que componen la segunda enseñanza, y de este modo se ofrecería mayor garantía á su voto en tribunales de exámenes y grados y se ofrecería una posición decorosa á los que cursaran aquellas facultades (si demostraban en pública

oposición sus aptitudes para la enseñanza) y sería un galardón por su afición al estudio de carreras cuya aplicación hoy por hoy en España se hace cada día más difícil si siguen los sistemas que imperan en la distribución de muchos cargos públicos.

GABRIEL M.^a VERGARA Y MARTÍN.





EL MÉDICO POETA

La gentil pecadora enamorada,
aquella que al igual que Margarita
gozó de un gran amor, murió maldita
bajo el filo de aguda puñalada.

En la mesa de mármol arrojada
aún á querer con su hermosura incita,
semejante á la flor que, no marchita,
resplandece del tallo separada.

El médico poeta, el que su mente
inspira en los espacios ideales,
va á comenzar la autopsia; mas su frente
enciéndese en sus gracias naturales,
arroja la cuchilla de repente
y la ensalza en estrofas musicales.

FRANCISCO DE IRACHETA.



ESTUDIO BIO-BIBLIOGRÁFICO (I)

DESTINADO Á PREPARAR UNA EDICIÓN COMPLETA DE LAS
OBRAS DEL INSIGNE MAESTRO ABULENSE TOMÁS LUIS
DE VICTORIA

Sin embargo, por lo extraordinario del caso merece reproducirse una cita de Baini, en la cual elogia á Victoria á propósito del pedantismo de la regla: «¿Quién llevaría su insensatez hasta el extremo de no excusar dos quintas inevitables en una composición estudiada, en una transgresión técnica afortunada, en una imitación fugada? ¿Quién, en una palabra, pospondría una verdadera belleza al pedantismo de la regla? ¡La regla! Las reglas son buenas, útiles, necesarias, pero no hay una sola que no sufra excepción en un pasaje escrito de mano maestra. Antonio Cifra dejaba pasar dos quintas y las sacrificaba á la contextura general de la obra. Abundan transgresiones semejantes en Victoria, en Morales y en el mismo Palestrina. Sólo los ignorantes juran en nombre de las excepciones de la regla; usarlas y aun no hacer caso de ellas revela un talento consumado». Véanse los *Essais de diphtherographie musicale* de Adrien de la Fage. (París, Legouix edit., 1864, pág. 144.) En la misma obra se halla la traducción francesa de la *Prima parte de' Discorsi e*

(I) Véase la pág. 66 de este tomo.

Regole sora (sic por sopra) la musica di Don Severo Bonini Monaco Vallimbrosano de Firenze, copiada de la Bib-Riccardienne, núm. 2.218. Al principio del presente *Estudio* he hecho referencia á este manuscrito citado por Haberl, cuando dice que Victoria debió de encontrar en el trato con el gran maestro romano (Palestrina) y en el estudio de sus obras fuentes abundantes para perfeccionar su manera de escribir, «motivo por el cual fué llamado en tiempos posteriores el *cigno (sic, en italiano)* de Palestrina». La cita de Haberl se refiere á la traducción de la citada *Prima parte de' Discorsi*, publicada en los *Essais* de Adrien de la Fage, página 279. Veamos el texto traducido del musicógrafo francés hacia el fin del Diálogo de Bonini, en que el monje Vallimbrosano establece tres clases de compositores: 1.º, *Ceux qui ont écrit sur plain-chant en notes prolongées*. 2.º, *Palestrina et ceux qui l'ont précédé et suivi, notamment Vittoria, appelé de son temps le singe de Palestrina, et qui est peut être en effet le compositeur qui a le plus approché du chef immortel de l'école romaine*. 3.º, *en fin, les musiciens modernes*. Como ve el lector, Adrien de la Fage traduce *singe*, y Haberl, citando la obra del músico francés escribe *cigno*. La diferencia es capital: *cisne* ó *mono*. ¿Quién tradujo mal, Adrien de la Fage ó el doctor Haberl? No lo sé aclarar. Tampoco he aclarado de quién proviene el mote de *mono de Palestrina*, muy corriente entre nosotros, aplicado á Victoria. De Baini no será, y á fe que he puesto empeño en buscar en sus *Memorie* la palabra italiana correspondiente, que para el caso sería *scimia*. Alguien ha achacado á Eslava la importación de tal mote á nuestra literatura, añadiendo que Eslava aludía á Baini como inventor de la palabreja. Eslava no aludió á Baini; sólo dijo: «Unos escritores presentan á Victoria como mero imitador de Palestrina, llegando á denominarlo el *mono de Palestrina*» (1); y al decir *unos escritores*, entiendo que se refería á Bonini y al texto de la *Diphtherographie* de Adrien de la Fage, que conocería, dadas las relaciones epistolares que

(1) Vid. pág. 61 de su *Breve Memoria histórica de la música religiosa en España*.

sostuvieron Eslava y el musicógrafo francés. Á continuación de lo que antecede, añadía Eslava: «Otros, como Baini, lo presentan como compositor artificial y monótono, etc.»

Sea como quiera, descuéntese del capítulo de cargos, de tantos como se hiciera merecedor Baini, el que se refiere á la invención de una palabra de tan mal gusto crítico. Quizá no haya en el fondo de todo esto más que una serie de *lapsus*, si excusables, no menos dignos de lamentar en materias tan delicadas como ésta.

XXIII

«Victoria—continúa Haberl—no puede considerarse en modo alguno como uno de aquellos talentos de segunda fila que si algunas veces suelen ser muy buenos, parecen supeditados á un genio mayor á quien no pueden resistir, pensando como él y sintiendo como él, de manera que sus obras no suelen ser más que ecos de las de aquel genio mayor que influye sobre ellos, aunque alguna que otra vez sean ecos muy puros é inmensamente mejores que simples y serviles imitaciones (1). Victoria ha compuesto varios motetes sobre textos que también han sido puestos en música por Palestrina, como *Senex puerum portabat*, *O magnum mysterium*, *Veni sponsa Christi*, *Estote fortes in bello*, etc., y por más que entre ellos se encuentre un parecido tan grande que no pueden distinguirse, son muy distintos, y esto lo explica Proske diciendo:

«Victoria posee una vena mística inagotable. Algunos rasgos característicos de sus obras dejan adivinar que el corazón de este español ardía en un gran fuego de amor místico que, dirigido por otros caminos, quizás hubiera cantado

(1) Una de cal y otra de canto. Así podría definirse gráficamente el sistema de crítica empleado por el conspicuo Haberl en el *Estudio* que voy comentando y otros por el mismo estilo.

otras pasiones, aunque siempre hubieran sido pasiones nobles y elevadas; tanto que su personalidad se asemeja á la de Luca Marenzio (1) y deja conocer claramente que este abulense es el compatriota de aquella Teresa de Ávila, cuyo corazón ardiente se consumía en un fuego de amor místico. Sin duda el ejemplo de Palestrina y la noble amistad que le unía á Victoria ejerció gran influencia sobre éste. La prueba de esta amistad se encuentra en la anécdota siguiente: Victoria se había quitado por complacer á Palestrina el traje español y se había cortado la barba á la manera romana; esto quizá pueda tener también su significado simbólico. Comparando el *motete* de Victoria *Veni sponsa* con el del mismo título de Palestrina, se nota que Palestrina deja al tema exponerse tranquilamente en las cuatro voces, mientras que Victoria, una vez expuesto por la primera voz, apenas entra la segunda hace intervenir un contratema que se introduce con apasionado deseo en el tema religioso, atemperándolo con los sentimientos piadosos. Por eso mueve nuestra alma á sentimientos de devoción y piedad, aunque le faltan aquellos perfiles casi dramáticos que tiene á veces Palestrina, y que se conocen mucho comparando el *Pueri Hebræorum* de los dos maestros (2). Los *Improperia* de Victoria no desmerecen en nada al lado de los de Palestrina, y son tan parecidos que casi pudieran confundirse, menos en la conclusión, que tiene en la composición de Victoria algo de motete. En un estilo también muy sencillo están escritas

(1) En efecto, la personalidad de Victoria se asemeja á la del que por su ternura y sensibilidad mereció ser justamente llamado *il più dolce cigno dell'Italia*. Fué desgracia para el arte que Luca Marenzio no pudiese asistir al renacimiento de la monodia, cuyo advenimiento habían preparado sus soberbios madrigales, y no pudiese presenciar la evolución del drama lírico, al cual hubiese dado sin duda más vida, y sobre todo más elevación artística que Peri y Cavaliere. Murió en 1599, en toda la plenitud de su talento. Nació hacia el año de 1550 en Coccaglia, cerca de Brescia. Fué maestro de capilla del Rey de Polonia, después del Cardenal de Este, del Cardenal Aldobrandini y capellán canónigo de la Capilla Sixtina en 1595.

(2) Iguales perfiles dramáticos se notan en las composiciones de ambos maestros: más exterior en este caso el dramatismo de Palestrina, no prorrumpe desde adentro como el de Victoria, influído, sin duda, por la interpretación más intensa del texto, por el drama de la Pasión que se acerca, como si sobre aquellos gritos de aclamación de la multitud, *Hosanna filio David*, se cerniese la tristeza honda de las angustias de la Cruz!...

por Victoria las *Turbas*, á cuatro voces, de las *Pasiones*: no se encuentra ninguna intención dramática y pueden considerarse como puros cantos de ceremonia para el culto eclesiástico (1). Algunos de los *motetes*, entre los cuales citaré el precioso y noble *O quam gloriosum est*, algunos versillos de los *Magnificat*, el *Ave Regina cælorum* (cuya conclusión á ocho voces es una maravilla de técnica musical), están escritos en el estilo de Palestrina de un modo tan perfecto que podrían engañar al ojo más experimentado. Si colocamos al maestro de *Præneste* en más alto lugar (2), es porque éste, sin duda ninguna, tenía un genio más rico y más grande y se ha elevado á regiones que Victoria no ha alcanzado: además es preciso tener en cuenta que Palestrina tuvo que sufrir un

(1) Disiento de la opinión, siempre tan atinada, del diligentísimo y sabio colector el sacerdote Proske. Y en apoyo de la mía, muy distinta en este caso, presento la del sabio Cardenal Wiseman, que describe en estos términos los *Cantos de la Pasión*, como él los titula:

«...El recitado está dicho por una varonil y fuerte voz de tenor (*Chronista*). Canta las palabras del Salvador (*Christus*) un bajo profundo y solemne. Un contralto dice todo lo que se pone en boca de los demás personajes de la Pasión, y el coro canta la parte llamada *Synagoga*, vulgarmente *Turba*. Este conjunto produce un efecto altamente dramático; cada papel tiene su cadencia particular, perfectamente adaptada á su espíritu; es un canto severo, sencillo, pero rico y digno de la tragedia antigua. La cadencia del narrador es clara, neta y débilmente modulada; la de los diversos interlocutores tiene un tono vivo que se acerca al de la conversación familiar; la del Salvador es lenta, grave y solemne. Empieza muy bajo y sube por tonos llenos, después se extiende en modulaciones sencillas y ricas y concluye graciosa y expresiva, modificada con más efecto aún en las frases interrogativas.

»Este canto es casi el mismo en todas las iglesias católicas; pero en el Vaticano recibe un nuevo relieve por la dicción y habilidad de las voces que lo ejecutan.

»Lo que hace sobre todo esta recitación dramática, bella, ó mejor magnífica en la Capilla Sixtina, es el coro. Todas las veces que en la historia de la Pasión la multitud de los judíos y aun varios personajes deben hablar juntos, es talla en una armonía sencilla, pero ancha, por así decirlo, maciza y que expresa las palabras con una verdad y una energía que sobrecoge. Estas piezas de conjunto fueron compuestas en 1585 por Tomás Luis de Victoria, nacido en Avila y contemporáneo del inmortal Palestrina, quien no intentó corregirlas ó cambiarlas, sin duda, como me lo decía su digno sucesor Baini, porque las encontró demasiado perfectas y bien adaptadas á su destino. Hay 21 *responsiones* en el Evangelio del domingo y 11 solamente en el del viernes; las frases ó los textos son en el primero más largos y más susceptibles de expresión variada, y el compositor ha aprovechado plenamente esta ventaja.»

(2) El lector notará la contradicción en que incurre aquí el sabio musicógrafo, si recuerda las opiniones decisivas manifestadas en otras partes sobre el mismo asunto.

violento combate mental hasta que se separó del arte antiguo» (1).

«Si al terminar las presentes enumeraciones bibliográficas—añade para terminar el Doctor Haberl (2)—dijera que sería muy conveniente que se pudiera llevar á cabo una edición completa de las obras de Victoria en cinco tomos en folio (3), idénticos á los que constituyen las grandes ediciones de Palestrina y de Orlando de Lasso, dirigiría mi petición á la nación española y mi deseo sería de que no perdiese esto de vista. Si la nación española ó alguno de sus preclaros hijos no se resuelve á realizar esta obra patriótica, declaro yo, desde hoy, que una vez que haya terminado de publicar el tomo XXXIII de las obras de Palestrina y la edición del *Magnum Opus Musicum*, de Orlando de Lasso, lo cual será hacia el año de 1900, si Dios me da salud y fuerzas, empezaré una publicación de las obras de Victoria que han sido impresas hasta el presente, completándolas y reuniéndolas en cinco volúmenes. Una circunstancia me mueve á realizar semejante obra, y es que Victoria no ha escrito más que música religiosas (4), y que él ha comunicado á los

(1) En vez de «hasta que se separó del arte antiguo», yo habría escrito «para hacer olvidar al *madrigalista*».

(2) Al principio del presente *Estudio* he citado, como recordará el lector, estas palabras, que repito aquí con ánimo de rectificar un concepto.

(3) Ni uno más ni uno menos: cinco volúmenes en folio del tamaño de las grandes ediciones citadas.

(4) No me atrevería yo á escribir en términos tan absolutos que «Victoria no ha escrito más que música religiosa». Yo diría simplemente: Es raro muy raro, que hasta ahora no haya aparecido una composición de Victoria escrita en el género profano. Pudo haberlas escrito. Cerone lo da á entender en un pasaje de su famoso *Melopeo y Maestro*, y lo que es más, coloca á Victoria, contemporáneo suyo, entre el número de los compositores más celebrados de madrigales.

La cita es curiosa y merece trasladarse íntegra. Dice Cerone: «*Autores para imitar en cosa de Iglesia*. Los compositores prácticos que á mi parecer (salvo el mejor juicio) se pueden imitar en cosa de iglesia son éstos: Domingo Phinoth, Iacobo Vaet, Juan Mouton, Nicolás Gomberth, Simon Boylu, Cristoual de Morales y á Jusquino... En los madrigales se podrá imitar á Tomás de Chrequillon, Adriano Vuilaerth... Y de los más modernos á Pedro Vincio, Vicente Ruffo, Matheo Asula, Marcantonio Ingiñero, Francisco Guerrero, *Thomas de Victoria*, Anibal Stabile, etc.» Vuelve á citar más adelante á Victoria entre los autores de *Música grave y devota* y dice: «Aunque todos estos (los citados anteriormente) y los demás han compuesto bien, todavía pero á tenido un particular talento muy diferente el uno del otro: por quanto Constancio Puerta (Porta), Vicente Ruffo, Matheo Asula, Francisco

jóvenes estudiantes del *Collegium germanicum* de Roma durante varios años, como profesor y maestro de música, aquellas reglas admirables que aun hoy después de tres siglos, etc.»

XXIV

La fecha de impresión del libro de 1605, editado en Madrid, ha hecho decir á casi todos los biógrafos que el mismo Victoria corrigió las pruebas de este libro y que murió poco después, de edad avanzada.

No; no había muerto, todavía, al parecer, en aquella fecha. Cerone, en el *Melopeo y Maestro*, impreso en Nápoles el año 1613, habla de Victoria y lo coloca entre los compositores *vivientes* (1), si bien no puede tomarse al pie de la letra la exactitud de esta fecha más que como un dato de comparación para establecer vagamente que Victoria no había muerto el año 1605. Digo esto porque Cerone, después de larga estancia en España, regresó á Italia, su patria, por el año de 1608, un año antes de la publicación de su tratado *Regole per il canto fermo*, Nápoles, 1609; de modo que al colocar á Victoria entre los compositores, *vivientes* ha de entenderse no entre los compositores *vivientes* del año 1613, fecha de impresión de su voluminoso infolio de 11160 páginas, sino entre los compositores *vivientes* de la época de su partida de España, allá por el año 1608, como he dicho.

Guerro (*sic* por Guerrero) y Tomás de Victoria tienen compuesto una Música llana, graue y muy deuota: y lo que mucho importa, es que es muy cho ista» (*Melopeo y Maestro...* Nápoles, Juan Bautista Gargano y Lucrecio Nucci, 1613. Vid., pág. 89. cap. XXXIII.

(1) Dice la cita exacta de este pasaje (página 2 de la obra citada): «Mas, ni aquellos que fueron primeros (Morales, Palestrina, Guerrero) ni estos segundos ocuparon por tan extremo la deseada señal (puesto jerárquico artístico, quiere decir) que con ella asimismo juntar nos pudiesen *los vivientes* Thomas de Victoria, Mathias (*sic* por Mateo) Romero, Maestro de Cap'lla de la Católica Magestad del Rey D. Felipe III, etc.»

No había muerto, sin duda, Victoria el año de 1608. Así entiendo que ha de intrepertarse la cita expresada.

¿Dónde y cuándo murió? No se sabe. ¿Dónde fueron enterrados sus venerandos restos? Tampoco se sabe, y toda diligencia ha sido inútil á pesar de reiteradas investigaciones.

Y lo más triste es que Ávila ha olvidado á uno de sus hijos más preclaros. No he logrado despertar el interés de una sola persona en Ávila, ni siquiera la atención de que se me escuchara cuando con incansable afán á prueba de sinsabores y de... desatenciones (no quiero escribir la palabra propia) pedía un dato, trazaba una pista de investigaciones llamando á todas las puertas. ¿Y qué mucho que me sucediese todo esto cuando en el pedestal de la estatua levantada á la Mística Doctora, en el cual se grabaron los nombres de los varones insignes de Ávila y de su provincia, no se tiene la satisfacción de leer ni siquiera al lado del nombre del maestro Sebastián Martínez Vivanco el del insigne abulense Victoria? (1).

El dato más rico en *promesas* recibido de Ávila fué, con toda su arrumbadora elocuencia, el siguiente: «He preguntado y dado nota á los curas á ver si se encuentra la partida de bautismo del Sr. Vitoria (*sic* ¡Sr. Vitoria!), si alcanza á aquella época. He visto el Ayuntamiento y no se encuentra *nada*. Me ha ofrecido un *anticuario* traerme las noticias que encuentre. En la Catedral *nada*».

Nada, NADA, NADA. ¡Afortunadamente para mí, el *anticuario* trajo las noticias que encontró. ¡Peregrinas! Copió lo que escribe Saldoni en su Diccionario y... ¡todavía no he salido de mi asombro!

(1) Mi ilustrado amigo y compañero de Academia de la de B. A. de San Fernando D. Enrique María Repullés y Vargas me comunica, en el momento en que trazo estas líneas, que el dignísimo Sr. Alcalde del Municipio de Ávila, Don Leoncio Cid y Tarpón, que ha seguido con interés cuanto he escrito sobre Victoria, trata de rehabilitar la memoria del insigne maestro abulense bautizando con el nombre de *Maestro Victoria* una de las calles de Ávila.

En nombre del arte y de la cultura de la patria le envío mi apl uso y entusiasta felicitación. Quien sabe enaltecer y honrar á los hijos ilustres de España, así se honra y enaltece él.

CONCLUSIÓN

Aunque termina aquí por hoy mi *Estudio*, no puedo dar por acabadas mis investigaciones en la parte relacionada con la biografía especialmente, aunque el buen resultado de éstas, que han de ser hijas de una feliz casualidad, no creo que modifique las líneas generales de la personalidad moral y artística de nuestro insigne maestro abulense.

Las investigaciones futuras han de dirigirse á la averiguación de estos datos:

- 1.º Año preciso del nacimiento de Victoria (1).
- 2.º Maestros de Victoria antes de su viaje á Italia.
- 3.º Época exacta en que pasó á Italia.
- 4.º Relaciones de Victoria con el Cardenal Oton Truchses, su protector, y con el maestro de su capilla, Jacobo De Kerle, durante el tiempo que el Cardenal permaneció en Roma después de terminado el Concilio de Trento.

Para el caso, será bueno tener presente que De Kerle (2) dedicaba al Cardenal Truchses, un año antes de Victoria (3), una colección de *motetes* (4) con la siguiente intitulación

(1) Será difícil averiguarlo, pues, como sospechaba, no hay partidas bautismales en Ávila,—según me dice el ilustrado cronista de dicha ciudad, don Enrique Ballesteros,—anteriores á la época del Concilio de Trento.

En la iglesia de San Juan, una de las más antiguas de Ávila, empiezan los libros de nacimientos en 1.º de Enero de 1560. Á la benevolencia del señor Ballesteros debo la copia de una partida del año 1578 que transcribo, porque se trata, quizá, de varios individuos de la familia de Victoria. Dice así: «Juan Luis de Victoria, clérigo, fué padrino de María, hija de Hernán Luis de Victoria y de D.^a María Téllez.» Lib. 1.º de bautizos, folio 89 v.º

(2) De Kerle pasaría sin duda desde San Martín de Ypres á Augsburgo á desempeñar de nuevo el cargo de maestro de capilla á las órdenes del Cardenal cuando éste se restituyó á su patria.

(3) Recuérdese la edición de éste dedicada el año 1572 al referido Cardenal.

(4) *Quinta pars. | Liber | Modulorum | quaternis quinis | et senis vocibus | authore Jacobo de Kerle | Flandro Yprense. Apud Adrianum le Roy, et Robertum Ballard Regis typographos sub signo montis Parnasi, 1572. Cum privilegio Regis ad decennium.*

La impresión es de París. No figura en esta *Quinta pars* el lugar de impresión, *Luteciæ Parisiorum*, que se lee en todas las ediciones de le Roy y Ballard.

ción: *Reverendissimo Domino, eidemque Illmo. Principi Othoni Truchses de Waldeburg S. R. E. Episcopo Cardinale Prenestino et Augustano p̄reposito ac Domino in Ehuānger Germaniæ protectori Patrono suo Clementissimo, Jacobus de Kerle S. P. D.* Entre otras cosas, decía De Kerle en la dedicatoria: «Pues lo que estos días compuse en Augsburgo ¿á quién se dedicaría con más justicia que al Prelado mismo de Augsburgo? El cual durante tanto tiempo me honró albergándome en su palacio: el cual tuvo á bien cambiar en su iglesia catedral por otro (destino) mejor el sacerdocio que me había sido conferido anteriormente.» (También podría interpretarse este pasaje así: «el cual, después de haberme ordenado de sacerdote, me confirió un beneficio en su iglesia catedral»); el cual frecuentemente alentó con su aprobación mis esfuerzos en el arte m̀sico... Por muchos años te conserve Cristo en salud, oh respetable Señor y Príncipe Clementísimo, en Augsburgo á 20 de Octubre de 1571».

En la dedicatoria de otra colección (1) del mismo Jacobo de Kerle; suscrita en Augsburgo á 28 de Mayo de 1573, da cuenta del fallecimiento del Cardenal, que ocurriría, sin duda, á últimos de 1572 ó principios de 1573. Dice la inscripción: *Reverendissimo Domino, eidemque illustrissimo Principi D. Joanni Egoolpho a Knoeringen, episcopo augustano, patrono suo Clementissimo, Jacobus de Kerle S. P. D.* Así se expresa De Kerle en su dedicatoria: *Quantæ rerum sint vicissitudines Princeps Illustrissime, si non alias notum esset, iam sane appareret: quis enim futurum esse existimabat, ut posteaquam de obitu Illustrissimi et Reverendissimi, ac longe optimi Cardinalis Ottonis Truchses allatum est, mentes nostræ tam repente a summo mœrore ad maximam lætitiã traducerentur?* Celebra la elección del nuevo Obispo y fecha la dedicatoria: *Augustæ Vindelicorum 28 Maij.*

5.º Seguridad completa de que Victoria dejó su colocación en el Colegio germánico el año 1578 y que pudo pasar

(1) *Jacobi de Kerle. Liber Mottetorum, quatuor et quinque vocum, adiuncto in fine, Te Deum laudamus, sex vocum, quorum nihil adhuc in lucem est aditum.*—*Monachii excudebat Adamus Berg, MDLXXIII.*

durante algún tiempo al servicio del Príncipe de Altemps, hermano del Cardenal de Augsburgo, que tenía capilla de música en su palacio de Roma, hecho que explicaría la abundancia de obras de Victoria en el archivo de aquella capilla, conservadas hoy en la Biblioteca llamada de Víctor Manuel.

6.º Á pesar de lo que aseguro, hasta cierto punto, en el texto, la edición de 1592 ofrecida al *Serenísimo Príncipe Cardenal Alberto*, aunque estampada en Roma, no arguye la presencia de su autor ni en España ni en Roma.

7.º Dados los términos precisos de la dedicatoria de 1583 (me refiero á su promesa de regresar á la patria), ¿qué causa pudo detenerle en Roma, ó dónde residió antes de realizar definitivamente aquel hecho?

El historiador inglés Burney traza una pista que parece segura para una investigación fecunda en sorpresas. Refiriéndose á Peacham, dice que Victoria «era un singular y excelente autor, cuya vena era grave y dulce», y añade que, según dicho autor, se marchó de Roma y residió en la corte de Baviera por los años de 1594. Más asegura todavía Peacham: «que entre las composiciones francesas (1) de Victoria se distingue *Susane un jour* que Orlando de Lasso y otros compositores de su tiempo habían puesto en música (2)».

Tiene visos de veracidad la indicación de Peacham, cuyo nombre sonará por primera vez á los oídos de la mayoría de mis lectores. Henry Peacham—según nota que me proporciona un cultivador inteligente de música religiosa clásica y de todo estudio relacionado con este género de música, D. José Rafael Carreras—nació en Inglaterra (ignoro en qué fecha y en qué población). Escribió durante el reinado de Jacobo I (1603-1625) una obra titulada *The Compleat Gentleman* (El Perfecto Caballero), de cuya obra sólo se conoce la segun-

(1) Sobre el tema de la canción francesa de que se habla en el texto, querrá decir, sin duda Peacham.

(2) Me sorprendería el hecho en caso de que fuese bien comprobado. En todas las obras impresas no figura, que yo sepa, una composición inspirada en el tema de una canción profana. Véase la primera nota al parágrafo XV del presente *Estudio*.

da edición, de 1634. Entre los ensayos de diversas materias que contiene hay uno dedicado á la *Música*, de donde procede, aunque Burney no lo diga, lo que escribe en su *Historia de la Música* sobre Victoria. El distinguido *dilettante* inglés Peacham estudió armonía con Orazio Vecchi (1) en Módena, y se sabe que compuso algunas obras de música religiosa, hoy completamente olvidadas. Puede ser considerado como contemporáneo de Victoria. Ignoro la fecha y lugar de su fallecimiento.

8.º El Ancina, autor del epigrama protéptico de la edición de 1585, que se cita en el texto, sabio teólogo y músico instruído del siglo XVI, llamado Juan Juvenal, admirador de nuestro Victoria y no menos del famoso Adriano Willaert, llega al punto de escribir sobre éste lo siguiente: «*Et si Musica humanum inventum est, cantus tamen nonnullos usque adeo suaves et amænos reperias, ut divini propemodum videantur, quales Adrianus exhibere consuevit*». (Adrien de la Fage, *Diphthérograpie*, pág. 344.) Los elogios tributados á Willaert dan valor y más realce á los que escribe sobre Victoria en el referido epigrama.

9.º La cita de la dedicatoria de la edición de 1592, dirigida al Cardenal Alberto, implica necesariamente que Victoria publicó antes de aquel año otra ú otras ediciones dedicadas al Príncipe Cardenal. Si el dato exhumado de Peacham es cierto, y si Victoria residió, efectivamente, en Baviera el año 1594, ¿cuándo le nombró capellán de cámara la Emperatriz, madre del Cardenal Alberto? ¿Hallándose Victoria en Madrid, antes de residir en Baviera?

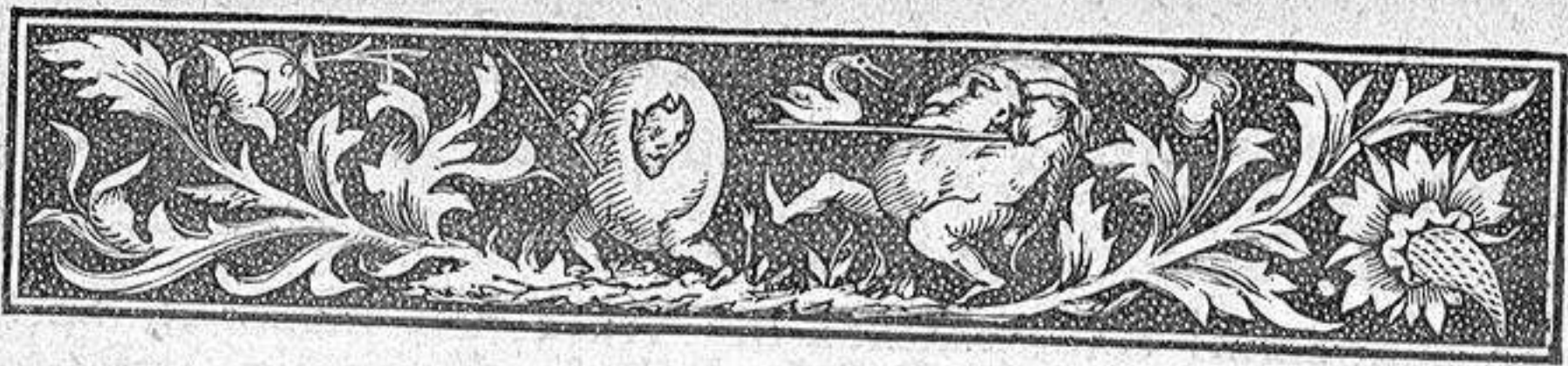
10.º Época exacta del regreso de Victoria á España, teniendo presente que las ediciones de 1600 y 1605 están impresas en Madrid, *apud Flandrum*, y la dedicatoria de la última fechada precisamente en la corte «á 13 de Junio de 1605».

11.º y último. Ante la carencia de datos relacionados con

(1) Nació en Módena á mediados del siglo XVI, y murió en dicha ciudad, en 19 ó 20 de Febrero de 1605.

la estancia de Victoria en Madrid y otras particularidades consignadas en el texto de este *Estudio*, ¿sería descabellado acaso sospechar que después de 1605, y á pesar de su edad avanzada, pudo Victoria residir en alguna corte alemana y morir en tierra extranjera?

FELIPE PEDRELL



LA MONJA DEL ALCÁZAR

LEYENDA GRANADINA

Hacía nueve años que se habían posesionado de Granada los Reyes Católicos. La empresa gigantesca, que duró diez años, se coronó gloriosamente colocándose la cruz de plata y el estandarte de la fe en la Torre de la Vela. Y todo el cuidado de los conquistadores durante estos primeros años de dominación fué ir extendiendo por la ciudad y por los pueblos la fe de Cristo, levantando iglesias, hospitales y monasterios; que no les bastaba la conquista material del territorio, si no conquistaban también los corazones de los moros, atrayéndolos con amor y con dulzura á la religión del Crucificado.

Por eso las conversiones públicas y privadas eran tan numerosas que no daban abasto á realizar las necesarias ceremonias del bautismo los sacerdotes que en gran número poblaban á la que hasta hacía poco fué corte celebrada de los monarcas Nazaritas. Mucha parte de la servidumbre de la Reina tomó sobre sí la tarea de convertir al Cristianismo á esclarecidas señoras agarenas, que con la nueva doctrina tomaron también nombres y apellidos castellanos, llegando algunas á aceptar no sólo nuestra religión, sino que, pren-

dadas de la hermosura y excelencias de la vida ascética, fueron ingresando en los conventos de Andalucía cercanos á Granada, y aun hubo una que en esta misma ciudad, en unión de otras damas de D.^{na} Isabel, fundaron un celebrado convento de esta población.

En efecto, la hermosa Fátima, prima de Boabdil y prometida de Tarfe, que con la repentina desaparición de éste llevó un golpe mortal en sus ilusiones de poder y de grandeza, destruídas todas por la conquista, se hizo cristiana, á poco de dominar los Reyes en Granada, y enamorada de lo que oía contar á su amiga D.^{na} Esperanza Bobadilla, desde el principio soñó con dedicar su alma y su vida á Dios, sepultando en un convento sus marchitas ilusiones.

La Reina supo con agrado tan hermosa determinación y, ausente de la ciudad, encargó á discreto sacerdote el catequismo monástico de la conversa, que duró varios años, pues la imagen de su prometido no se apartaba de su imaginación y turbaba de continuo sus ideas de dulce y cristiano recogimiento.

Pero Dios hizo que al fin venciera la virtud, y tranquila aquella alma, se la declaró en condiciones de hacer sus primeros votos monásticos y de quedar para siempre separada del mundo, donde tantos desengaños había sufrido.

Y coincidiendo con la creación del convento de Santa Isabel, llamado desde entonces *la Real*, por ser debido á la piedad de la Reina, se acordó por ésta que la noble Fátima, que desde su bautismo llevaba el nombre de Isabel de Granada, fuese la primera que ingresara en el nuevo monasterio, creado en la ciudad en 1501, y para cuya erección vino la Reina. Y para darle más importancia al acto se dispuso que la solemne ceremonia de pronunciar sus votos la noble morisca tuviese efecto en la capilla del alcázar, que aun todavía recordaba el antiguo *mirab* de los monarcas granadinos.

Fijóse día, y allí, en presencia de la Corte y de los altos dignatarios de la Iglesia, y del ejército pronunció Isabel, que ya frisaba en los treinta y dos años, sus votos religiosos, depositando en manos del virtuoso Arzobispo de Granada

cuanto le restaba de mundano, y saliendo de allí para encerrar su no marchita belleza en el convento que la piedad de la Reina fundara en el que fué palacio de la primera esposa de Muley Hacem, y que llamándose de *Darla-Horra* indicaba que, aun en medio de la disolución de la corte mahometana, allí sólo tuvo asiento la virtud y la honradez.

Mortales fueron para Isabel las horas de la profesión. Mil y mil recuerdos venían á su mente. Aquel mismo lugar había sido muchas veces visitado con sus parientes y con su prometido. Y parecía como que ellos le lanzaban en aquel momento solemne sus eternas maldiciones por su apostasía, y que Tarfe iba á aparecer, disputando su presa al Dios de los cristianos, á quien tomaban por esposo, en vez de ocupar un asiento al lado del sensual muslim.

Pero todo pasó en calma. La ceremonia se efectuó con todo el esplendor de aquellas cortes, y la nueva monja, con otras damas de la Reina, tomaron posesión de su convento, que pocos años después había de guardar las cenizas de la que, ingresando con fe y con entusiasmo en su nueva religión, fué en el claustro modelo de virtudes; que desde niña estuvo destinada á vivir y figurar en los palacios de los Reyes y que más tarde recibió el bautismo y pronunció sus votos en el *alcázar* de la Alhambra; viviendo después como religiosa, y muriendo con virtudes de santa, en otro palacio de Reyes, donde se estableció el convento de *Santa Isabel la Real*, que aun hoy guarda restos de la tracería árabe en el interior de sus patios y crujías.

Y al morir *Isabel de Granada* murió con ella su raza; pero nada se supo, después de la conquista, de sus padres y hermanos, mas ella so brevivió á todos por su virtud y por su historia, conociéndosela en la tradición legendaria de Granada con el significativo nombre de *la monja del Alcázar*.

FRANCISCO VILLA-REAL.

Granada 9 Febrero 1897.



LA LIRA DE HIERRO

(BERNARDO LÓPEZ)

Vate de poderosa fantasía,
manantial de poesía
que por campos sin fin tendió sus olas...
¿cuándo llegó, radiante de hermosura,
á tan sublime altura
el genio de las musas españolas?
Este sol, que los campos andaluces
con tropicales luces
alumbra y quema y fúlgido colora,
vertió copiosa su encendida lumbre
en la florida cumbre
de la imaginación abrasadora.
Y á su calor, de vida palpitantes,
imágenes brillantes,
vago tropel de mágicas ideas,
brotaron del poeta entre los labios,
sin que preceptos sabios
regularan sus formas gigantes.
Un árbol fué que en caudaloso río
nació fuerte, bravío:
en frutos parco y abundante en flores,
crece feraz con ímpetu salvaje,
y su espeso ramaje
es nido de los pájaros cantores.
Hijo del Betis, su canción primera

resonó en su ribera:
 el eco repitió la voz extraña,
 y aún parece que zumba entre las bocas
 de las quebradas rocas,
 cuando el viento sacude la montaña.
 Fiel al numen grandioso que le inspira,
 ¿cuándo pulsó la lira
 de los blandos amores? En el cerro
 donde su cuna el huracán meciera,
 á Píndaro y Herrera
 arrebató la cítara de hierro.

Ya en alas de fugaz locomotora,
 que el espacio devora,
 ve del progreso la expresión ufana;
 ya medroso su espíritu se arredra
 ante el libro de piedra
 que abrió en la catedral la fe cristiana.

Con el tonante fulgurar del rayo,
 alzó en el *Dos de Mayo*
 cantos de guerra, y libertad y gloria,
 vibrando en sus estrofas aceradas
 centelleo de espadas,
 ayes de muerte y gritos de victoria.

Su cítara no da la nota débil
 del sentimiento flébil,
 terneza, languidez, gracia, dulzura,
 sino las resonantes vibraciones
 de exaltadas pasiones,
 del ideal soñado la locura.

Patria, justicia, libertad, progreso,
 de su vida embeleso,
 ¡única inspiración del gran poeta!

El mar soberbio que iracundo oscila;
 la fiereza de Atila;
 las lágrimas sublimes del Profeta;
 las alas blancas del Amor Divino;
 el cantor peregrino
 de la infeliz Teresa; los desiertos
 del alma desolada por la duda;
 la fe que Dios escuda;
 la campana que reza por los muertos;
 aborto del infierno, el despotismo;
 el burlado heroísmo
 de Polonia; el fragor de los volcanes;
 el gran templo, corona del monarca

que dos mundos abarca;
¡Miguel Angel, titán de los titanes!...
¡Musas dignas de un ánimo gallardo!
¡El alma de Bernardo,
con magnitud y fuerza soberana,
os confundió en abrazo giganteo,
la lira de Tirteo
uniendo con la lira de Quintana!
Oyó España asombrada sus canciones,
campanas y cañones
creyendo oír en fúnebre *concierto*;
mas ¡ay! pronto las musas castellanas,
al doblar las campanas,
dijeron entre lágrimas: ¡*Ha muerto!*
Muda quedó la lira resonante;
la inspiración brillante
eclipsó sus celestes resplandores;
el caudaloso río
se hundió brusco en el piélago sombrío...
¡Pasó como las nubes y las flores!
¡El poeta murió! Golpe siniestro
la juventud y el estro
osa matar en flor; que España acaso
miró surgir un sol resplandeciente
que al rayar en Oriente
se desplomó en las nubes del ocaso.
Al polvo vuelta la carnal miseria,
sobre la vil materia
libre flota el espíritu del hombre;
corona ciñe de laurel eterno,
y con afán materno
guarda la patria su glorioso nombre.

M. GUTIÉRREZ.





EL DOCTOR WOLSKI (1)

—¿Sabes dónde se encuentra Ana Kirilowna?—preguntó Sergui.

—Ha huído con los muchachos, porque vosotros se los queréis quitar; ha huído...

—Yo la encontraré—repuso reconcentradamente Sergui—aunque se oculte como los topos. No debe estar lejos; ¿la habrás escondido tú, perra?

La tártara protestó, pero Sergui no se dió por convencido y registró el cartucho, sin hallar más que suciedad y miseria.

Wolski, preocupadísimo, guardaba silencio. Sergui le miró, y adivinando las amargas ideas que pasaban por la mente del polaco, le dijo:

—Te aseguro que de nada le servirá su stratagemá á esa bestiaza. Yo la encontraré; te lo prometo.

—Si no es pronto, será imposible salvar al pobre niño.

—Sin detenerme, voy en busca de ellos. No han salido del Bulak.

—Yo tengo la pena de no poder ir contigo, Sergui Ser-

(1) Véase la página 219 de este tomo.

guieyewich, porque van á dar las tres y me esperan. Te doy las gracias y te aseguro que me es grátísimo conocerte.

—Estoy á tus órdenes.

—En cuanto des con Ana Kirilowna, házme el favor de llevarla con el chico al consultorio. Aquí tienes mi dirección—dijo Wolski entregando al ruso una tarjeta.

—No sé leer, pero ya hallaré tu domicilio.

Wolski tendió la mano al pescadero, estrechóla éste, y reteniéndola entre las suyas un instante, preguntó:

—¿Me será permitido visitar tu hospital?

—Siempre que quieras. Allá me encontrarás diariamente de siete á diez de la mañana y de siete á diez de la noche. Tendré sumo placer en enseñarte todas las dependencias de la casa.

—Allá nos veremos.

—Perdona la pregunta, Sergui Serguieyewich, ¿tienes hijos?

—Los he tenido.

Al oír la interrogación de Wolski y al contestarla, en el rostro del pescadero reflejóse una íntima tristeza, y como si no quisiera hablar de sí y temiera ser preguntado de nuevo, inclinóse ante el doctor y se alejó rápidamente.

Enrique Wolski le siguió con una mirada reveladora de la simpatía y el aprecio que le inspiraba aquel hombre oscuro, y encaminóse á la Universidad.

Ni en el Bulak ni en el puente tendido sobre la Kabana halló á su paso uno solo de los pordioserillos que viera allí poco antes, y á los que sin duda Ana Kirilowna dió la voz de alarma.

Sólo se veía sentado en el sitio de costumbre, con la entrapajada cabeza y los hombros mal cubiertos por el kafftan verde amarillento de los musulmanes, al tártaro leproso, siempre en silencio y siempre inmóvil, cual si por misteriosos designios de la fatalidad, privado de la palabra, del movimiento y de la vista, tuviera que expiar allí, sufriendo sobrehumanos dolores, culpas también sobrehumanas.

XX

En el domicilio del doctor Wolski notábase desusado movimiento días después.

Sonaban los timbres; los criados iban y venían, obedeciendo órdenes apremiantes, y toda la familia reuníase en las habitaciones de Gelcha, en las que se advertía un penetrante olor de ácido fénico.

De la sala contigua al tocador y la alcoba se habían quitado la mayor parte de los muebles; sobre una mesa, al lado de una lámpara, veíanse algunos frascos con calmantes, dos botellas de vino, otras con agua destilada, cucharas, copas, todo puesto allí como por mano de previsor enfermero que sabe que en un momento crítico han de hacer falta tales cosas, y que conviene que estén preparadas para evitar retrasos á veces perjudiciales al paciente, y confusión y torpeza en los que le asisten.

Estaba la mesa entre dos puertas; por una, que era la que comunicaba con el tocador y la alcoba, salían los débiles rumores de frases y quejas, mezclados á menudo con la voz dominadora de Wolski.

Por la otra puerta, entornada, distinguíase un alegre cuarto de estucadas paredes y encerado piso.

Quitando crudeza á la claridad diurna, cubrían la vidriera espesos visillos color de rosa, que daban suave matiz á la soberbia pila de mármol adherida á uno de los muros y á la dorada cuna que, medio cubierta por vaporosos tules, tenía contornos de nube.

Había anochecido cuando la madre de Enrique salió de la alcoba y, acercándose á la mesa, encendió la lámpara.

En el pálido rostro de D.^a Isabel reflejábanse una inquietud y una angustia indecibles.

Tomó uno de los frasquitos, y al volverse halló en la puerta á un caballero de edad, enjuto y cuyos ojos brillaban inteligentes á través de las gafas de oro.

—¡Oh, doctor, qué tortura ver sufrir tanto á mi pobre

Gelcha! ¡Dios mío! ¿Qué va á ocurrir? ¿No puede usted aliviarla?

—Señora, nada me es posible hacer sin mi colega. El caso es demasiado raro y demasiado grave para tomar sobre mí las responsabilidades de la operación. Lo que urge es que llegue Kowalewski, de cuya maestría hay que esperar todo. Hace tres cuartos de hora que se le avisó, y me extraña que no esté aquí todavía.

El médico, al decir esto, consultó su reloj y púsose á pasear por la estancia.

—¿Y esa operación—atrevióse á balbucear la señora—es tan necesaria?

—Absolutamente irremisible.

—Y dígame usted—añadió llenos de lágrimas los ojos—¿el angelito no sufrirá? ¿Nacerá vivo?

—¡Oh! no puedo responder de eso...

D.^a Isabel contuvo un sollozo, pero las lágrimas corrieron abundantemente por sus mejillas.

—Es probable que la criatura nazca en buenas condiciones.

—¡Madre!—llamó desde adentro Wolski, y D.^a Isabel, limpiándose prontamente los ojos, salió de la sala.

Oyéronse entonces pasos precipitados, y un instante después entraba el célebre ginecólogo Kowalewski. Era joven, cargado de espaldas, y en su rostro, de facciones vulgares, sólo las pupilas hacían simpático el conjunto. Encaróse con su compañero, preguntó, oyó atentamente la rápida exposición que del *caso* le hizo aquél, y con mucha sorpresa dijo:

—Siendo así, no hay más remedio que arrostrar la ovariectomía *doble*. Yo no creí que sería la cosa tan seria... Mis instrumentos están abajo, en mi coche. Es necesario que se avise á mi ayudante. ¿Hay algo preparado?

—Todo lo que nos hace falta y más aún está perfectamente dispuesto en la pieza contigua.

—¿Tenemos antisépticos bastantes?

—En abundancia.

—Supongo que la alcoba de la paciente tendrá comunicación de la otra parte con el resto de la casa.

—Sí. Allá están la escalera de servicio, el comedor y la cocina.

—Perfectamente. ¿Dónde se halla Wolski?

—Al lado de la enferma, de la que no se separa un momento.

—¡Pobre mujer!

—¡Bah! Cuando sepa que la cosa no ha de repetirse porque no volverá á ser madre en su vida, la confianza del porvenir apagará el recuerdo de lo sufrido ahora.

—Vamos, vamos allá y veremos lo que se puede hacer.

Cerróse la puerta tras ellos, y quedó la sala silenciosa. Pasó el tiempo, sonó la medianoche, la una, las dos después, y el mismo silencio y la misma soledad reinaban en aquella parte del domicilio de Wolski.

Sonaron las cuatro y en la penumbra del horizonte marcábase suavísimamente la tenue claridad del alba...

Entonces entreabrióse la puerta y apareció Enrique Wolski. En sus brazos, amorosamente envuelto, y en la almohada de plumas que es de uso en Polonia, sostenía un recién nacido.

En breves horas la fisonomía de aquel hombre había cambiado extraordinariamente. En su rostro pálido marcábase aún la contracción dolorosa, señal de las terribles emociones que venía de sufrir. Por su mirada, encendida en sentimientos celestiales, y por su actitud sosteniendo á la criatura, parecía un santo.

Dió algunos pasos cautelosamente y se detuvo. Inclino más la cabeza, contemplando con arrobamiento aquella carita abotagada que entre encajes se descubría; acercando dulcemente los labios, besó la tibia frente del ángel, y exclamó muy quedo:

—¡Hijo, hijo mío adorado!

XXI

No habían transcurrido ocho días, cuando una tarde, esquivando á los deudos y amigos que le acompañaban, Enrique Wolski saltó del trineo y metióse en el jardín de su casa.

De su porte arrogante apenas quedaban vestigios en aquel cuerpo, que ahora encorvábese al andar, como si los músculos que le sostuvieran se hubiesen roto.

La frente helada y sudorosa denunciaba flaqueza; aterra-
das salían de las órbitas las pupilas, y el mirar desconsolado y rebelde de Wolski en tal instante traía á la imaginación la trágica figura de Prometeo encadenado á la roca; semejaba á combatiente derrotado en lucha postrera. ¡Era un vencido!

Iwan Iwanowich penetró á poco tras él y, alcanzándole, murmuró:

—Déjate hoy de pasear al aire libre y entra en tu casa; tu mujer y tus padres te esperan.

Wolski continuó su camino, é Iwan, poniéndose á su lado, añadió con tono en el que se mezclaba á la ironía la piedad:

—¿Comprendes al fin, desdichado, que yo tengo razón? Tu ciencia, la ciencia toda es impotente contra el mal y contra los sufrimientos del hombre. ¿Y aún te parece una desgracia la muerte de tu hijo? Yo vengo á felicitarte por ella.

Wolski ni miraba al ruso ni le respondía: reconcentrado en sí mismo, con marcha desigual iba por la solitaria alameda del jardín, sobre cuyos árboles dijérase que se despomaban las nubes grises y monstruosas que cubrían el cielo.

Los pies de Enrique tropezaron con un azadón atravesado en mitad del camino, bajóse á cogerlo, y cual si aquel instrumento de labranza tuviera profunda conexión con sus cavilaciones ó despertara otras en su espíritu, el médico se detuvo y, empuñándolo con ambas manos, púsose á cavar en la tierra.

Le miró extrañado Iwan Iwanowich y le dijo con burla:

—¿Qué es eso? ¿Te sientes repentinamente con aptitudes de gañán, mi sabio amigo? Sería curioso. Oye, descúbreme los móviles de esa acción. ¿Vas á meterte á sepulturero en memoria del hijo que vienes de enterrar? ¿Es que te figuras acaso que labrar la tierra da mayores seguridades de éxito que echar al aire teorías, ó que pregonar todopoderosa la

voluntad humana? Si eso piensas, te equivocas también. ¿Puedes estar cierto que la tierra labrada con el sudor de tu frente te devolverá hecho fruto el grano que en ella depositas? No. Disputánlo á tu hambre la sequía que lo asfixia, la lluvia que lo pudre, los microorganismos que lo devoran. ¡Oh! no te fíes tampoco de la tierra ni te esfuerces fecundándola.

Rióse nerviosamente Iwan Iwanowich y siguió:

—Entra en tu hogar, soporta las consecuencias de tus errores, corrígete, y vive como puedas, ó acaba. Te dejo, adiós y ¡que sea enhorabuena!

Alejóse Iwan, y el ruido de sus pasos percibíase con los ecos de sus risas.

Del lado de la casa partió inusitado vocerío, y corriendo dirigiéronse hacia Wolski sus padres, rodeados de gente amiga y de criados. D.^a Isabel abrazó á su hijo, y D. Juan, tomándole las manos, le dijo con frase entrecortada por la emoción:

—Enrique, hijo mío, sé fuerte y ven... Corramos á tu hospital, que está ardiendo.

Wolski, sin inmutarse, oyó la terrible noticia y se encogió de hombros con indiferencia.

—Ven—repetía D. Juan, llevándolo hacia el consultorio;—desde tus ventanas se domina la catástrofe; pero no hay que perder minuto, nuestro puesto está allí: precisa hacer desalojar la casa inmediatamente.

Ganaron el pabellón, seguidos de D.^a Isabel y de las demás personas: todos iban desconcertados y anhelantes.

Abrieron las ventanas, abalanzóse á una Enrique y miró con espantados ojos. Allá sobre la colina, no distante, negra y enorme humareda, entre la que centelleaban millares de chispas, envolvía el hospital modelo...

El doctor Wolski, ante aquel otro desplome de su obra, pestañeó muchas veces, convulsivo suspirar estremeció su pecho y, ocultando el rostro en el seno de su madre, rompió á llorar calladamente...

Mudos presenciaron todos el desbordamiento de su pena, y tras breve instante exclamó D. Juan:

—Mira, al humo se mezclan ya las llamas.

—¡Mi hijo, mi hijo único!—fué el grito angustioso y egoísta que salió del alma de aquel hombre, olvidando el de afuera por el cataclismo propio.

—Imposible detenernos más; la vida de tus enfermos corre peligro... acaso perezcan...

—¡Oh!—gimió sordamente Wolski.—¡Vamos!

Y arrancándose de los brazos de su madre, irguióse con valentía, descendió rápido las escaleras, atravesó las calles y corrió hacia el incendio, cual esforzado capitán que, herido de muerte, sobreponiéndose á su dolor y restañando su sangre, vuela en socorro de sus compañeros acorralados por el enemigo.

XXII

Iwan Iwanowich sostenía entre sus manos unos papeles que no miraba.

Al lado de él, en torno de una mesa, escribían dos jóvenes estudiantes, y un tercero copiaba lo escrito por medio de un *type writer*.

El cuarto no era espacioso: tenía dos puertas y una ventana casi en el techo. Una tarima (en la que estaban revueltos dos almohadones sin funda con una manta), cuatro sillas y la mesa eran los únicos muebles de aquella habitación miserable, friísima y mal alumbrada por un quinqué de estaño.

Iwan, ocioso, fijábase en los estudiantes, que trabajaban en silencio.

El que copiaba dirigióse á él y le preguntó:

—¿Tampoco nos ayudarás esta vez, Iwan Iwanowich?

—Tampoco. Cuanto hagáis será baldío mientras no logréis que la nación entera, con un solo y colosal esfuerzo, se levante contra los opresores.

—Pues para lograr eso luchamos.

—Lo hacéis mal, y vuestra política empeora nuestra suerte. Si al contrario que yo, ni cansados ni escépticos, creéis

necesaria la lucha, tenéis que emprenderla de otro modo. Reunid vuestra fuerza diseminada por Europa, organizaos, y empiece en varios sitios simultáneamente la obra de destrucción. Prended fuego en un mismo día á los cuatro puntos cardinales de Rusia; derrúmbense los cimientos de esta sociedad autocrática; exterminad, y morid si tenéis fe que de las cenizas amontonadas donde *fué* Rusia ha de salir un pueblo libre y venturoso, lo que yo niego. La humanidad, la bestia de carga de la creación, ni hoy es más dichosa que ayer, ni mañana será más dichosa que hoy. Seguid vuestro camino fatal...

—¡Imposible! Nos acosan y nos cazan como á bestias feroces, cual si la propaganda pacífica de nuestras ideas liberales fuera el más odioso de los crímenes.

—Naturalmente. Habéis irritado á los contrarios con vuestra *metralla de bolsillo*.

—De ellos han partido siempre las agresiones, á las que sólo en momentos de pánico hemos tenido que responder vertiendo sangre; pero no ignoras que muy pocos de entre nosotros aceptan el terrorismo como leal medio de acción. No somos anarquistas.

—La existencia en Rusia va haciéndose cada vez más insostenible. Las sospechas infundadas ó la mala voluntad de un agente de policía sepulta á miles de inocentes en las prisiones del imperio. Lo más florido de nuestra juventud perece en los subterráneos de la *ciudadela* de San Petersburgo. De cadáveres de niños y mujeres está sembrado el aterrador camino de Siberia. La arbitrariedad nos detiene, la crueldad nos amordaza y nos condena, y puede decirse que el gran imperio moscovita no está poblado más que por espías, por verdugos y por sus víctimas... ¿Qué hacer? ¿A quién acudir? La Europa egoísta no viene en nuestra ayuda. Pues á luchar desesperadamente. La victoria es hoy problemática, porque somos los precursores, pero no importa, incrédulo Iwan Iwanowich, los que nos sigan vencerán... El golpe que ahora preparamos...

Un martilleo sordo y poco perceptible oyóse entonces en la habitación.

—¡El timbre de alarma!—exclamaron, poniéndose de pie los estudiantes.

—Tenemos la policía á la puerta—añadió Iwan Iwanowich.—¡Huíd!

—¿Y tú?—preguntaron los estudiantes, recogiendo precipitadamente los papeles en la mesa esparcidos.

—Sospecho que á quien buscan es á vosotros; yo estoy en mi casa y quiero recibir cortésmente á esos *caballeros*. ¿Oís pasos? Ya suben. Pronto, salid; por esta parte debe estar libre el paso.

Llamaron en aquel instante á la puerta, y por la otra desaparecieron los estudiantes.

Iwan, con rapidísima ojeada, abarcó la mesa, y tomando un cuaderno allí dejado por sus amigos en la precipitación de la fuga, lo enrolló, metiéndolo en una de las bocamangas de su traje y abrió la puerta.

Tres agentes de policía precipitáronse en la habitación. Uno de ellos, encarándose con Iwan y tomándole por los brazos, le dijo ásperamente:

—Dése usted preso.

Iwan le repelió con fuerza, y entonces el otro, sacando del cinto un revólver, apuntó á Iwan y le dijo:

—Un movimiento más, y disparo.

—¡Miserable!—murmuró Iwan.

—Una palabra más, y disparo—repitió con calma su interlocutor, que volvióse á sus compañeros, diciéndoles:

—Vosotros á registrar aquí hasta las telarañas. Yo me llevo á éste. Andando, amigo.

Iwan bajó delante del agente, que aún empuñaba el revólver. Llegaron á la calle; la noche era obscura, y de la intensidad del frío podía juzgarse al ver de trecho en trecho las humeantes hogueras encendidas para que no se helasen los guardianes nocturnos. Ante el portal ardía una que coloreaba la nieve de la acera con resplandores rojizos.

El agente miró á uno y otro lado como buscando á alguien, y entonces Iwan, con indecible rapidez, sacudió un brazo y dejó caer en la hoguera los papeles que llevaba ocultos.

Viólos caer su acompañante y abalanzóse á la hoguera para sacarlos de entre las llamas.

En tal instante, Iwan, con arrojo, echóse sobre el contrario, pudo arrancarle el revólver y, alzándolo hasta su propia sien, dijo con serenidad:

—Antes que volver á Siberia...

Una detonación cortó la frase, y el cuerpo de Iwan Iwanowich quedó tendido é inmóvil sobre la nieve.

XXIII

Al Norte de Polonia está Lituania. Sus fértiles campos, la salubridad de sus montes y los recuerdos de otra edad que evocan sus ruinas hacen de aquella región, que fecunda el Niemen, una de las más interesantes y pintorescas. Toda empresa patriótica ha sido allí secundada con heroísmo; aún murmuran *¡libertad, libertad!* los ecos de las selvas seculares, entre cuyas frondas juraron vencer ó morir por la patria legiones de adolescentes que allí sucumbieron.

La historia, la vida y las costumbres patriarcales de aquel pueblo dulce y sufrido han inspirado á los poetas sus más sublimes páginas, y más que en parte alguna vive en las almas, y hasta pudiera decirse que en las cosas, la protesta callada y firme que el rigor de los Czares no puede exterminar con los hombres, porque está en el aire y en el pan, la mama el niño, se exhala del sepulcro del anciano y es como el aire y la luz impalpable y eterna.

El corazón de Polonia está allí como está en Varsovia su cerebro, y cada una de sus palpitaciones lleva de un límite al otro del noble país la oleada vivificante de su fe y de sus esperanzas...

Entre Grodno y Vilno, las dos austeras villas medioevales que ven á lo lejos las plácidas llanuras del Veresina, y que atesoran los sepulcros de santos y de monarcas; al borde de una selva que declina mansamente hasta tocar los praderíos, en los que el deshielo forma lagos incomparables que bordean las humildes miosotis y coronan los nenúfares soberbios, sobresalía entre las cabañas de la aldea una más

cuidada y más alegre que las otras. Extendíase ante su puerta un jardincito en el que crecían rosales, pensamientos, las níveas y olorosísimas *kenwáliar* y le daban sombra y frescura algunos árboles.

Poníase la tarde de un ardoroso día canicular. En el banco de madera que resguardaban del sol dos frondosos castaños veíanse á una joven y á una anciana; ante ellas, sentados en tierra, había hasta doce muchachos vestidos pobremente á la usanza del país.

La joven cerró el libro que tenía en las manos y dijo con acento dulce:

—Por hoy se ha terminado la lección; ahora á merendar.

Y volviéndose á la anciana, que había tomado del suelo un cestito de juncos, añadió:

—¿Quiere usted hacerme el favor de repartir á los niños su merienda?

—Sí, Mara mía.

Alargaron sus manos los chicos, y la señora entregó á cada uno un trozo de pan con queso y frambuesas.

Dieron las gracias, saludaron y salieron del jardín, no sin volver muchas veces la cabeza, diciendo á las señoras:

—Hasta mañana, si Dios quiere.

—Si Dios quiere—contestóles Mara apoyando con fatiga su cabeza en el respaldo del asiento

Mara había cambiado muchísimo; sus facciones correctas afilábanse como talladas en marfil. Sus cabellos, siempre de precioso color rubio, pero menos abundantes ahora, descendían en ondas lacias á uno y otro lado de su frente.

A la belleza plástica y juvenil de aquella criatura había sustituido otra de un género ideal é indescriptible, que no era exterior, sino que del interior venía, con el mirar apagado y melancólico, con la sonrisa valerosa de un sufrimiento hondo y callado. Hermosura inmaterial y sublime que proyecta el alma sobre la materia, próxima á caer en la tumba sin pecado y sin miedo.

Mara, con débil voz, preguntó á la señora:

—Dígame usted, D.^a María, ¿ha vuelto la mujer de Wenceslao?

—Sí, hija; ha venido hoy llorando como una Magdalena. Figúrate que su marido ha vuelto á pegarla, la arrojó de la choza y ha vendido los aperos de labranza y todo el ajuar. Hoy no tenía la pobre un bocado de pan para su hijo.

— ¡Infeliz! — murmuró la joven incorporándose. — Que venga y vivirá con nosotros, que venga en seguida. ¿Vamos á buscarla?

Púsose en pie, y D.^a María, subiendo con maternal solicitud el blanco chal de seda, caído al levantarse Mara, repuso:

—Tú quédate, andar te cansa; yo iré en busca de ella.

— ¡Oh! Sí, gracias, tráigala usted—dijo, sentándose, y tras breve pausa, en la que se oía su respirar anheloso:— Hace apenas dos años que se unieron tan enamorados, y ahora...

Alejóse D.^a María; volvió Mara á reclinar la cabeza, y hablando consigo misma siguió:

— ¡Qué infernal martirio sufrirá la mujer contra la cual vuélvese amenazadora y pronta á herir la mano en la que depositó, confiada y amante, las suyas! ¡Tener que despreciar ó aborrecer al hombre que se estima y se ama! ¡Hallarlo indigno de sí! ¡Oh! ¡Señor, gracias por haber puesto en mi camino al hombre que amé, que amo y admiro siempre!

Mara cerró los ojos como para reconcentrar todo su pensamiento en las memorias de aquel amor suyo, ni desflorado por la decepción, ni empequeñecido por el imposible.

En la diáfana serenidad de la tarde vibró pausado y melancólico el *Angelus*; Mara cruzó las manos sobre el pecho, y á través de los frondosos árboles, los rayos del sol que se apagaba descendían sobre su cabeza, colocando un nimbo de luz en sus sienes.

Kazán (Tartaria rusa) 1893.

SOFÍA CASANOVA.